

TRIÁNGULOS
DE ACERO

CARMEN
OLIVAS ORTEGA



TRIÁNGULOS DE ACERO

Carmen Olivas Ortega



Colección
Infantil

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editoriales (Jurado)

Alfonso Granillo

Aranza Domínguez

César Ilzvir

Cynthia Piñón

Gustavo Macedo

Ruby Myers

Verónica Granados

Victor Hernández

José Arturo Santillanes Hernández

Programa Editorial

Heber Mauricio Rivera Anguiano

Fomento a la lectura

Diseño y maquetación

📧 @somoscreatura

Ilustradora de la colección infantil:

Samantha Valverde Díaz

Avenida Juárez y calle Sexta, #601,
C.P. 31000, colonia centro.

ISBN en trámite ante INDAUTOR

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2024



*Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se
habrían esfumado en el olvido.*

—Irene Vallejo

Pocas cosas han influido tanto en el desarrollo y transformación de la historia humana, como la invención de la escritura, pues escribir nos permite moldear y dar forma al pensamiento en una proporción no alcanzada por ninguna otra de las artes. Así, desde el Gobierno Municipal seguiremos promoviendo el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura, ya que ello representa una oportunidad para los nuevos escritores.

Debemos recordar la importancia del PECH como una colección de obras que ha dado y dará voz a las y los autores chihuahuenses, pues la literatura, es decir, el arte de la palabra escrita, es un instrumento y una habilidad que nos brinda identidad. Las personas son lo que leen, y también lo que escriben. Para este año, además, conscientes de que nuestra infancia y nuestra juventud también merecen un espacio propio, presentamos por primera vez la colección infantil y juvenil.

De esta manera, el gobierno municipal continuará apoyando a las y los autores locales, como una muestra de su compromiso con las artes y la cultura chihuahuenses.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

*La primera persona en la que deberías pensar en
complacer al escribir un libro es a ti mismo.*

–Patricia Highsmith

En el Instituto de Cultura del Municipio estamos muy contentos de presentar la nueva colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) 2024. Programa que sigue siendo un espacio vital que da voz a las y los autores locales, cuyas obras reflejan la riqueza y diversidad de nuestra cultura. Hoy, más que nunca, es crucial seguir publicando relatos, cuentos, poemas y novelas de alta calidad, y nos enorgullece anunciar que, por primera vez, también incluimos literatura infantil y juvenil.

Agradecemos profundamente a nuestros autores, a la comunidad cultural, y al invaluable apoyo del Gobierno Municipal, que hacen posible que este proyecto siga adelante. Sigamos formando nuevas generaciones de lectores que fortalecerán el tejido cultural de nuestra sociedad.

Con gratitud y alegría,

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

TRIÁNGULOS DE ACERO

Carmen Olivas Ortega

A mis hijos
Julieta y Adrián,
siempre.

“Los ruiseñores no se dedican a otra cosa
que a cantar para alegrarnos.
No devoran los frutos de los huertos, no
anidan en los arcones del maíz,
no hacen nada más
que derramar el corazón,
cantando para nuestro deleite.
Por eso es pecado matar un ruiseñor”.

Harper Lee

LA PREGUNTA

El periódico estaba en mis manos. Yo iba por la banqueta del jardín sin ver hacia el frente. Movía las enormes hojas tratando de encontrar, apresurado entre sus páginas, la información que esa mañana gritaba el vendedor:

“¡Atraparon al general Mancinas en Tijuana!
¡Atraparon al general Mancinas en Tijuana!”

Puedo decir que unos cuantos pesos que costaba el diario, era el precio por hacer un paseo por los recuerdos de aquella primavera no muy lejana, en la que había vivido la aventura que jamás hubiera imaginado. Esa nota me devolvía la confianza en la justicia, porque, aunque mi abuela decía para consolarme: “Ahí está Dios que todo lo ve, y a Él ha de rendirle cuentas al final de sus días”, para nosotros no era suficiente, queríamos que la justicia hiciera su trabajo en la tierra, y que nosotros pudiéramos verlo.

El nombre del militar aparecía en la nota con todas sus letras. Para nosotros siempre fue sólo el general, el padre de Amelia, pero ahí le daban nombre y apellido.

De mi rostro no podía borrarse la sonrisa, había pasado mucho tiempo desde aquello que pasó, pero, como bien dice mi madre, “no hay fecha que no llegue, ni plazo que no se cumpla”.

Ese día había llegado, la nota lo acusaba de algo que, bien a bien, no alcancé a entender, pero de que tenía que ver con aquello, tenía que ver, porque si algo reclamamos en aquel tiempo nosotros, era su falta de humanidad.

Cuando el diario terminó en manos de mi madre, pude ver su desencanto, tal vez recordó el entusiasmo que tuvo en algún momento por aquel hombre bien vestido y de barba oscura.

EL HERALDO DE GARDEA

No. 84736 Domingo 5 de diciembre de 1986
CAE EL GENERAL MANCINAS EN TIJUANA

Tijuana BCN. - Ayer por la tarde, en un hotel cercano a la plaza Santa Cecilia, fue detenido el general Roberto Mancinas Escobedo. Acusado por delitos de lesa humanidad, realizados durante su servicio en las fuerzas armadas.

Se conoce por fuentes oficiales que Mancinas traía consigo un arma calibre .45, pero no opuso resistencia. Abordó la unidad del comando militar por voluntad propia.

«¡Ya lo arrestaron!», repetía dentro de mí, lleno de felicidad. No necesité leer más para llenarme de alegría y de inmediato recordé la cara de Amelia. ¿Sabría ella de la detención de su padre?

Habían pasado más de seis años desde la última vez que la vimos, y al recordarla sentí ese nudo en el estómago que se me hace cuando me asusto. Sé que recordar una pelirroja no es para tanto, pero lo que vivimos por ella ese verano sí que lo fue.

Estábamos por terminar la primaria cuando la conocimos. Desde el primer día los tres teníamos metida en la cabeza a la niña nueva del salón, pero sólo a Paco se le ocurrió la idea de ir hasta su casa. Se había decidido a hablarle, a decirle que le gustaba. Cuando nos lo dijo, Benja y yo bajamos la mirada. “¡Chin!” Se nos estaba adelantando. Recordé la frase del programa de concursos de la tele.

“¡El que no arriesga, no gana!”

Paco iba a arriesgarse, y nosotros sólo lo veríamos caminar a su lado, ir a la plaza, a la nieve, tal vez hasta cambiaría nuestras rutas en bicicleta por andar con ella.

Era el hijo menor de la familia del jefe de mi mamá y, desde que empezó a trabajar como secretaria, él se había convertido en mi amigo. Luego,

para mi buena suerte, Benja se empezó a juntar con nosotros. Vivía en una de las casas más sencillas de la colonia de trabajadores de la fábrica que hay en Gardea. Entre esos dos extremos estaba yo, hijo único y sin mi papá. Tal vez por eso siempre buscaba apoyo en los hombres, porque en mi casa siempre me hizo falta un padre, o al menos un hermano mayor. Aunque eran muy distintos, ambos se convirtieron en mis amigos desde los primeros días de mi ingreso al cuarto grado.

Gran parte del miedo que ahora recuerdo, es el que me daba acercarme a terrenos prohibidos, porque para llegar hasta la casa de Amelia esa tarde, invadimos de nuevo el territorio enemigo: la zona controlada por el Rudo, el Pelón y el Zurdo, una pandilla que conocíamos de la escuela. Ellos tres iban en sexto, igual que nosotros.

Vivían al otro lado de la ciudad, en un barrio distinto al de nosotros tres. Donde las casas no eran iguales como fichas de dominó; donde la gente trabajaba en otras cosas, no sólo en la fábrica. Ahí estaban los árboles más grandes y las casas más antiguas. Tenía la plaza donde la gente se paseaba los domingos y, sobre todo, la nevería con los mejores helados.

También pensábamos en el papá de Amelia, y que tendría mal carácter, porque era general del ejército y, como decía mi abuela, con esa gente siempre hay que andarse con cuidado. Por todo eso

nos manteníamos fuera de su vista, esperando el momento para hablar con ella.

Estábamos ahí, cerca del patio de aquella pelirroja triste, pero la más bonita de la escuela. La esperábamos escondidos de su papá, siempre alertas por si pasaban por ahí las bicis de la pandilla con la que no queríamos topar.

Paco, Benja y yo, masticábamos chicle para sacar el nervio que nos daba andar en ese barrio. Lástima, las horas pasaban y ella no salía. Hubiera sido estupendo verla ir rumbo a la tienda y fingir un encuentro casual. Casi siempre iba por el pan a esa hora. La habíamos vigilado antes a pesar del riesgo de ser descubiertos por los Rudos.

El plan avanzaba, todo era cosa de esperar, cuando recargados en la cerca trasera escuchamos algo, pero no supimos de dónde venía eso que empezó a llamar nuestra atención. Sonaba de una manera extraña, un llanto apagado, en algún momento hasta gruñidos. El ruido nos hizo pensar en las películas que nos gustaba ver los jueves de tres por uno en el cinema. Desde la butaca el miedo era diferente. Drácula, la Llorona y otros seres del otro mundo daban algo de miedo, pero escuchar ruidos tenebrosos a media tarde, a plena luz del sol y muy cerca de nosotros, despertó algo diferente.

Nos atrevimos a caminar por dentro del patio tocando las paredes, pero a ratos aquello se callaba. Inclinábamos la cabeza como antena, buscando el

sonido que, aunque débil, volvía de momento para intrigarnos más, y casi nos dábamos por vencidos cuando de un bote de basura saltó un gato muy cerca de la cara de Benja, cosa que lo hizo pegar tremendo grito. Después de esa aparición gatuna, el sonido se escuchó de nuevo, más feo y extraño. Eso y que el general llegara o saliera de su casa, hizo que nos asustáramos más. El sol nos quemaba la espalda, pero debo confesar que el sudor que me empezó a mojar la frente, no era por el calor del día.

Con mayor agilidad que la de costumbre, montamos las bicis que estaban cerca. Apreté los manubrios y, patinando las llantas, salimos de ahí entre el polvo. Uno tras otro rodeamos la plaza, cruzamos el puente y nos metimos con prisa por la avenida principal, pedaleamos rumbo a la laguna. Mientras seguía a Paco iba pensando en eso que escuchamos.

Muchas veces había imaginado seres diabólicos bajo la tierra, porque cada sábado en la iglesia, por muchos años, la señora Ortega nos contó historias de Dios y del diablo, pero siempre nos dejaba pensando en lo bueno que debíamos de ser si queríamos ir al cielo, porque si no, el infierno que nos esperaba era horrible: vivir toda la eternidad bajo la tierra y entre las llamas. Achicharrarme para siempre, era lo que a veces me detenía de tomar las naranjas en el mercado sin pagarlas o alguna moneda del cambio de mamá. El miedo y la culpa se fueron quedando dentro.

No tenía idea de qué era aquello que habíamos escuchado, pero lo que sentía mientras le daba a la bici sin importar si los Rudos nos habían visto, hizo que Amelia me pareciera menos importante. Su pelo rojo y su linda cara, no fueron suficientes para esperarla. Lo único que queríamos era alejarnos de ahí rápido y, rodando las bicis calle abajo, llegamos hasta nuestro lugar favorito.

La orilla de la laguna era nuestro espacio para pensar, para reírnos de lo que hacíamos, y, a veces, hasta para hablar de las cosas serias de la vida, aunque sólo teníamos doce años. Ahí nos gustaba tirar piedras al agua, para ver cuál de los tres lograba el patito más largo, pero esa vez duramos buen rato haciéndolos en silencio hasta que Paco empezó a hablar.

—Fuimos a La Candelaria por Amelia, pero yo creo que ahí hay algo más, algo que nadie sabe. ¿Qué podrá ser?

Esa duda fue la causa de todo lo que pasó luego, allá en la orilla de aquel barrio, en la casa de los Mancinas. Esa vieja casona de techos altos, con enormes jardines al frente y un gran patio detrás. Espacios que la mantenía alejada de las personas que pasaban por ahí, pero esa tarde no imaginé que en ese lugar hubiera algo siniestro, y si la nota del periódico me hizo recordarlo, hoy voy a contarles todo.

AMELIA

Amelia había llegado a la escuela un día soleado de abril. A todos nos extrañó que entrara una niña nueva tan avanzado el año escolar, pero niñas como ella eran aceptadas hasta en vacaciones. Eso de seguro lo pensamos los tres, porque nos volteamos a ver de banca a banca y suspiramos al mismo tiempo.

Nuestro salón cobró un brillo especial esa mañana, porque por el ventanal del salón entraron también los rayos del sol y se reflejaron en su roja cabellera, felices de recibirla. ¿De dónde había salido alguien así? Qué sombría debió quedar su escuela, tal vez pintada de gris en cuanto ella salió de ahí. Ahora su resplandor era nuestro, y procuraríamos hacerla parte de nuestro grupito y, si era posible, por qué no, algo más.

Durante el recreo, la vimos rodeada de niñas que querían hacerla su amiga. ¿Quién le diría a esa bola de brujas que la belleza se contagia?, pero bueno, la lucha siempre es permitida.

Pero la mirada de Amelia no poseía esa luz que brillaba en su cabello, a pesar de tener unos ojos color miel, se veían llenos de tristeza. ¿Cómo una chica tan linda podía tener alguna pena?, pero como dice mi madre: “¡No hay corazón desocupado!”

A la hora de la salida, notamos que permanecía largo rato en el baño, ¿acaso estaría enferma? Yo recordaba mi primer día de clases y sí, yo también vomité en ese baño, creo que estaba nervioso entre tanta gente nueva, aunque bueno, yo era más pequeño, pero era probable que Amelia sintiera algo parecido. Nos recargamos en la esquina del salón para verla irse a casa, no nos iríamos sin saber en dónde vivía, pero era mucho lo que se estaba tardando. Hasta pensamos que se habría ido sin darnos cuenta. Ya estábamos por darnos por vencidos cuando asomó la cabeza por la puerta del baño, observó el patio de derecha a izquierda, como asegurándose de que ya no hubiera nadie por ahí cerca. No le habremos resultado una amenaza porque salió. Lo hizo con el paso lento y la mirada baja, nosotros a distancia la seguíamos por la avenida. No quisimos montar las bicis porque iba tan despacio que la habríamos adelantado y ése no era el plan.

Nuestro entusiasmo se acabó cuando dio vuelta en la esquina de la catedral. Caminó por el puente y supimos que estaba prohibida. Era del barrio de La Candelaria, el barrio más bravo de Gardea.

Así que detuvimos las bicis y la vimos alejarse. Nos quedamos frente al puente. ¿Por qué la vida era tan difícil para alguien como nosotros? Volvimos a montar y rodamos por el centro para dejar de pensar en ella, hasta que el hambre nos llevó a nuestras casas.

Al día siguiente parecía que las cosas iban a ser distintas. En la entrada Paco tomó la delantera para abrirle la puerta a Amelia cuando llegó a la escuela. Lo vimos muy peinado, traía los *convers* nuevos y el uniforme planchado; cosa que no era su costumbre. Supimos de sus intenciones. Benja y yo nos codeamos al verlo, torcimos un poco la boca, pero respetamos su esfuerzo. Iba un paso adelante de nosotros y ni hablar, era Paco, nuestro amigo.

Amelia le sonrió, punto a su favor, debió pensar él, pero, aun así, se puso colorado. Para suerte de Benja, Amelia ocupó un mesabanco a su lado, punto suyo, le dijo con la mirada y el puño cerrado a Paco, quien lo contemplaba enfurruñado desde el fondo del salón.

—¡Hola!, ¡tu morral camuflado está súper! ¿Dónde te lo compraron? —le preguntó Benja a Amelia para hacer plática.

Ella sonrió antes de aclarar que era un obsequio de su padre.

—Parece de soldado y toda la cosa —bromeó Benja.

—Mi papá es general del ejército, aunque ya está retirado.

Y a Benja se le congeló la sonrisa. Yo lo vi y me dio tanta risa como para que la maestra me callara con la mirada.

A la hora del recreo los tres la observamos desde lejos, como se contempla un campo minado, o

una bomba radioactiva: hija de un general, y viviendo en el barrio de La Candelaria. ¿Qué otra cosa tendríamos que librar para acercarnos a ella?

A la hora de la salida hice mi intento en terrenos amelianos. No iba a quedarme atrás, si no, sería el “poca cosa” del equipo, aunque ninguno de los dos lo dijera.

Entonces me acerqué a ella y le pregunté por qué había cambiado de escuela en esas fechas tan cercanas a terminar el año. Ella bajó la mirada, recogió sus cosas con prisa y, entre los empujones que se viven a la hora de salir, aprovechó el relajo para sólo decirme:

—¡Me tengo que ir, hasta mañana!

Ahí me quedé yo, con la cara tiesa y los ojos muy abiertos. Yo entendía que a una pregunta le toca una respuesta, pero ella... no.

Los chicos me vieron desde la puerta y me preguntaban en silencio: “¿Qué pasó?”, alzando las manos e insistiendo con la mirada.

Tan bien que había empezado el día, para cerrarlo yo con cero anotaciones. Nada de nuevo, ¿acaso Amelia era un misterio desde cualquier lado que se le viera?

LOS RUDOS

Las primeras veces que entramos a La Candelaria procuramos no rondar por la plaza, sabíamos que los Rudos nos verían, pero el día de la huida, no lo recordamos y salimos de ahí como alma que lleva el diablo. Levantamos tal polvareda que fue a dar a las narices de aquellos a quienes temíamos: el Pelón, el Zurdo y, el más bravo de todos, el Rudo.

Ellos en la escuela tenían la peor de las famas, mirada torcida, pose de matones y andar de luchadores, aun cuando tenían la misma edad que nosotros.

Siempre querían dejar en claro quiénes eran los jefes. Se les sabía de muchos pleitos ganados, eran veloces en las bicicletas, aunque con nosotros no se habían medido nunca, pero se decía que jugaban vencidas en los baños y llegaron a derrotar a los más gordos de la escuela. Y por supuesto, el arroyo sabía de sus broncas, era allí donde se citaban. La hombría se medía en el lodazal, eso les daba más sabor a las peleas.

Les gustaba rodar en torno a la plaza, y, como vigías en alguna torre, se recargaban en una de las esquinas que están junto a la iglesia de La Candelaria, desde ahí veían a todo aquel que se atreviera a entrar en sus dominios.

—¿Qué barrio? —retaban a todos los de su edad

cuando caminaban por el centro de la colonia, haciendo la voz ronca para verse más fieros.

Del otro lado de la plaza estaba la nevería “La Regia del Sabor”. Si alguien merodeaba por ahí, no resistiría el antojo de probar las nieves de tamarindo, que sólo ahí se vendían, al menos eso creo, porque yo... no puedo.

Se sentían amos y señores del bajo mundo de la escuela, y mucho más en las calles de su colonia. Por eso no se quedaron conformes con nuestra visita. Y al siguiente día no pudimos desprendernos de sus miradas. A la hora de la salida los vimos parados cerca de la puerta principal, tenían un gesto más maldito que el de costumbre. Tratando de evitarlos, salimos de la escuela por el estacionamiento. Ya en la avenida nos fuimos a la laguna y no supieron de nosotros por esa tarde, pero al día siguiente, montaron guardia en ambas salidas y nos enfrentaron en nuestro escape.

—¿A dónde van, rajados? —querían provocarnos—. ¿Qué no saben que la salida está por el otro lado?

Luego de escupir cerca de mis tenis siguió diciendo:

— ¿O se están escondiendo de alguien?

— No —dijo Benja—, por acá nos queda más cerca.

—¡Sí, cómo no! —dijo el más grande, el Zurdo, le decían.

El Rudo chasqueó varias veces la lengua y dijo:

—De aquí no se va nadie.

—¡No tenemos tiempo para pláticas babosas! —y lo empujé con mi bicicleta—. A ver si te vas quitando, porque tenemos prisa.

Paco y Benja abrieron los ojos bien grandes: “¿y éste, de dónde tan valiente?”, tal vez pensaron, pero yo creía que, si no éramos capaces de enfrentar a esos buscapleitos, cómo íbamos a tratar con lo desconocido en la casa de Amelia. Esa pandilla no entendía de palabras, había que ser rudo, como ellos.

—Si a babosos vamos, yo no quiero ratas por mi barrio, y por ahí anduvieron algunas, y no estamos muy contentos.

Me dio un buen empujón y fui a dar al suelo. Paco y Benja, con miedo y todo, se bajaron de las bicis para estar conmigo. Supimos que no saldríamos limpios, pero ya estábamos decididos a pelear con ellos.

Entre pasos y empujones, llegamos hasta un lugar fuera de la mirada de algún adulto. Y la pelea dio inicio. Al principio me dio por cerrar los ojos y lanzar golpes sin fijar bien la ubicación del enemigo, pero la cosa fue agarrando forma cuando, sin proponérmelo, reventé la nariz del Rudo. La sangre corrió escandalosa y quedó manchado de rojo hasta la camiseta. Se enfureció. Yo saqué el valor que no sabía que tenía dentro, mientras Paco y Benja hacían lo mismo con el Pelón y el Zurdo.

Entre sangre y polvo, quedamos manchados desde el pelo hasta los tenis, y con tal facha, de habernos visto, los gladiadores nos hubieran tenido respeto.

Para no faltar a la verdad, tengo que decir que eran superiores a nosotros con los puños, porque fuera de ese punto a mi favor en la nariz del Rudo, recibimos patadas, jalones, golpes y sofocones hasta quedar hechos una basura, por no decir más feo, pero qué bien se sentía dar pelea y devolver algunos golpes, ellos se acomodaban la ropa, se limpiaban la cara, mientras jadeaban por el esfuerzo, porque fáciles, fáciles... no habíamos sido.

—¡A ver si van aprendiendo quién manda en La Candelaria, eh, pendejos! —aclararon mientras se retiraban sintiéndose ganadores, cuando la boca de Paco tuvo que abrirse:

—¡Se creen muy fregones!, y ni siquiera se han dado cuenta de que algo hay en su barrio bajo sus narices. ¡Anden, vayan a detener la pared! —se burló—, ahí no corren ningún riesgo, mientras nosotros, con o sin su permiso, vamos a saberlo.

Los Rudos detuvieron el paso. Yo presentía una segunda paliza, pero cuando voltearon, vimos la curiosidad asomando por sus ojos.

—¿Qué van a saber ustedes de lo que pasa en mi barrio? —rugió el Rudo.

—¿De qué estás hablando? —el Pelón echaba los puños al frente.

—Creemos que es algo gordo —dijo Benja aun limpiándose los mocos—, pero si ustedes no nos dejan andar por allá, no les decimos nada.

—¡Te friegas!, en La Candelaria mandamos nosotros, ¡ahora, suéltalo! —insistió el Rudo empujando a Paco con la bici.

—No hay trato si no podemos entrar —contestó Paco con una sonrisa burlona. Los tres le mostraron los puños, pero no se hizo para atrás.

—¡Anden!, así serán buenos —amenazaba mientras se mantenía firme ante ellos—, de lo que nosotros les hablamos va más allá de una paliza —eso lo dijo con tal seguridad que sus rostros cambiaron.

—¡O entramos a La Candelaria o no hay trato!

Ser curioso es cosa de todo chico que está creciendo, y meterse entre las patas de los caballos era la especialidad de esa pandilla.

—¡Pero acá el Rudo sigue mandando!

Esa era la condición del Pelón mientras palmeaba la espalda de su amigo. Cuando bajaron los puños, Paco volvió a hablar.

—¿Conocen la casa del general Mancinas?

La pregunta de Paco hizo que el Zurdo se rascara la cabeza. Y mi amigo siguió hablando.

—¡Sí, hombre, el papá de la nueva del salón!

Punto para nosotros, no sabían de qué les estábamos hablando.

—¿La Güerita vive en La Candelaria? —el Zurdo mostró gran sorpresa cuando preguntó.

—Sí —y seguí limpiándome la sangre que no dejaba de brotar de la nariz—, por la calle que está atrás de la iglesia.

—¿Y...? ¿Qué con que sepan dónde vive la nueva? —se burló el Rudo.

Paco besó los dedos en cruz:

—Pues resulta que mientras la esperábamos la otra tarde, juro por la vida de nuestras madres, que escuchamos algo como llanto, queja o gruñidos. Por lo más sagrado que tenemos, que allí hay algo, y no es poca cosa.

—¡Uuuuyyy!

El Pelón hizo temblar sus manos ante el rostro del Zurdo, burlándose de nosotros, soltó tremenda carcajada. El Rudo se quedó callado, por algo era el jefe de esos idiotas, él quiso saber más.

—¿Dónde mero lo escucharon?

Los tres respondimos:

—¡Ahí, detrás de la casa!

—No tuvimos mucho tiempo para averiguar más, la verdad es que nos asustamos y salimos casi volando —terminó diciendo Paco.

—Yo sé que esa casa es muy vieja, qué tal y tiene hasta sótano. Y si dices que allí vive un general... pueda que tenga prisioneros —el Rudo se veía interesado.

—¡Miren! —les dijo Paco de la manera más solemne que le había escuchado jamás—. Ofrezco en señal de compromiso, palabra de hombre, que, si no

hay nada que nos sorprenda, les entrego mi bicicleta por habernos entrometido en sus terrenos —volteó a vernos y, un poco preocupados, entendimos que debíamos hacer lo mismo.

—¡También la mía! —Benja no se hizo a un lado.

Y para terminar de cerrar el trato, apreté los manubrios de mi *Cross Mx*.

—¡Y la mía!

TOM SAWYER

Al día siguiente fui a la biblioteca, y nunca esperé encontrarme ahí con el Pelón. Lo vi caminar lento por entre los estantes. La mayoría de los libros eran de pasta dura y letras doradas: aquellas enciclopedias contenían el universo entero.

En el último cuarto se veía sobre la puerta el letrero: LITERATURA. Hasta ahí llegaron los pasos inseguros del Pelón, sin imaginar que ese era el sitio indicado, por lo que pude escuchar después.

Yo detrás, lo seguía discreto con la mirada. Quería enterarme de qué andaba buscando ese malilla en un lugar como la biblioteca.

Después del pleito afuera de la escuela, ya no me asustaba, así que busqué un espacio para sentarme y ver con cuidado sus movimientos.

Pude imaginar que aquel sitio le inspiraba respeto, porque se quitó la gorra y se la fajó en el pantalón. Sus ojos iban y venían de un librero a otro sin animarse a tomar ningún libro, y recordé la primera vez que entré ahí.

Era una biblioteca pequeña, pero yo lo era más. La encargada, una mujer mayor, doña Carmelita, conocía el sitio exacto del libro que uno le pidiera. Sabía del contenido de la mayoría, aunque, a veces, yo deseaba que no supiera tanto, para que me permitiera tocar aquellas maravillas de papel, buscar entre ellos, revisar sus hojas, pero no, la bibliote-

caria sólo le permitía hacer tal cosa a los visitantes frecuentes de su biblioteca, a un novato, jamás. Por eso, cuando se dio cuenta de que el Pelón trataba de mover sus preciadas joyas de los últimos librerros, se acercó y le dijo, no sin antes leer en su rostro y facha, que ese chico no sabía nada de libros:

—¿Qué se te ofrece, chamaco?, ¿qué libro andas buscando?

—No sé —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Cómo que no sabes, ¿qué información necesitas?

—Tengo que leer un libro, dijo la maestra que viniera a buscar uno aquí.

—Ah, entonces tendrás que decirme qué cosas te interesan, y así podré recomendarte alguno.

Entonces se rascó la cabeza y se puso colorado. Su fuerte era resolver todo con los puños, eso de hablar con aquella señora de pelo blanco, le estaba resultando difícil.

—Sólo dime qué te divierte y yo te diré el libro que necesitas.

Pero el Pelón seguía colorado y pensativo, porque más allá de leer Kalimán, Archi o Memín Pinguín, yo estaba seguro de que no había leído un libro.

Ante su silencio, doña Carmelita siguió bombardeándolo con temas que pudieran interesarle:

—¿Dinosaurios?

—No.

—¿Estrellas y planetas?

—No.

—Ciencia.

—No.

—Historia.

—Menos.

La lista se estaba haciendo demasiada larga y el Pelón seguía sin decidirse.

—Se me hace que a ti lo único que te gusta es la vagancia —dijo sonriendo.

—¡Sí! —y el pelón suspiró aliviado, ya empezaban a entenderse.

—Entonces no queda de otra, tú tienes que leer Tom Soyer.

—¿Y quién es ese?

—Un chamaco como tú, sin oficio ni beneficio. Te va a gustar.

Doña Carmelita caminó despacio con la espalda algo encorvada, eran muchos años de cuidar ese santuario. Acomodó sus lentes y, golpeando con la pluma de libro en libro en aquel estante de fina madera, dijo:

—Aquí está. Toma, siéntate a leer ahí, cerca de René, él viene muy seguido.

Entonces me sentí como un detective descubierto, y quité de mi rostro el libro con el que me ocultaba: Una historia interminable. Era el que había escogido esa vez para el reporte que la maestra nos encargó para fin de año.

El Pelón se sintió más incómodo y molesto que

yo. Lo primero que hizo fue intentar amenazarme con la mirada, cosa que ya no le funcionó. Después de un breve silencio y de enfrentar el reto sin parpadear, le dije:

—Ese te va a gustar.

Yo continué con mi lectura, las aventuras de Atreyu me tenían atrapado.

Dudó un poco, pero no le quedó de otra más que sentarse ahí y empezar a hojear el libro que le habían dado. No se veía cómodo, tenía la frente hecha moño, pero su gesto fue cambiando cuando avanzaba en las páginas de aquel libro, hasta que, en algún momento, pude ver que sonreía con las travesuras de aquel chico, con las que un día yo también disfruté.

Estuvimos ahí más de una hora, cuando la señora anunció que tenía que cerrar la biblioteca.

Salimos los dos en silencio. Cerca de la barda que rodeaba la biblioteca, había un tubo al que teníamos sujetas, con cadena y candado, cada bici. Ya sobre ellas, la dirección que íbamos a tomar era opuesta, así que, por despedida, con el puño cerrado frente a su rostro en señal de amenaza, el Pelón me dijo:

—Ahí de ti que le cuentes al Rudo y al Zurdo ¿eh?

—Ni tú tampoco.

Y le mostré el puño de la misma manera. El pelón montó su bici, rayó la llanta y se alejó a toda

prisa de ahí, mientras yo lo veía sin retirarme. Y recordé aquello que decía Tom Sawyer en el libro:

“He descubierto que no hay forma más segura de saber si amas u odias a alguien que hacer un viaje con él”

Estar sentados uno al lado del otro en la biblioteca por ese tiempo, fue para mí como hacer un pequeño recorrido, y me quedó claro que no éramos tan distintos, que bien podríamos hacer juntos esa búsqueda que nos tenía llenos de curiosidad.

GARDEA

Respirar el aire de Gardea es distinto a respirar el de otro lugar. La enorme laguna que tiene a la orilla puede darle una brisa tras otra, y con ayuda del arroyo San Jorge, donde su cauce marca los límites de la ciudad al oeste, la mantienen húmeda y fresca; mientras los pinos que abundan al sur forman una cortina verde con olor a trementina, ácida, pero agradable.

Por el centro corre la vía del ferrocarril, que deja pasar a mañana y tarde un tren que, para algunos, va cargado de leyendas. A nosotros los chicos nos llenaban de miedo sus corridas, en especial las nocturnas, porque algunos ancianos decían que la de las nueve de la noche la hacía un tren vacío, sin pasajeros ni operadores, y nos daba por pensar que era el tren de la muerte, lo llamábamos el tren Fantasma. No era extraño ver a los niños santiguarse cuando el silbato del tren de las nueve anunciaba su llegada.

Aunque Gardea es una ciudad, nada tiene que ver con esos enormes lugares que veía en el cine, ni siquiera se acerca al estilo de la capital del estado, ya no digamos con Nueva York o la ciudad de México, creo que para muchos es tan sólo un pueblo grande.

También hay diferencia en sus colores. Gardea

tiene varios tonos de azul, en parte porque abundan en los patios de las casas y en las jardineras de las calles, los mantos tapizados de flores celestes. Bien a bien no sabría decir por qué, pero puede verse el azul hasta en el aire, tal vez eso sea por el agua, por el azul intenso del cielo o quizá por la enorme sierra del mismo color y nombre que se puede ver al norte.

Antes lo que pasaba en cada barrio se sabía pronto, porque el señor Márquez tenía una camioneta con una bocina sujeta sobre ella, e iba por todas las calles informando de las novedades del día, colonia por colonia, pregonaba la boda de algunos enamorados y se invitaba a la fiesta; recordaba el lugar y sitio de alguna reunión; daba cuenta de las ofertas en el súper, y, claro, algo que a nosotros nos interesaba, qué películas se exhibirían en el cine.

El ritmo al que se movía la gente en Gardea también era distinto al de las grandes ciudades. Ahí todo funcionaba lento, o al menos así lo sentía yo en ese tiempo. El día alcanzaba para todo, o sería que alguien de mi edad no tenía grandes ocupaciones.

La pequeña Gardea tenía aromas en cada rincón. El verdor de los pinos que tiene en la entrada llenaba de un olor fresco; al centro de la ciudad se veían los enormes peroles que, desde temprano, freían las carnitas de puerco; otros aromas menos intensos podían sentirse: los de respeto en el templo, esos los daban el incienso y las velas encendi-

das para pedir favores a los santos y, ¿por qué no decirlo?, aparte de esas delicias, estaba también el olor desagradable que despedían los desechos que día a día arrojaban las fábricas.

Yo siempre he sido feliz en sus calles, soy parte de la ciudad. La llegué a extrañar en mis pequeños viajes a la capital cuando acompañaba a mi abuela. Ella estuvo enferma de algo que los adultos callan cuando uno está cerca, pero no me lo pudieron ocultar por mucho tiempo, porque a donde íbamos, había gente con ese aspecto que dan las enfermedades de las que pocos sobreviven. Yo me ponía triste por ella, porque a pesar de ser tan mayor, se le llenaban los ojos de agua cuando esas terribles citas se acercaban. Esos tres días me parecían largos y tristes, pero me aguantaba, porque bien claro me lo dijo mi madre:

—No se trata de lo que vas a recibir, sino de lo que vas a ir a dar.

Esos días supe de ganarle al sol por la mañana, de correr para que no se fuera a pasar el camión, de llegar a tiempo porque si no, la cita se perdía, de volver temprano, porque los lugares en los que nos quedábamos no eran seguros, y nada agradable resultaba caminar por esas calles de noche. Era entonces cuando más extrañaba a Gardea: sus plazas tranquilas y el buen trato de los vecinos. Fuera de los apuros que nos hacían pasar los Rudos en el barrio de La Candelaria, podría decir que Gardea

era tranquila. Lo bueno fue que esas visitas se terminaron sin nada que lamentar en ningún aspecto.

Las llanuras cercanas a nuestra ciudad eran un amplio territorio para nuestras andanzas. Ahí explorábamos los arroyos, perseguíamos mapaches hasta sus madrigueras, nos adentrábamos lo más posible en la laguna. La escogimos como nuestro lugar favorito: apartado y divertido. Un sitio donde podíamos hacer mucho de lo que nos gustaba: construir pequeñas balsas y atrevernos a tripularlas a no muchos metros de la orilla porque para nuestra desgracia siempre terminaban por hundirse. Ahí también hacíamos competencias de lanzar lo más lejos las piedras al agua, hacer patitos en la laguna era entretenido. Muchas veces nos divertía, pero otras nos relajaban, tenían la misión de sacar nuestras preocupaciones.

Alguna vez intentamos pescar en la laguna, pero nos dijeron que no era bueno, porque las fábricas de la ciudad arrojaban sin cuidado sus desechos en ella. Llegaron a contarnos que los peces estaban deformes, que bien podía habitar ahí algún pariente de Gotzila, porque los tóxicos que en ella se vertían eran capaces de provocar mutaciones hasta en las más simples especies, y por esos cuentos llegamos a soñar con sacar algo parecido al monstruo del lago Ness, aunque lo encontráramos en pequeña escala, pero fuera de zapatos y ollas viejas, nunca sacamos nada interesante.

UNA CONFESIÓN

Cerca de la laguna decidimos que fuera Paco el que hablara con Amelia. Sus habilidades para convencer las había demostrado muchas veces. Como aquella tarde en la que, aun cuando no era cierto, dijo en su casa que en la escuela iban a fumar, y era necesario mantener desocupados los salones. Algo habló de la polilla y una plaga de ratones, y que por ese motivo se habían suspendido los exámenes hasta nuevo aviso, y que no habría clases dos días, pero que esperaban que esa información no saliera de la comunidad escolar para no desacreditar el buen funcionamiento de la escuela, que problemas como ese, se presentaban hasta en los mejores colegios.

Bien que supo usar las palabras del director de la escuela, formal y todo. Lo aceptaron sin más, pecaron de confiados, sabiendo que el desarrollo, como dice mi abuela, puede transformar al mejor de los hijos. Esa tarde Paco se fue con los amigos del barrio al cine, sin el apuro de volver para estudiar Matemáticas, ni mucho menos para hacer tarea. A otro día pudo dormir a sus anchas, sólo tenía el pendiente de leer su historieta favorita. Nunca Kalimán les había sembrado tanto misterio a sus capítulos, y por ello, el número más reciente debía ser leído hasta la última página.

La maestra también cayó con sus engaños una vez que su tarea no estaba completa, porque según Paco, todas las tardes leía para su abuelo, y el día anterior había tocado el turno a una novela que parecía interminable, pero que reconocía su falta y prometía cumplir con sus tareas escolares; que ella no dudara en ponerle el castigo que fuera necesario por faltar a su deber. Cosa que por supuesto no sucedió. La maestra desde ese día creía ver una aureola sobre la cabeza de Paco. Desde entonces no dejó de llamarlo Paquito, aun cuando Paco no tenía abuelos

El propio director fue ingenuo una vez, cuando Paco le mostró un reloj, sin decirle que era de su padre, y usando la más dulce de sus expresiones, informó que lo había encontrado en el patio de la escuela y deseaba recorrer todas las aulas para encontrar al dueño.

—¡Ay, Paco!, no faltará quien diga que es tuyo.

—¡No! —contestó con astucia—. El reloj tiene algo escrito atrás, deberán decírmelo para que yo se los entregue —claro que tenía una inscripción, la que su madre, tan romántica, mandó grabar para uno de los cumpleaños de su padre: “Para el amor de mi vida”

Mientras tanto, él lo guardaría hasta encontrar al dueño. Nadie se llevaría de las pertenencias de los Benavides ese reloj, él lo sabía. La búsqueda lo mantuvo fuera del salón por más de una hora, mientras transcurría la clase de Geografía. A él no

le importaba dónde se encontraba el estrecho de Bering si nunca iba a pasar por ahí.

Paco decía que de grande sería doctor, pero nosotros estábamos seguros que terminaría siendo político, porque esa esa facilidad para mentir, decía mi madre, era propia de ese grupo, y tarde o temprano a nuestro amigo lo llevaría hacia allá.

El timbre de la escuela sonó tan fuerte que me sacó de mis pensamientos. Cerramos los cuadernos, nos miramos a los ojos y ladeamos la cabeza en señal de “vamos pues”, y nos fuimos al patio siguiendo una cabellera roja que era difícil de confundir.

Días atrás habíamos visto que se quedaba sola en los descansos, y después de aquella vez en que la vimos ocultarse en los baños no nos extrañó su aislamiento.

Para nuestra suerte ella se sentó lejos de miradas curiosas. Aquella vez, las compañeras del salón estaban haciendo una larga fila para comprar algo para el almuerzo, no se acercarían pronto por ahí.

Necesitábamos esa distancia, porque temas tan difíciles, no podrían ser tratados entre balones, lonches y jugos. No sabíamos cómo, pero nos armamos de valor para ponernos frente a ella. Yo pensaba que toda la declaración de amor que había armado Paco en su cabeza noches atrás, estaba por ser cambiada por un interrogatorio tipo *Hawái* 5-0, serie de la cual Paco era fanático.

Sí, era la chica más linda de la escuela y tal vez del mundo entero, pero ahora lo que más nos atraía era obtener algo de información sobre “eso” que habíamos escuchado.

Paco se plantó con todo el valor que le permitía su metro y medio de estatura, levantó los hombros para verse un poco más grande, debió haber deseado que fueran otras las circunstancias, pero ni modo, las cosas habían cambiado.

—¡Lo sabemos todo!

Paco fue enérgico y ella abrió sus hermosos ojos color miel. Dicen que el factor sorpresa es un elemento que da ventaja en las batallas, pero ella no nos parecía un enemigo, más bien parecía la víctima.

—Cuéntanos y te ayudaremos —Paco quiso consolarla—, Benja fue monaguillo medio año y conoce a un Sacerdote, de algo servirá para conseguir un exorcismo o lo que haga falta.

Amelia arrugó la frente y dijo que no con la cabeza. Sus ojos se llenaron de agua y nosotros nos sentimos los más malvados del mundo. Hacerla llorar no tenía perdón.

Estábamos dispuestos a escuchar su historia por más fea que fuera, pero ella sólo dijo:

—¿De qué están hablando?

Los tres nos volteamos a ver como lo hacíamos siempre que nos veíamos desarmados.

— Eso... de lo que se oculta en tu casa o cerca

de ahí —Benja reafirmaba lo dicho por Paco.

—¿Qué cosa? —seguía sorprendida.

—¡No te hagas! —exigió Paco.

—¡Debes haberlo escuchado! —para mí era más que claro.

Seguro que la sorprendió nuestra información, pero para nada la asustó. Había algo más grande que le estaba doliendo y, para sorpresa nuestra, empezó a hablar mirando hacia el piso. De vez en cuando levantaba los ojos para mirarnos y se limpiaba las lágrimas. Bien dice mi madre: “las personas siempre necesitan de alguien para vaciar el costal que les pesa en la espalda”. Pues Amelia empezó a vaciar el suyo por completo, ahí en la banca que estaba detrás de la biblioteca de la escuela.

—¡No! ¡Ustedes no saben nada!

En lugar de la historia que nosotros esperábamos, nos empezó a contar por qué ella había cambiado de escuela.

—Pensé que habían encontrado la noticia en algún periódico —y nos miraba con esos ojos que derriten—. Mi padre no quiso hablar con nadie en el colegio. Por eso nos cambiamos de ciudad. Está casa la tenemos desde hace muchos años. Él venía varias veces por semana; pero ahora los dos vivimos siempre aquí, y vengo a esta escuela —se limpiaba las lágrimas y recobraba la seriedad que le habíamos visto desde que llegó a la escuela.

—¡Oye! ¡No sabemos de qué estás hablando!,

pero si venir a esta escuela te causa tanta pena, yo creo que exageras —Paco se sintió ofendido.

Nos quedamos en un silencio incómodo. ¿Qué debíamos decirle a la pelirroja ahora que tenía los ojos irritados por el llanto?

—¡Claro que no, no es eso! —negó apenada con la cabeza, mientras se disponía a contarnos—. Hace algunos meses, el ejército preparó un homenaje para mi papá, le iban a reconocer sus treinta años de servicio al país, pero en el momento en que la medalla estaba siendo prendida a su uniforme, varias personas se presentaron en la ceremonia para acusarlo de cosas horribles —fue lo último que dijo.

Como que no quería la cosa, los Rudos se fueron acercando, arrastraban los pies jugando con un bote de jugo vacío, llegaron y se pararon atrás de ella. Amelia los miró sobresaltada.

—No te preocupes —Paco volvió a calmarla—, ya hemos hablado con ellos y están de acuerdo en buscar respuestas.

—¡Lo llamaban monstruo! —se atrevió a decir.

Esta chica linda y llorosa logró borrar el gesto duro de los Rudos, que después de todo no eran más que buenos para actuar, lo vi en sus ojos mientras miraban correr las lágrimas de Amelia.

—No llores, Amelia —Benja dio en el clavo con un chispazo de palabras—, a veces los hijos no podemos enderezar a los padres, aunque buena falta les haga. Aquí estamos nosotros para estar contigo.

—Puede tratarse de un error —esa frase salió de la boca de Paco muy a su pesar, porque montones de veces había escuchado a su padre comentar sobre las barbaridades que hacían los políticos y los militares—, de ahora en adelante cuentas con nosotros.

—¿Y tu mamá? —luego se arrepentiría Paco de sus palabras.

—Esa es otra historia —y nuevas lágrimas brotaron de sus lindos ojos.

En ese momento, supimos que no nos quedaba de otra, aunque la cosa se ponía más complicada, porque entre recurrir a exorcismos y enfrentar las armas, había mucha diferencia.



TOQUE DE QUEDA

Cuando salimos de la escuela, mientras rodábamos rumbo a casa, Benja se reía a carcajadas de sus hermanas. Las dos chiquillas: Marisa y Rocío, habían amanecido ese día con un corte de pelo muy gracioso. La más grande, que no lo era tanto, trató de descubrir su frente un poco con las tijeras de su madre, pero después, al contemplarse en el espejo y ver semejante facha, le dijo a Rocío que las hermanas debían verse iguales. La pequeña de cuatro años, se colocó en el banco del peinador y fue el conejillo de indias de Marisa. Benja casi se desbataba de risa mientras platicaba, y yo, después de reírme un poco, seguí pedaleando en silencio.

La noche anterior había pensado mucho en eso, lo diferentes que pueden ser las familias. En mi casa se hablaba de rosarios a la virgen, de tejidos y de recetas, aunque los domingos, que era el único día en que se compraba el diario, el tema principal era la política, porque mi madre era una gran crítica del gobierno. Yo no sabía mucho de eso, pero sólo faltaba que el clima también fuera culpa de ellos.

Paco y Benja seguían compartiendo anécdotas familiares, porque Paco seguido le jugaba bromas a su hermana mayor, cuando los pretendientes tocaban a su puerta y él los despachaba, asegurando que esa tal Mary no vivía allí. Mientras se reían

de sus hermanas, rodábamos las bicis soltando los manubrios, ¡cómo nos gustaba hacerlo!, esa habilidad nos había costado algunos golpes, pero una vez conseguida, nos llenaba de orgullo lucir por las calles de Gardea como si fuéramos en monociclos.

Por la mañana Amelia nos había contado la historia de su padre, y por la tarde de regreso, después de haber escuchado aquello de las amenazas, el escándalo y aumentar nuestras dudas, nos dábamos un baño de normalidad con la historia de las pequeñas peluqueras y los novios de Mary.

Si alguien podía entender un poco a Amelia, era yo; ella no tenía a su madre, a mí me faltaba mi padre y los dos éramos hijos únicos. Esa vez, el tema eran los hermanos, yo escuchaba en silencio, no tenía nada que decir.

Cuando llegué a casa, contemplé a mi familia. Me sentía afortunado, si bien no éramos una familia modelo, tenía una madre y una abuela. Varias veces deseé tener conmigo a mi padre. Hubiera sido genial ir con él al campo, jugar juntos; a las luchas tal vez. Eso era algo que no se le dio nunca a mamá. Ella fue capaz de subirme a su espalda y correr por el patio, pero eso de rodar por el suelo conmigo, no le gustó jamás.

A mi padre no lo recuerdo. Murió al poco tiempo de haber nacido yo. Cuando pienso en él, trato de ponerle siempre el rostro de la fotografía donde está jugando beisbol. Siempre fue difícil acomodar su figura en uniforme de beisbolista cada vez que

deseé que él estuviera conmigo. Lo imaginaba parado junto a mí soplando las velas de algún pastel, sosteniendo conmigo la Biblia de mi primera comunión, junto a mí afuera de la escuela en mi primer día de clases. Siempre lo imaginaba así, vestido de blanco con su gorra azul con el número 13 de *Los Industriales*. Yo no quiero ser supersticioso, pero quizás el haberle tocado ese número haya sido de mala suerte y la razón por la que murió tan joven. No estuvo mucho con nosotros, pero bueno, como dice mi abuela, “de lo perdido lo que aparezca”.

Mi madre hizo las veces de mi padre en muchas ocasiones, porque en mis correrías con Paco y con Benja, varias veces me metí en problemas, unos serios y otros no tanto. Era cuando ella se transformaba y me regañaba de la manera más enérgica y agregaba buenas tundas; pero no me importaba, comparado con las ocasiones en las que tuve algún pequeño accidente o algún fracaso en la calle o en la escuela, mamá me daba el mayor de los consuelos: me miraba a los ojos, tocaba mi cabeza y me acercaba cariñosa hacia ella, era un abrazo tan especial y con sencillas palabras serenaba mi alma inquieta. Así era mi madre, y no podía imaginarme la vida sin ella.

Aunque ser el centro de atención en mi casa a veces resultaba vergonzoso, porque un chiste, un comentario y en algún tiempo hasta las tonterías, lo celebraban con exageración. A mí me daba vergüenza cuando iban Benja y Paco a jugar conmigo

a la casa, sólo les faltaba besarme y apretar mis cachetes delante de ellos para acabar con mi reputación. Ellas no se habían dado cuenta de que ya no era el niño de antes, casi era un hombre, tenía doce años y a alguien de esa edad no se le trata así, y menos en presencia de sus amigos.

No me imaginaba la vida de Amelia, pobre, le hacían falta ese tipo de atenciones. Salirse un poco de la rigidez del ejército, como dice el dicho “pobre niña rica”, porque lo cierto era que Amelia tenía todo lo que cualquiera a nuestra edad pudiera desear de juegos, útiles y ropa a la moda. En el poco tiempo que convivimos con ella, pude verla usar lo más nuevo en patines, mientras los nuestros eran de lo más simples. Y su ropa limpia, linda y fina. Ni hablar de su juego de acuarelas, de su estuche de marcadores, de sus cuadernos de pasta fosforescente, y aunque en la escuela no circulaban aparatos electrónicos, ella portaba una magnífica Colex, lo más nuevo en calculadoras; todo lo de ella era de primera.

Amelia estaba creciendo, y, como decía mi abuela, se estaba convirtiendo en una señorita, y lo hacía en una casona solitaria, si acaso acompañada por alguien que trabajara en esa casa, pero esos cuidados que merecía junto a su madre no los tenía ella.

Pocas veces vi al general llegar a recogerla a la escuela. ¡Qué mirada! ¡Qué rigidez en su cuerpo!

Era un hombre duro (un buenazo no hubiera llegado a ese grado militar), y después de las denuncias de la gente, sabíamos que él era capaz de acabar con todo aquél que se le pusiera enfrente de ser necesario.

Una noche de insomnio, pensé que esos sonidos en su casa bien podían ser de algún prisionero o un militar de rango menor cumpliendo algún severo castigo. En pensamientos como esos era cuando valoraba la tolerancia y la bondad de mi madre, porque en mi casa no se vivía con disciplina militar.

«¿Cómo sería vivir con un general?»

Me lo preguntaba desde el día en que supe que Amelia tenía uno en su casa.

¿Habría que despertarse al toque de una corneta?

¿Dormirse al momento exacto en que se apagaba la luz?

¿Correr diez vueltas a la cuadra como castigo cuando algo no le pareciera correcto?

¡Sí, señor!

¡No, señor!

¡Y yo que me quejaba de los castigos de mi madre! Lo más seguro era que Amelia viviera en su casa un ambiente de toque de queda. Sí, una casa con más reglas que en cualquier otra.

Yo no tenía padre, pero casi estaba seguro de que, si viviera, no tendría el gesto tan duro como el del general. Perdonaría con más facilidad mis

errores, y estaba aquello de que ella era mujer. ¿De qué manera llevarían las cosas cada día? Uno como quiera, pero ella, que se veía tan frágil y tan dulce. Me salía desde entonces el macho protector.

Aparte de eso, mi imaginación era traviesa y creaba en mi mente una Amelia distinta a la que iba a la escuela. La veía con uniforme de soldado raso, pero era una chica tan linda que bien podía andar de botas, quepí, uniforme verde, y, aun así, sería la pelirroja más bonita que yo habría conocido.

EL MONJE

Mi madre siempre dice que las coincidencias no existen, que las circunstancias conspiran para presentarse con una misión en la vida de cada persona. Yo no estoy tan seguro, pienso que la vida es así, sencilla, pero sorprendente. Lo que sí sé, es que la simple tarea escolar de aquel día, me dejó ver lo extrañas que resultan a veces esas “coincidencias”, para bien o para mal.

Lo que teníamos que hacer a todos nos interesó, pero a nosotros seis nos venía como anillo al dedo. Debíamos entrevistar a algún adulto que siempre hubiera vivido en Gardea, para que nos contara alguna historia o leyenda, de esas que suelen mantenerse vivas de boca en boca, y son las personas mayores quienes mejor las cuentan. Si lo sabría yo que tenía una de esas en mi casa.

Mi abuela aún es una gran conversadora, mientras cocina, puede desenmarañar algún asunto que venga a su memoria del que da “santo y seña” a mi madre. Y cuando teje, parece que con el gancho va engarzando las palabras para formar fenomenales historias. Jala el estambre y lo enreda en dos vueltas en el dedo meñique y cada que hace eso brota de su boca un “entonces...”, “y luego...”, “pero...” y las historias se hacen tan largas como las bufandas que le gusta hacer.

Aquel día pensé en ella antes que en otra persona, pero visitar a los vecinos de la casa de Amelia resultaba más lógico para la búsqueda que queríamos hacer en aquel lugar.

La maestra nos dejó bien claro que debíamos esforzarnos en buscar las mejores historias, para luego escribirlas de manera amena y clara. Después, las compartiríamos en el grupo y las tres mejores se incluirían en la revista *TE CUENTO QUE EN GARDEA...*

No hacía mucho que la venían imprimiendo en la escuela. En ella se publicaban las noticias escolares, y todo tipo de novedades de la ciudad, pero, en esa ocasión, tocaba el turno a las leyendas.

Primero que nada, en clase hablamos largo y tendido sobre qué eran las leyendas; casi todos estábamos interesados en el asunto porque lo asociábamos con el terror, y a nosotros era un tema que nos tenía como hechizados.

Al salir de clase, ya montados en las bicis, decidimos que las entrevistas las haríamos los seis en La Candelaria, no tendríamos que fingir, ni mucho menos, estábamos haciendo una tarea. Podríamos preguntar lo que quisiéramos y a nadie le resultaría extraño.

Al día siguiente, luego de tapar las ventanas con periódico, eso para crear un ambiente de terror, o de suspenso, porque la oscuridad es una gran aliada de las leyendas, nos sentamos en el piso a contar historias.

La maestra, sin imaginarse, había puesto a trabajar para nosotros a todo el grupo y esperábamos tanto de aquella búsqueda, que estábamos ansiosos de que dieran inicio las lecturas. Nosotros recogimos seis historias, pero, por desgracia, ninguna se acercaba ni un poco al sonido tenebroso que escuchamos aquella vez.

Otros repitieron las leyendas conocidas por todo mundo, como la de La Llorona, El burro que se hizo largo y La que bailó con el diablo. Ya empezábamos a aburrirnos cuando Joaquín, un compañero, nos contó la historia de un alma en pena que se paseaba por la plaza y que rondaba, nada menos, que por detrás de la iglesia de La Candelaria.

Según le informaron, era el espíritu de un monje que, huyendo de España, se había venido a esconder en la finca que había antes de construir ahí la Iglesia del barrio. Se le acusaba de herejía y contaban que nunca vivió en paz por abandonar a sus compañeros a su suerte en la madre patria, donde todos murieron a manos de la Santa Inquisición, luego de terribles tormentos como los que

solían imponer los ejecutores del “santo oficio” y tal vez por eso, la vida del monje se llenó de pena y años más tarde decidió poner fin a su vida por mano propia.

Cuando Joaquín terminó de leer su trabajo, que, por supuesto, fue el mejor de todos, nosotros nos buscamos con la mirada. Amelia nos veía con ojos de “se los dije”. Para ella, aquello que le contamos terminó siendo una historia más como las de esa tarde.

«¿Acaso aquello que escuchamos en casa del general era esa alma en pena?»

Si bien lo que contaba Joaquín se parecía un poco a aquello que nos asustó días atrás, había algo que no encajaba del todo para embonar las dos historias; por eso a nosotros no acababa de convencernos.

Tal vez si hiciéramos una última inspección, podríamos decidir si continuar con la búsqueda o conformarnos con aquel cuento.

UNA ENTRADA VERTICAL

El papá de Benja es mecánico, pero a veces parece doctor. Con un simple pedazo de manguera de jardín escucha el corazón de los carros. Puede sentir las máquinas por dentro sin que el motor cuente hasta diez. Él va moviéndose, poco a poco, para encontrar cualquier sonido que le parezca raro, y ¡zas! de repente dice:

—¡Sí! —acaricia el *fender* del carro y satisfecho de su diagnóstico agrega—, aquí está el mal.

Un sábado Benja le ayudó a limpiar fierros y tuvo la idea: dijo que podríamos probar en cada una de las paredes de la casa de Amelia con algo parecido a la manguera. Yo sugerí un vaso porque lo había visto en las películas y así podríamos saber si en realidad los sonidos provenían de la casa. Decidimos que esa fuera la parte número uno del plan: buscar el extraño y horrible sonido a como diera lugar, en pleno día, no a las doce de la noche, que era cuando se escuchaban los lamentos del monje, según contaba la leyenda de Joaquín.

Cuando llegamos al barrio de La Candelaria eran las tres de la tarde. Los Rudos nos esperaban detrás de la iglesia. El Pelón se quedaba viendo de fijo a nuestras bicis, ya le parecía que pronto iban a ser de ellos. Yo apretaba fuerte los manubrios y arrugaba la frente, hacía mucho que ellos habían

dejado de darme miedo. De verdad que eran raros, un día parecían una cosa y de repente se les cayeron las máscaras, fue al Pelón al que le vi los ojos húmedos cuando Amelia lloró.

Decidimos que fuera ese día, porque ella nos contó que sólo los jueves por la tarde su padre tenía entrenamiento en el campo de tiro, pero cuando lo escuchamos, todos tragamos saliva. Platicó que por las mañanas él se mantenía en casa revisando papeles y haciendo llamadas por teléfono.

Según dijo, desde que pasó lo de la tele y eso del escándalo en los periódicos, el ejército prefirió mantenerlo un tiempo alejado del cuartel. ¡Qué idea la nuestra de insistir en aquello!

Tan bien que pasábamos las tardes: rodábamos tranquilos por las calles, íbamos de pesca a la laguna, bajábamos entre las piedras el cerro que está enfrente del cementerio, corríamos entre las huertas que hay cerca de Gardea, y, algunas veces, comíamos a escondidas alguna manzana verde y ácida antes de que empezara la temporada de pisca.

También nos gustaba ver de cerca cómo cargaban los tráileres con los enormes bultos de pulpa blanca de la fábrica que son llevados a otras ciudades para hacer papel de todo tipo, porque en Gardea se produce ese material que luego se convierte en papel para los cuadernos que usamos en la escuela.

Pero una tarde no salimos bien librados. Mientras rodábamos las bicis en los paraderos de esos enormes camiones, chocamos con la puerta de uno de ellos que se abrió al ir de reversa. Paco se dio tremendo demoniazo y, por supuesto, al otro día él explicó la marca del golpe con un supuesto pleito. Era más digno mostrar las huellas de una pelea que las de un torpe accidente.

Pero si lo que decía mi madre acerca de que no existen las coincidencias era cierto, entonces estábamos destinados a esclarecer el origen de aquellos ruidos. El general tenía un pasado oscuro que no podía ignorarse.

Ya detrás de la casa de Amelia, empezamos a revisar los muros, pero el vaso no quedaba bien pegado a la pared, era rugosa y sobra decir que no pudimos escuchar nada.

Nos rascábamos la cabeza confundidos y mirábamos en todas direcciones, buscando el mejor sitio para revisar. Cuando el Rudo, ya aburrido de tanta faramalla y que nada interesante de verdad pasaba, decidió prender un pedazo de cigarro que guardaba en una cajita de chicles. Después de dar una fumada y lanzar el humo en nuestra dirección, caminó sonriendo complacido y dijo.

—¡Vaya, vaya, vaya!, parece que tendrán que

despedirse de sus bicicletas, creo que nosotros vamos a ganar la apuesta —y echaba tremendas bocanadas de humo.

Nosotros nos empezamos a preocupar porque no había resultados, entonces el Zurdo, el más gordo de los Rudos, se recargó en un tubo que estaba a un lado de la pared. Yo me acerqué, y lo empecé a observar.

—¿Y este tubo, no les parece extraño? —vi que no tenía razón de estar ahí, no era un desagüe, no era parte de ningún tendedero, ¿entonces?

—¡Claro! —Paco tronó los dedos—, tiene que ser un respiradero, a menos que huela espantoso, será del drenaje, hay que subir al techo y ver a qué huele.

Hicimos el primer escalón con las manos, trepamos por la espalda del Zurdo y subimos Paco, el Rudo y yo. Fuimos poniendo la nariz cerca del tubo uno por uno.

—Pues sí huele mal, pero —Paco arrugó la nariz—, aunque apesta, no llega a oler a alcantarilla.

Cuando yo me acerqué, lo hice tanto que mi nariz tocó la orilla del tubo y sentí una vibración.

— ¿Será un pequeño motor? —dije pensativo—. Pero, ¿para qué?

Los seis nos quedamos en silencio, pensando, buscando alguna explicación para aquello.

—Cuando yo me recargué no vibraba, ha de ser como los refrigeradores, trabajan un rato y luego descansan —la ingenuidad del Zurdo me causó gracia.

«Descansan —pensé yo—, lo que tiene de grande lo tiene de bruto», pero en algo tenía razón, era un motor de funcionamiento intermitente.

—¡Debe haber algún termostato! —Benja sabía de eso más que nosotros—, eso lo hacen los carros; los abanicos, por ejemplo.

Entonces volví a acercarme al tubo, pero esa vez puse la oreja en el orificio:

—¡Qué monje ni qué nada!, ¡ahí está eso todavía!, apenas se escucha.

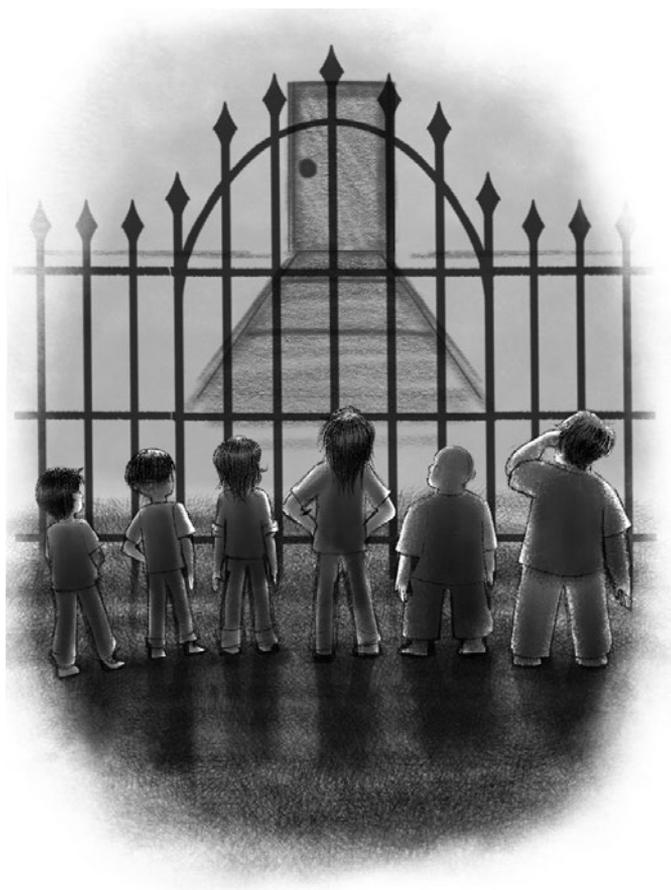
El Rudo se abrió paso con el codo, me retiró de ahí para poner su oreja de la misma manera, Paco hizo lo mismo luego de que él confirmara lo que yo había dicho.

—Y no es media noche —Paco recordó lo dicho por Joaquín.

—Amelia no se sorprendió con el cuento este de que escucharon algo aquí —el Rudo se mostró desconfiado—, pero ella tiene poco aquí y es la hija del general, no me extrañaría que quisiera protegerlo, ¿qué tal si entramos a ver si hay algún sótano oculto o librero corredizo?

—La puerta principal es muy grande y fuerte, parece de seguridad, y las puertas traseras tienen reja —la duda se asomaba por los ojos de Benja—, ¿cómo le haremos para entrar?

Los seis volteamos hacia la chimenea que esperaba para devorarnos.



EL PROGRAMA

El cabello del Rudo lo hacía inconfundible. Mientras todos usábamos el pelo relamido y bien peinado, él desafiaba a la autoridad dejándolo libre y con descuido, sólo lo pasaba por entre los dedos. A veces se presentaba así en la escuela, pero por orden de la maestra terminaba en los baños domando esa crin rebelde. Con la frente arrugada y echando pestes a diestra y siniestra, volvía al salón enfurruñado y relamido, pero en la tarde, recargado en la misma esquina de siempre en su barrio, volvía a traer su cabello con descuido.

Los extremos a los que podía llegar eran sorprendentes, pero todos habíamos creído que esos límites estaban en el terreno de los desastres hasta que, un día, en la escuela se estaba planeando una fiesta escolar, de las tantas que se hacían en mayo, en la que todos tendríamos que participar, y ahí, íbamos a conocer a un Rudo diferente.

Al principio maldijo entre dientes contra la maestra y a gritos a todos nosotros.

—Si creen que yo voy a hacer el ridículo en público, ¡están pero bien equivocados!

—Inténtalo, Isaías, nunca sabrás dónde está tu talento si no conoces otras áreas de la vida —la maestra extendía su brazo tratando de entregarle unas hojas al Rudo.

—¡Ya le dije que no!... ¡Repruébeme si quiere!

—¡Aahh! —ella jugaba con un lápiz que traía en la mano—. Entonces esa fuerza que presumes es pura apariencia —seguía hablándole mientras guardaba sus cosas, porque era la hora de salida, e insistió—. Yo creo que una persona como tú, es capaz de enfrentar tantas cosas que la fiesta no le haría ni cosquillas al tamaño de tu carácter, pero, en fin, trataré de encontrar a quien darle esto —y guardó las hojas en su carpeta.

Yo vi como el Rudo se le quedó viendo y el enojo de su cara ya no era el mismo. Pasaron algunos días de preparativos cuando la maestra nos pidió registrar en la lista la participación de cada uno en el programa. En nuestro grupo comentábamos:

Amelia iba a salir en una obra de teatro que armaron otras niñas con ella.

Paco iba a presentar un discurso sobre la libertad de expresión, y como supo de que años atrás hubo una matanza de muchos estudiantes en la ciudad de México, quiso hablarle de eso al público.

Benja empezaba a tocar la guitarra y la maestra le dijo que la música era poesía, ¡claro que podía cantar!

Después del registro cada uno fuimos saliendo, pero como mi apellido es Zavala, me tuve que quedar hasta el final, como cada vez que se usaba el orden alfabético. A mí eso de las historias siempre se me ha dado, y quería contar a los niños pequeños

un cuento divertido que había encontrado en la biblioteca: “Y murieron felices para siempre”.

Mientras me registraba, el Rudo se quedó entretenido en la banca. Y poco antes de que yo me fuera, vi como anotaba su nombre, pero no supe qué era lo que iba a mostrar ese día.

Hicimos vistosas invitaciones que hablaban de los talentos que aquella tarde de mayo íbamos a presentar para el público, y cada alumno pudo invitar a su familia.

Y la fecha tan esperada llegó. Después de días de ensayos y preparativos, el templete de la escuela se vistió de fiesta para recibir a los artistas: que éramos nosotros mismos.

Ese día nos quedó claro que, si los números no se le daban a Benja, el arte lo llevaba en las venas. El tino para escoger la canción era obra de su sensibilidad, los acordes, aunque sencillos, lucían limpios en el micrófono, y la voz de Benja se escuchaba afinada.

No nos extrañó que su participación robara más aplausos que la nuestra. Si yo era capaz de hacer una lectura de cuentos destacada y Paco era un estupendo orador; la gracia de nuestro amigo hizo que el público aplaudiera al ritmo de su guitarra, que cantara cuando él se los pedía y, por supuesto, al final, la gente le pidió otra.

Cuando tocó el turno al equipo de Amelia, para nosotros no hubo mejor actriz que ella, bonita como era, le correspondió hacer el papel de la princesa, en un cuento en verso que narraba una historia de amor en los estantes de una biblioteca:

*Su casa era un cuento de hadas,
que casi nadie leía,
estaba entre un diccionario
y un libro de poesías*

Y Amelia balanceaba sus pies en un banco, entre enormes libros hechos de cartón por ellas mismas:

*Desde la torre más alta,
suspiraba la princesa.
Lágrimas de tinta negra
deletreaban su tristeza.*

Y, entre verso y verso, Amelia conquistaba al público con su actuación. Lo que a nosotros tres no nos pareció nada bien, fue que le pidiera a otro hacerla de su enamorado:

*Sentado sobre un renglón,
el pirata, cada noche,
la esperaba en una esquina
del capítulo catorce.¹*

Estoy seguro de que cualquiera de nosotros tres hubiéramos apoyado en esa escena, pero, aun así, seguimos con atención la historia que avanzaba entre la rima y la fantasía, para que, al final, la

¹ Amor en la biblioteca Liliana Cinetto

viéramos salir del brazo del que traía un parche en el ojo.

El Zurdo y el Pelón también participaron aquel día, aunque su acto fue algo distinto, algo alejado de las indicaciones de la maestra, subieron y empezaron a realizar toda clase de trucos con un yoyo cada uno.

Creíamos que los números se habían terminado después de que ellos bajaron los escalones del templete, cuando vimos que el Rudo se tronaba los dedos detrás de las cortinas que improvisaban un escenario, y recordé el día en el que la maestra lo apuntó en su cuaderno. La de cosas que nos faltaban por ver en la vida. Nunca imaginamos lo que iba a presentar aquella tarde.

La fiesta estaba por terminar cuando la maestra anunció el turno de Isaías Hernández para declamar para todos: *Los heraldos negros*, de César Vallejo:

Esa vez la maestra lo dejó asistir con su peinado rebelde, con su ropa deslavada y sus tenis gastados, nada de uniforme azul con blanco. El Rudo se paró ante nosotros y declamó con una voz fuerte y clara, pero también... triste:

*Hay golpes en la vida,
tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios;
como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!*

El público guardó más silencio que del que se sentía hasta ese momento. Sus palabras avanzaban pausadas, dolorosas; su rostro se llenaba de emoción, dejaban ver una tristeza más allá del poema, una tristeza muy suya. La maestra estaba a un lado del templete con las manos apretadas en el pecho y una sonrisa en el rostro.

... Son pocos; pero son...

*Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero
y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros
de bárbaros Atilas;
o los heraldos negros
que nos manda la Muerte...*

Era poco lo que yo entendía de aquellos versos tan serios, tan duros, los más chicos es seguro que no entendían nada de ese poema que sonaba tan triste.

... Son las caídas hondas

*de los Cristos del alma
de alguna fe adorable
que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos
son las crepitaciones de algún pan
que en la puerta del horno se nos quema...*

Todos miraban atentos al malandrín a quien tanto temían, estaba ahí en el templete, como todo un artista.

... Y el hombre... Pobre... ¡pobre! Vuelve los ojos, como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada; vuelve los ojos locos, y todo lo vivido se empoza, como charco de culpa, en la mirada...

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

Y los aplausos retumbaban de pared a pared. Vi los rostros de los grandes, estaban conmovidos, y a la maestra ya le rodaba una lágrima por la mejilla. Nosotros nos sentíamos orgullosos del Rudo. Con la mirada busqué a su mamá, pero no la encontré en ningún sitio.

SATÁN

Ese día, después de la fiesta escolar, en la tarde yo rodaba por casualidad cerca del campo de beisbol cuando me encontré con el Rudo. Lo vi con la gente que estaba entre el hotel y la fábrica de la ciudad. Gritos, aplausos y algunas groserías se escuchaban, cuando vi subir por la pared a toda carrera a un perro. Sus patas lo impulsaban como resorte, lo hizo tan veloz y con tanta fuerza que en unos cuantos segundos subió más de cinco metros. Claro que eso llamó mi atención, bajé de mi bici apresurado y me acerqué queriendo que nadie me notara. Era una competencia, había seis o siete perros, todos de la misma raza: *pit bull*. El Rudo y un hombre que hablaba con el cigarro en la boca y escupía al terminar cada frase, sostenían la correa del ganador, un perro blanco manchado de café.

Cuando se terminó la competencia vi que el Rudo tomaba por la correa al perro. Me acerqué a ellos y lo felicité por su triunfo, pero no me atreví a poner mi mano sobre la cabeza del animal.

—¡Satán, dale la mano!

Y el perro me la dio como si fuera un cachorro. Al Rudo le brillaba la mirada cuando se dirigía a él. No podía disimular su orgullo. Lo acariciaba en el cuello y lo palmeaba con afecto.

Después de haberlo visto decir aquel poema y verlo ahora acariciar a su perro pensé: «El Rudo tiene corazón».

—Lo recogimos mi hermano y yo —sus ojos brillaban—, casi se lo carga la fregada cuando perdió una pelea, estaba desgarrado y casi muerto afuera de una bodega. Lo cuidamos muchos días hasta que empezó a mejorar —me contó todo eso frotando con su mano la cabeza del perro. ¡Sí que lo quería!

—¿Cómo logra hacer eso de subir por la pared?
—quise saber.

—Es mi padrastro el que lo entrena, tal vez sea lo único que tenga yo que agradecerle. Empezó hace tiempo en una barda de la casa, luego fue aumentando la altura, dice que estos perros son bien fuertes, que pueden con eso y más —hablaba con orgullo.

—Verás más al rato la prueba de jalar carros.

—¿Aquí anda tu hermano?

—No, está entambado.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Si serás... ¡En chirona, en el bote... en la cárcel!

Yo no agregué nada.

—Mi hermano es de fiar —apretó el puño—, tuvo que cargar con una tranza él sólo, no quiso cantar y allá está pagando por toda la banda.

No quise preguntar si eso de cantar era parte también de un concurso, pero bien claro se veía que tenía que ver con la cárcel, así que me quedé callado.

—Sí, mi carnal no es ningún soplón. Y ni hablar, bien dice mi jefa, “el que juega con lumbre se quema”, y pues mi carnal se chamuscó.

—¡Satán! —le gritó el padrastro luego de escupir hacia un lado. El perro se levantó, tiró de la correa y el Rudo lo siguió sosteniéndolo con fuerza.

—¿Te quedas, Rana? —el Satán lo jaloneaba—, ¡ya va a jalar el carro!

—¡Claro!, eso no me lo pierdo.



EL DESCENSO

Tuvo que pasar una semana más para animarnos a seguir con el plan, que no era cualquier cosa, nada menos que entrar a la casa de Amelia.

Esperamos a que llegara el jueves para que ella fuera a su clase de ballet y que el general saliera a perfeccionar su puntería. Aunque creo que eso último a ninguno de nosotros nos tenía complacidos, pero bueno, andar haciéndola de detectives tiene sus riesgos.

Ya dispuestos a subir, empezamos a notar los inconvenientes. El Pelón dijo, mientras caminaba hacia la calle, que él vigilaría, que su especialidad era estar alerta, que con él estaríamos seguros.

—¡Yo chiflo si hay peligro! —sin esperar respuesta, corrió hasta la banqueta y se recargó en la esquina de la casa de enfrente.

Del Zurdo ni hablar, era muy pesado y le faltaba agilidad en las alturas, y meterse por la chimenea, pues menos.

El Rudo los miró feo y torció la cara.

—¡Yo subo! —inició la escalada tratando de demostrar el valor de su grupo.

—¡Y nosotros tres! —Paco agregó con orgullo.

Empezamos por abrir el costal que cargaba yo en la bicicleta para responder a cada pregunta de Paco:

—¿Cuerda?

—¡Lista!

—¿Linterna?

—¡Con pila y todo!

—¿Vaso?

—¿Y eso para qué? —el Rudo arrugó la frente—.
¿Acaso creen que no hay uno adentro?

—Pues sí, pero será mejor si no dejamos huellas
en sus cosas, ¿no crees?

Después de eso, todo estaba dispuesto para
trepar, y volteamos al mismo tiempo a ver al Zurdo.

—Ponte —mandó el Rudo. —Vamos a subirnos
en tus hombros para llegar al segundo piso.

El Zurdo lo miró extrañado por un momento.

—¡Sí, hombre, tú estás bien fuerte, acomódate!

—¡Ah, bueno! —y se apoyó en la pared mientras
empezábamos a subir.

El primero en hacerlo fue el Rudo, no dejaba
pasar la oportunidad para marcar su territorio.
Luego le siguió Paco, enseguida subí yo y por últi-
mo Benja. El Zurdo nos lanzó el costal con las cosas
que llevábamos.

Para trepar la siguiente pared utilizamos la
reja de la ventana. Creo que era el cuarto de Amelia
porque tenía unas cortinas con enormes unicor-
nios dibujados en ellas. Parecían mirarnos desde
adentro.

Con cuidado llegamos a donde estaba la chi-
menea, desde abajo se veía muy pequeña, pero, ya
vista de cerca, parecía una verdadera entrada al in-

fierno. Lo bueno era que el verano estaba llegando, no temíamos que estuviera encendida, humo no salía, y nadie estaba en casa; al menos eso esperábamos.

Las enormes copas de los árboles que rodeaban la casa nos protegían de miradas curiosas. La cuerda medía un poco más de diez metros, era suficiente para amarrarla alrededor de la chimenea y después dejarla caer en su interior, y así lo hicimos. No llegaba a tocar las cenizas dentro de la casa.

—Me toca, voy primero —Paco iba por delante.

—Bueno —el Rudo se sintió aliviado, mirando el boquete al que estábamos por entrar, oscuro y siniestro.

No en vano había ido Paco dos años a clase de gimnasia, era ágil con eso de las cuerdas. Se sentó en el borde y tomó la cuerda con ambas manos. Entró un poco en ese pasadizo oscuro apoyando su espalda en la pared mientras fijaba los pies al frente. Recargado y firme, enredó sus manos en la cuerda y empezó el descenso. Para mí ver a Paco fue un alivio, porque la verdad tenía días pensando cómo iba a entrar por esa chimenea, pero en tiempos de verdadera necesidad me vuelvo el mejor de los alumnos.

Cuando Paco estuvo dentro, nos dijo tratando de ahogar la voz:

—¡Sin novedad, el que sigue!

El Rudo siguió su ejemplo. Pienso que él dejó

el primer turno a propósito, para tomar una clase de rapel.

Le siguió Benja, quien, primero que nada, lanzó por el boquete el saco con nuestras herramientas.

—¡Órale, René!

Me llamaron. Rápido hice una cruz en mi pecho y entré en el túnel oscuro.

Ya dentro de la casa nos vimos unos a otros, parecíamos trabajadores de una mina de carbón, yo quise reír, pero me tapé la boca y me contuve.

Empezamos por admirar la casa. En nada se parecía a la mía. La casa de Amelia era elegante, o, cuando menos, lo que yo entendía por elegante: de espacios amplios, grandes pinturas y fotografías colgaban en sus paredes. Los ventanales estaban protegidos con largas y oscuras cortinas de terciopelo. Muebles finos, se podía notar en la madera y su tallado. Una enorme lámpara colgaba al centro de cada cuarto. Lástima que no íbamos a prenderlas, hubiera sido todo un espectáculo verlas encendidas de noche. Los pisos eran lisos y brillantes. Nuestros tenis empezaron a quedar pintados por el hollín que llevábamos en las suelas, el Rudo tomó un cojín y rápido borró nuestras huellas. Nosotros nos limpiamos las suelas y las manos sobre la alfombra de la sala que, por suerte, era oscura.

Caminábamos en fila de un lado para otro con Paco al frente. A veces el Rudo tomaba la delantera, pero la verdad era que no hacíamos nada de provecho sino curiosear de cuarto en cuarto.

Un reloj de piso tocó cuatro campanadas que nos estremecieron y, sin poder evitarlo, gritamos. Yo diría que los cuatro, pero el Rudo intentaba callarnos.

—¡¡¡Shhhhhhhhhhhht!!! ¡No sean rajados!

Cuando el susto que sentíamos pasó, nos fuimos calmando y Paco dijo:

—Benja, ¿para qué lado estaba el tubo que vimos afuera? Para empezar por ahí a revisar paredes con el vaso. Tú, René, revisa los pisos a ver si encuentras algo sospechoso. Y tú ... —el Rudo puso las manos con los puños cerrados a cada lado de la cintura.

—¿Yo qué...? —lo retó con la mirada.

—Digo... algo habrá que hagamos todos rápido si no queremos que nos encuentren aquí adentro.

El Rudo bajó los brazos y empezó a revisar los enormes libreros, buscando algún pasadizo oculto como en las películas.

Revisando los pisos, llegué hasta la puerta de la cocina y recordé que, si las casas tenían sótano, casi siempre estaba cerca de ahí. Era blanca y toda rodeada de muebles, más que cocina parecía laboratorio y limpia hasta la exageración, pero, por más que abría mis ojos, no pude ver nada extraño. Paco se acercó y me dijo.

—¿No crees que debe haber algo parecido a una oficina del general? Amelia nos dijo que se la pasa revisando papeles, y yo por aquí no he visto

ningún escritorio. Vamos por ese pasillo a ver hasta dónde nos lleva —yo lo escuchaba mientras caminaba tras él.

Al final de un pasillo encontramos una puerta de dos hojas, la empujamos, pero no se abrió. Forcejamos un momento con la cerradura, pero nada.

—Buena señal —se entusiasmó el Rudo a nuestras espaldas—. Algo esconde.

—Ni tan buena si no podemos entrar —Paco sonaba decepcionado.

—¿Quién dijo que no podemos? —el Rudo abrió su navaja—. Es el momento de que pruebe un gancho que trae por aquí.

EL HALLAZGO

—¡Ándale! —lo apuró Paco para que dejara de presumir su navaja.

Después de mucho esfuerzo, el Rudo logró que se abriera para dejarnos entrar a una biblioteca. Parecía que también era usada como cuarto de armas: una vitrina con una gran colección de pistolas estaba a la derecha, a un lado de éstas, rifles de diversos calibres, a la izquierda las espadas. En otra pared vimos una pintura del general de tamaño real con varias medallas en el pecho. El cuadro era enorme y su mirada de inmediato nos recordó que el amo allí era él, y que lo mejor sería salir cuanto antes. Nos movimos con más rapidez.

El Rudo fingió patear la imagen agresiva del hombre, pero alcanzó a golpear el marco dorado, entonces el cuadro se movió y pudimos darnos cuenta de que detrás de éste había una puerta. Paco intentó abrirla, pero no se pudo. Con una rápida mirada le indicamos al Rudo que volviera a hacer sus maniobras con la navaja. Se hincó para intentar abrirla mientras nosotros sosteníamos la pesada pintura. Varios giros a la derecha, algunos esfuerzos por enganchar sabrá Dios qué cosa, hasta que, al fin, se abrió.

Si creíamos que al bajar por la chimenea nuestro descenso había terminado, estábamos equivo-

cados, fue entonces cuando se puso de verdad peligroso, porque vimos unos escalones que se perdían en la oscuridad de un sótano.

—Pásame la linterna —susurró Paco.

—Pero, ¿vamos a bajar? —Benja estaba igual de asustado o más que yo.

—Los tuyos sí que son valientes —el Rudo arqueó una ceja.

—Nosotros somos tres. Los tuyos se quedaron afuera ... ¿no?

—No creo que sea el momento de estar discutiendo —quise poner paz entre nosotros.

Todos hablábamos en voz baja, temíamos despertar “eso” que andábamos buscando. Paco prendió la linterna y empezó a bajar. Íbamos despacio, uno tras otro, la escalera era angosta, los escalones rechinaban con nuestro peso. Bien a bien no sabíamos qué iba a pasar terminado el descenso.

Y lo que tenía que pasar, pasó. El ruido que creímos escuchar semanas atrás, y luego confirmamos en el respiradero, se volvió a oír. Benja apretó tan fuerte mi camiseta que sentí sus uñas en mi espalda. Tal vez no era tan buena idea penetrar en terrenos oscuros y profundos. Paco se detuvo un momento cuando no escuchó nuestros pasos. Giró la linterna hacia nuestro rostro y supimos que era momento de seguir avanzando.

Eran unos quejidos ahogados, bajos, seguidos de lamentos. Luego se empezó a escuchar un bal-

buceo extraño, como el que hacen los niños antes de aprender a hablar, pero aún se escuchaban lejos o tras una puerta.

En mi mente yo contaba los escalones a fin de distraer mi miedo, «1... 2... 3... 4...», solía hacerlo siempre: contar carros si estaba aburrido durante un viaje, enumerar los palos de una cerca cuando caminaba cansado sin mi bicicleta; contaba los segundos que tardaba en cambiar de rojo a verde un semáforo cuando me encontraba impaciente en algún cruce de avenidas; alguna vez intenté contar las estrellas mientras permanecía tendido en el techo de mi casa por algún regaño que yo encontraba injusto.

Íbamos en el escalón número ocho cuando una risa grotesca se escuchó escandalosa, la luz de la linterna buscaba de un lado a otro, pero sin éxito. Paco no atinaba dar con nada importante. Los ruidos, las risas y los balbuceos iban aumentando, acompañados de un olor desagradable: entre aguas negras y animal muerto.

¿Sería acaso ese sitio una mazmorra de prisioneros?

¿Habría allí restos humanos en putrefacción?

Al terminar de bajar los escalones nos encontramos a un metro de otra pared, giramos a la derecha para seguir avanzando, pero ahí había otra puerta. El Rudo giró la manija y se abrió sin problemas, avanzamos siguiendo la ruta que marcaba la

linterna hasta que los cuatro quedamos paralizados ante lo que vimos.

Paco movía de un lado a otro la luz, estaba ante nosotros lo que tanto miedo y curiosidad nos había causado, eso que logró hacernos entrar a una casa ajena a pesar de que algo dentro de nuestras cabezas nos decía que nos mantuviéramos lejos de ese sitio. Me llevé las manos a la nariz, arrugué la frente mientras mis ojos trataban de descubrir si lo que veían era cierto.

Benja no soportó esa peste y vació su estómago contra aquello que estábamos viendo, el espectáculo que se armó fue aún más asqueroso de lo que ya era.

Las rejas de una jaula se salpicaron con el vómito y la risa torpe que antes se escuchó ahora la teníamos enfrente. Sus balbuceos, aunque sin sentido, eran claros a nuestros oídos: algo trataba de decirnos, pero nosotros parecíamos de piedra. Mientras Benja trataba de recobrar la compostura limpiándose la boca con su camiseta, su estómago se mostraba aún rebelde.

—¡Ya estuvo! —le exigió Paco.

Pasamos unos segundos en silencio contemplando aquello que no tenía sentido: no era un prisionero de guerra, no era un monstruo ni un demonio; era tan sólo un niño, un poco más grande que nosotros, y estaba allí, agarrado de los barrotes que lo mantenían cautivo, sonreía y babeaba. Había mucha suciedad en ese espacio, estaba casi desnu-

do, los dedos que se movían aferrados a la jaula de fierro tenían las uñas muy largas, su cabello estaba sucio, largo y en desorden, la mirada vacía. Sí, daba miedo verlo, era delgado y blanco, pero entre la suciedad y el polvo de su cabello, se podían notar tonos rojizos. «Como Amelia», pensé de inmediato.

La linterna lo tenía deslumbrado, a ratos intentaba taparse la cara con una mano y con la otra parecía querer atrapar el origen de esa luz que lo fascinaba y, en su descubrimiento, torcía una sonrisa estúpida.

—¿Quién eres? —quiso saber el Rudo, pero no obtuvo respuesta.

En ese momento un aparato se encendió dentro del cuarto y los cuatro lanzamos un grito por el susto, esta vez fue el Rudo el que nos llamó a calmarnos. Era el ventilador que habíamos imaginado desde afuera. Nuestro grito encantó al niño bestia, y estalló en extrañas carcajadas. Yo traté de tocar sus manos, no sé de dónde saqué el valor, pero cuando lo hice, el muchacho saltó hacia atrás, chocó con la pared, se golpeó la cabeza y estalló en llanto.

Nosotros nos volteamos a ver asustados y Benja dijo:

—¡Vámonos! ¡Esto no me gusta!, no han de tardar en regresar a la casa.

No había tiempo para sacarlo. El general estaba por llegar, pero de que regresaríamos... no había duda.



EL MOSCARDÓN

Vivir en Gardea era como habitar en una colmena. Vivíamos ahí cientos de familias repartidas en las casas hechas por la empresa para sus trabajadores. Había tres secciones y dentro de cada una de ellas todas eran idénticas en aspecto y tamaño. Variaban sólo en el color y el tipo de jardín que cada familia cuidaba al frente.

En esas casitas vivíamos nosotros tres: Paco en una de las que están al sur de la ciudad; la de Benja estaba a un lado de la arboleda, ahí donde solían dormir la borrachera los que andan por la ciudad sin un techo; yo vivía en la sección del centro, esas casas sencillas que ocupaban los empleados de confianza de la empresa.

Los trabajadores de la zona industrial de Gardea salían temprano rumbo a sus puestos de trabajo. El movimiento de esos hombres y mujeres era como el de las abejas: incesante y puntual; todo se hacía por turnos, siempre llamados por un silbato poderoso que se hacía presente tres veces al día: muy de mañana a las siete, a las tres de la tarde y, por último, a las once de la noche.

A los habitantes de aquella gran colmena les era fácil conocerse entre sí, porque los padres se veían en el ir y venir dentro de las fábricas, las mujeres acudían al mismo supermercado al centro de

la colmena y todos nosotros coincidíamos en las mismas escuelas.

Mi madre iba a su trabajo por la mañana, pero de tarde, cuando yo regresaba de la escuela, ella ya estaba ahí; así mi abuela podía ir a la iglesia y tener sus clases de tejido.

Fue en una de esas reuniones, cuando estaba enseñando a las vecinas nuevas puntadas, que hablaron de algo que no pude evitar oír. Se trataba del papá de Georgina, una niña que se había cambiado de escuela el año anterior.

En Gardea pasaban pocas cosas, o al menos yo no me enteraba de todo, metido en descubrir mi pequeño mundo, no había mucho espacio para las atrocidades de los mayores, a menos que tropezara con ellas en el camino, como había pasado con el asunto de Amelia.

La vecina bajaba el volumen de su voz mientras le platicaba a mi abuela:

—Dicen que sí participó en el secuestro... —esa frase no era para despreciarse, ¿de qué estaban hablando?—, que Margarita, su mujer, tuvo que irse de la ciudad con los hijos, apenas el hombre se vio en averiguaciones.

Tuve que quedarme sentado en el pasillo, debía enterarme de todo lo que estaban hablando. Bien sabía que no era correcto escuchar a escondidas la conversación de otros, pero era demasiada casualidad que, en una ciudad tan pequeña, sucedieran

esas cosas y, todavía más increíble, que yo me enterara.

Aunque la noticia era vieja, mi curiosidad era nueva e inmensa. Georgina había pasado al olvido muy pronto en el salón de clases, no porque nosotros fuéramos malos o no diéramos valor a uno de los nuestros; Georgina no fue nunca la chica más popular de la escuela, sino todo lo contrario, era una niña molesta y aguerrida.

La mujer seguía hablando bajo, pero la casa estaba callada y yo más que atento:

— ... porque no pudo con la incomodidad, la vergüenza y, sobre todo, la falta de dinero a la que estaba acostumbrada. Además, tuvo que entregar la casa a la empresa, luego de quedarse sin el trabajo de su marido; trabajo que ocultaba sus verdaderas ocupaciones.

Mientras la mujer hablaba de aquello, vino a mi mente la imagen de Georgina, ¿qué habría vivido en su casa para convertirla en aquella niña insoportable entre nosotros?

No había un día en el que no hubiera una discusión, un pleito o un robo menor. Entre lápices, monedas, colores, sacapuntas, sus botines solían ser nutridos y frecuentes, porque desde que “negar es ley”, como dice mi madre, no había manera de comprobar que los objetos no eran de ella, y las pérdidas no fueron menores para nosotros. Día con día nos veíamos desfalcados de nuestros útiles

y otras pequeñas propiedades. La mayor evidencia de que era la responsable de los robos, fue cuando nos dimos cuenta de que ella no marcó sus cosas con su nombre luego de indicado por la maestra a manera de aclarar quién era el dueño de algún objeto, de haber duda.

Además de amante de lo ajeno, caminaba por los pasillos entre las bancas repartiendo zapes, pellizcos y piquetes, mientras la maestra no estaba o se encontraba ocupada para vigilarla. Solía poner apodosos sin clemencia a los más débiles: tarado, gordo, cuatrojos. Su actitud agresiva le valió el apodo de la Monzona, tomado de un boxeador que muchos padres veían en la tele: sábados de *Knock-Out*.

Un día ella se fue y la vida quiso darnos un descanso con la llegada de Amelia. Extraña coincidencia, un caso similar se cocinaba al interior de su casa. Me preguntaba: cómo la vida nos cambiaba una niña por otra, parecidas circunstancias, pero ellas, muy diferentes entre sí: a Georgina le faltaba la quietud que sobraba en Amelia, además del carisma y la belleza que tenía nuestra nueva compañera.

Mucho se habló en la colonia sobre lo sucedido al interior de aquella familia; que si aquello sería cierto, que si no, y sin resolverse el asunto, quedaba la duda, se sembraba la desconfianza. Por lo pronto, la familia, como mejor recurso, puso tierra de por medio.

Lo bueno fue que la vida del hombre en cautiverio fue salvada, luego de un enfrentamiento a balazos que dio fin al secuestro durante la entrega del rescate. Todo eso lo escuchábamos de los mayores, como sacado de una película, pero no... también sucedía en la vida real.

Y si todos en esa zona de Gardea éramos parte de algo parecido a una colmena, ese hombre bien pudo ser un moscardón infiltrado en la colonia, esperando el momento para devorar.

Pero, a pesar de que lo hecho por el papá de Georgina y los otros hombres no fuera correcto, lo que nosotros acabábamos de descubrir en la casa del general, nos parecía más despreciable, más ruin, por el desamparo del chamaco que ahí encontramos.

Si la banda de secuestradores de la que esa tarde platicaban mi abuela y la vecina, pedían una recompensa en dinero, ¿qué podía obtener el general de aquel encierro infame a un ser tan desvalido?

Sólo ocultar el secreto, vivir en la mentira, mantener su orgullo intacto, mientras ese niño permanecía solo entre la oscuridad y la inmundicia. Era una lástima que el miedo nos hiciera salir a toda prisa aquella tarde de la casa de Amelia.

HELADOS DE TAMARINDO

Sentados al filo del arroyo seco por falta de lluvias, los seis maldecíamos mientras lanzábamos piedras al fondo, como si pudiéramos sacar el coraje de esa manera. ¿Cómo un ser humano podía encontrarse así? Teníamos apenas doce años y, hasta ese momento, era lo más horrible que habíamos visto. Al menos yo. No sabía qué otras porquerías iba a encontrar por la vida. Casi podía asegurar que ese niño no había tenido la suerte de correr en bicicleta, de trepar árboles, de saber, quizá, lo que era bañarse. Lo vimos sentado sobre la suciedad y sonreía. ¿De dónde sacaba ánimo para alegrarse mientras estaba prisionero?

Paco rompió el silencio.

—¿Están pensando lo mismo que yo?

—¡Claro! —dijo Benja con las mejillas coloradas.

—¡Sí, alguien tiene que sacarlo de ahí, y esos vamos a ser nosotros! —yo apretaba los puños.

—No olviden que el viejo es un general y no de muy buenas mañas —nos recordó el Rudo.

— Es su palabra contra la nuestra —dijo Paco—. Si lo alertamos no tardará en moverlo de ahí.

—¿Y si el que estuviera metido ahí dentro fuera uno de nosotros? —Benja hablaba con enojo.

Nos quedamos largo rato en silencio los seis, porque la cosa no era nada fácil. Sabíamos que los generales eran intocables, Amelia nos lo había confirmado con la historia de lo sucedido el día de la medalla. Por los miles de comentarios de los adultos en casa, no sentíamos seguridad en la policía. Teníamos que pensar en algo fuera de esos medios si queríamos que la vida de ese muchacho no se fuera por la coladera. Nos despedimos chocando las manos de palma y puño como lo hacíamos siempre.

Por la noche no pude dormir. Sentía miedo de no lograr liberar a ese chico. Coraje de lo que era capaz un adulto, y decepción de saber que era un padre el que hacía eso.

¿Qué podía haberle hecho ese pobre niño para que lo mantuviera prisionero? Vimos la cara que tenía; no hablaba y se veía algo torpe, pero viviendo en un agujero oscuro y sucio no iba a mejorar nunca.

Creo que el general no sentía digno de su rango tener un hijo así. En cambio, Amelia era perfecta: linda, pelirroja e... inteligente. Una hija fantástica, muy a su medida, la adecuada para salir junto a él en las fotos... pero ella nunca habló de ese chico. ¿Acaso no sabía nada de nada?

Era poco lo que yo podría ayudar a mis compañeros, pero de algo sí estaba seguro: con la policía no podíamos contar. Mi abuela, siempre

que leía las noticias, decía que todos se tapaban con la misma cobija.

Al día siguiente, nos sentíamos mal al ver a Amelia y hacer como que no pasaba nada. Teníamos que interrogarla otra vez, sacarle información y, de no obtener resultados, habría que dársela, aunque eso le trajera más problemas.

Con el paso de los días se había reducido el número de amigas que la rodeaban, claro, dejó de ser la nueva en la escuela, y con esa tristeza, le faltaba algo para mantenerlas cerca. Ella, en ocasiones, buscaba los lugares solitarios para comer, esperábamos que ese día fuera una de esas veces.

Los problemas de Amelia no se borraron del todo sólo con cambiarla de escuela, pero parecía que las cosas le empezaban a funcionar, y ¡ZAS! ahora íbamos nosotros con la novedad, porque eso que tenía el general oculto no era cosa como para quedarnos callados.

Dejamos que la mañana avanzara antes de acercarnos a ella, pero, ¿acaso íbamos a decirle de golpe eso?: “¿Tienes un prisionero en el sótano? ¿De casualidad no es tu hermano?”

Por un momento claro que lo pensé, pero era una tontería. Mencionarlo era poner sobre aviso al general, y lo íbamos a arrinconar a como diera lugar.

Caminamos detrás de ella casi sin hacer ruido. Más atrás de nosotros venían los Rudos, se habían

vuelto como nuestra sombra. Ya no nos molestaba, al contrario, varias veces nos habían visto con ellos y eso nos sirvió para cambiar la imagen que muchos tenían de nosotros. Ahora éramos más atrevidos, y hasta un poco peligrosos, llegaron a pensar algunos, pero, en el fondo, no éramos más que los mismos de siempre, eso sí, con algunas historias más para contar y eso, a nuestra edad, valía oro.

Nos sentamos a los lados de Amelia y ella nos ofreció de su sándwich.

—No, gracias —nuestras voces sonaron incómodas.

Pero Paco no hallaba las palabras adecuadas para preguntarle. Y cuando empezó a hablar, creímos que iba ir duro y a la cabeza, pero sólo preguntó algo que, para nosotros, no tenía sentido.

—¿Te gustan los helados de tamarindo? —le dijo con una sonrisa incómoda.

Entonces nosotros cinco volteamos a vernos extrañados. ¿Pues qué Paco estaba loco?

¡Ya!, que le preguntara todo o... ¿qué no la habíamos seguido para eso?

—¿De tamarindo? Sí —se extrañó—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Aquí venden de éstos?

—No, pero te invitamos a la plaza de tu barrio esta tarde, hoy queremos ir de paseo y nos gustaría que tú también fueras a probar uno. ¿Sí sabes que son famosos en la ciudad?

Luego de eso entendí que Paco sí tenía un plan.

—No sabía, pero en la tarde después de probarlos les diré si me gustan. Creo que va a ser divertido juntarnos en la plaza — y se alegró apenas.

—Sí —Paco sonreía—, y tal vez allí te contemos algunas historias, de esas que se saben de La Candelaria.

LA ROCOLA

La Candelaria podría tener los mejores helados de tamarindo, cosa que disfrutamos aquella tarde esperando a Amelia sin ningún resultado, pero no era posible que el día acabara sin novedad y quisimos presumirles algo a los Rudos. Les contamos que en nuestra colonia acababan de poner en la nevería la única Rocola que había en toda Gardea. Luego del fracaso de aquella cita, los seis nos fuimos a rodar hasta allá.

Siempre que saboreábamos algún helado, nos sentábamos a contemplar los pósteres que tapizaban la pared de aquel lugar. El más grande y llamativo de todos, puesto arriba de la rocola, era uno de *Queen*, en el que resaltaba al centro *Fredy Mercury*. A la derecha de ese uno de *Bob Marley* y su gorra de colores. En aquel tiempo, bien a bien no sabía quiénes eran ellos, porque, fuera de los *Beatles*, no reconocía a ninguno; pero de los que estaban detrás de los mostradores, algunos me eran conocidos: Julio Iglesias y Rafael, eso lo sabía porque eran los discos que había en casa.

Aquel era un espacio más visitado por los de la secundaria y de la prepa, pero nosotros estábamos por salir de la primaria y teníamos que ir conociendo los sitios que muy pronto también serían nuestros; así que tratábamos de vernos naturales entre

las parejas de adolescentes que casi a diario estaban ahí, tomados de la mano, mientras escuchaban “su canción”.

La música surgía de esa enorme vitrina, mitad vidrio, mitad metal, la que encerraba en un artefacto móvil numerosos discos de 45 revoluciones, parecía sacado de la serie *Perdidos en el espacio*, una de mis preferidas. Me recordaba al gracioso robot B9 al que siempre asocié con el muñeco Michelin.

Ese equipo de reproducción de música automatizado funcionaba con monedas de un peso. Si querías escuchar una canción seleccionabas la letra y número de su clave, introducías la moneda, y sus enormes bocinas emitían un sonido que no dejaba platicar de tan alto que se escuchaba.

Al frente tenía la lista de todas las canciones que podía tocar y sus claves, las que a mí me parecían fantásticas, como si fueran mensajes secretos intergalácticos: B15, C54, U78... Aún recuerdo mi canción favorita y la clave que tenía, H35: *Yellow submarine*

Metí la moneda y la canción sonó hasta llegar a su estribillo que yo repetía contento:

We all live in a yellow submarine
yellow submarine, yellow submarine
We all live in a yellow submarine
yellow submarine, yellow submarine

Esas combinaciones me recordaban los códigos secretos que me gustaba crear a base de números y de letras.

Aquella tarde, luego de que inserté la moneda para escuchar esa canción, Benja tecleó J34 y en la rocola empezó a sonar esa melodía repetitiva y alegre que hasta la fecha me lo recuerda:

*Tengo una banda dominguera
que siempre toca en la plaza
con una tuba grandota
y unos platillos de lata.
El perro que mueve la cola...*

Entonces los Rudos se animaron y empezaron a buscar alguna que fuera de su gusto y, por eso, casi se arma el pleito cuando el Rudo quiso encontrar en la lista una canción:

—¿No viene la de “Sin fortuna” de Gerardo Reyes?

—¡Qué te pasa! —agregó Paco—. Esa música es de viejitos. Aquí suena sólo lo de la nueva ola.

—Nueva ola mis narices —y le dio un empujón a Paco.

—Digo, aquí hay canciones de moda, en mi vida he escuchado esa.

—¡Pues está fregona esa canción! —insistió el Rudo con la cara molesta.

—Tal vez por aquí haya alguna de Vicente Fernández, si quieres la busquemos —quiso componer la cosa mostrándose servicial—, mira y sí, aquí está una.

—¿Cuál es? —quiso saber el Zurdo emocionado—. A mí me gusta mucho.

Arrugué la frente para decirle:

—“Borracho sin cantina”

—¡Esa está muy buena! —el Pelón se animó.

—A ver qué clave tiene —dijo el Rudo buscando una moneda en su bolsillo.

—M45 —Benja se asomaba para ver las claves.

Pusimos el peso y la música sonó:

Aquí parado en la puerta

de esta maldita cantina

se me revela la ingrata

que fue la cruz de mi vida...

Nosotros guardamos silencio mientras nos comunicábamos con los pies por debajo de la mesa.

Eran los Rudos, y esa era la música que les gustaba, ni hablar. Teníamos que callar la gracia que aquello nos causaba, si no queríamos terminar con una silla partida en la cabeza. La música hizo que dejáramos de pensar por un rato en Amelia, y que no había llegado a la plaza.

LA MIRADA

Cuando mi abuela abrió la puerta, la silueta enorme de un hombre se dibujó en la sala. Ahí estaba el general, nada menos que en mi casa.

Nosotros habíamos estado en su sótano tres días antes y luego él estaba ahí parado, queriendo entrar en mis dominios, eso no era una “coincidencia”. Mi mente quiso pensar rápido y ver si esa visita estaba relacionada con lo sucedido días atrás, pero no podía. Yo sólo presentía el final. Traté de encontrar los motivos de su presencia.

¿El soplón del Zurdo no soportó un interrogatorio militar?

¿El Pelón no pudo cargar con el secreto?

¿El hombre encontró nuestras huellas en las manijas de su casa?

¿La cuerda en la chimenea! ¡Quizás asomaba por debajo!

Por último, me quedé con una idea más firme: ¡Había rastreado la rodada de mi bici!

¡Sí!, de las seis que anduvieron por ahí, era la única que tenía forma de cadena. Mi bicicleta tenía las llantas nuevas, dejaban una marca perfecta; tal vez comparó las huellas y la mía estaba ahí, a la vista, en la banqueta de la entrada.

El miedo se apoderó de mí. Pensamientos espantosos comenzaron a pasar por mi mente: la pri-

sión, látigos y cadenas, cuerpos desmembrados o, por lo menos, acabaría haciéndole compañía al niño que encontramos en el calabozo. «¡Pobre mamá, se convertiría en otra madre de las que reclaman al general en público por la vida de su hijo!».

Todo eso pensaba mientras seguía oculto detrás de la puerta de la cocina, escuchando la conversación que apenas empezaba.

—Buenas tardes, busco a su hijo —habló el hombre con apenas algo de gentileza a mi abuela.

—¿Sí, dígame? —contestó mi madre que se acercaba desde la cocina secándose las manos en el pantalón—. ¿Para qué lo necesita?

¡Nooo!, quería avisarle a mi madre que yo estaba en peligro, que ella era la única que podía ocultarme en algún sitio. Empecé a sudar, mis manos temblaban. Ni cómo avisarles a mis amigos para que armaran un nuevo plan; que no podían contar conmigo; que el rescate ahora tendría que ser doble.

—Soy el padre de Amelia, una compañera de su hijo. Me gustaría verlo, si no tiene inconveniente.

—¡René! —gritó mi madre con una voz más dulce que de costumbre.

Mi niñez había sido buena, la juventud empezaba a ser interesante, lástima, todo estaba por terminar. Yo caminaba lento, inseguro, trataba de ordenarle a mis piernas la reversa, pero mi cuerpo atendía a la voz de mi madre. ¡Si sería idiota!, nunca

hacía caso de sus llamados y justo entonces me entraba la obediencia.

Quise decirle a mamá cuánto la quería y que perdonara si con esto la hacía sufrir, pero sólo me acerqué a su lado. Ella pasó su brazo por mis hombros y sintió mi temblor o mi rigidez y se volvió hacia mí extrañada.

—¿Te pasa algo, hijo? —y puso la otra mano sobre la frente—. Estos muchachos que en un momento están bien y en un segundo la fiebre les sube sin explicación.

Mi madre como siempre, hablaba hasta por los codos. ¿Qué podía importarle a ese hombre si yo tenía o no fiebre? Él iba por mí, sano o enfermo me arrastraría hasta las mazmorras.

—No crea que no sé de eso —el hombre me vio directo a los ojos, pero me era imposible sostenerle la mirada—. Precisamente ahora traigo a mi hija del doctor —con esa frase mis temblores pararon. Me puse alerta, Amelia venía con él.

—Por eso es que me tomé el atrevimiento de venir a irrumpir en su casa, aunque ya es tarde —continuó con las explicaciones mientras regresaba su mirada profunda hacia mi madre—. Parece que estos muchachos tenían una tarea en común por la tarde y quería decirle a este joven que Amelia no pudo ir a la biblioteca porque el médico le ha recomendado reposo.

—René no me dijo de esa tarea.

Quise decirle que ni yo lo sabía, pero pensé que era algún engaño de Amelia para salir de su casa. Lo dicho, las cosas por allá, no eran nada fáciles.

Eso pensaba cuando se le ocurrió a mi madre sacar su amabilidad de siempre con las visitas.

—¿Puedo ofrecerle algo de tomar? —ella sonreía—. Hace un calor terrible, ¿no cree?

Sólo a mi madre se le ocurría hablar del clima con el diablo.

Contra todo lo que pude imaginar, el hombre le aceptó un vaso de agua. Mis ojos no daban crédito a lo que veían, pero ahí no terminó la cosa, lo peor estaba por descubrirlo yo sin haber abierto la boca para nada.

La mirada de mi madre era otra, y vaya que tenía varias. A mi abuela podía verla de pasadita mientras juntas hacían los quehaceres, o podía mirarla con apuro cuando le hacía encargos antes de irse a trabajar. Con Martha, la vecina, usaba una mirada divertida mientras hablaban de las ocurrencias del día. A la maestra la veía con una seriedad que mucho se le parecía al miedo, miedo de que su hijo hubiera dado algo que decir acerca de su buena crianza.

En la iglesia tenía una mirada llena de respeto, el necesario para lograr que sus ruegos silenciosos llegaran hasta el cielo.

Y estaba su mirada hacia mí, su joya más preciada. Claro que también me dirigía otras: la que

veía en sus ojos cuando yo estaba enfermo. ¡Pero que no hiciera algo fuera de orden en cualquier sitio y que ella llegara a saberlo! Entonces sacaba una mirada de poseída, el mismísimo demonio se asomaba por sus ojos, llamándome a cuentas, exigiéndome explicaciones. Como si un niño supiera por qué hace las cosas.

Yo la conocía casi en todas sus facetas, pero nunca le había visto esa mirada, la que tenía mientras hablaba con el general. Sus párpados blandearban, su mirada se paseaba de un lado a otro para al final clavar sus ojos en los de él.

¡Qué iba a saber yo si el hombre ese era guapo!

Sí, estaba bien vestido, limpio, perfumado, era alto y llevaba una oscura barba cerrada, pero más allá de eso, cómo podía juzgarlo yo.

Ella tenía una mirada distinta, yo no la conocía y para nada me estaba gustando. Y no es que no la hubiera visto hablar con algún hombre. Estaban los vecinos, mi entrenador de beisbol, los amigos del trabajo, pero a ellos no los miraba así.

Era chico, sí, pero no era estúpido. Recordé que sí le había platicado a mi madre de Amelia, la chica nueva, la pelirroja. Y que no tenía... mamá.

Siempre supe que mi madre era bonita, no cualquier mamá lucía como la mía. Veía como la observaban los hombres en la calle y no a todas las mujeres las miraban así.

Mi madre y el general seguían hablando y yo

me perdía entre sus palabras... y sus miradas.

Tenía que haber reunión a orillas de la laguna, a mi madre no la iba a enamorar ningún general y menos ése que sabíamos de lo que era capaz. No, a mi madre no se le iba a acercar él. Ninguna medalla la iba a encandilar y empujarla a tomar la peor de las decisiones.

Tenía que borrar de sus ojos, a como diera lugar, esa mirada.

AUSENCIA

Al día siguiente de la visita del general, durante el desayuno, mi madre fue haciendo algunas preguntas, y bien supe por qué las hacía.

—René, ¿has ido a casa de tu amiguita? ¿Amelia, dices que se llama? —dijo sin mirarme a la cara, mientras se movía de la mesa hacia la estufa.

—Mmm, no —dejé la cuchara suspendida ante mi boca con todas mis antenas alerta—, ¿por qué?

—No, por nada —contestó sin voltear a verme—. ¿Qué tal las películas que fuiste a ver al cinema ayer con Benja, hijo? —entonces sí me miró sonriendo, como siempre.

— Oye, y... ¿cuánto... hace que murió... su mamá? —dijo eso insegura o con algo de pena.

—¡Yo no dije que hubiera muerto! —mi enfado empezaba a notarse, y ella volteó a verme incómoda.

—Ah, ¿no...? —después dio un sorbo a su taza de café.

Por más que quiso disimular su interés en ese hombre, a mí me quedó claro. Terminamos de desayunar en silencio. Ella se apresuró a limpiar la mesa mientras le hacía miles de encargos a la abuela que, en ese momento, se acercaba a nosotros. En la puerta me dio un beso en la mejilla y removió mi cabello mientras yo montaba en la bici. Ya en la banqueta volteé varias veces para verla parada en la puerta y, bajo aquel cielo nublado de junio, la vi

alzando la mano para despedirse de mí a lo lejos.

A la hora del recreo, mientras contemplábamos a Amelia comer su lonche a solas, les conté a Paco y a Benja sobre la presencia del general en mi casa. Me guardé por un momento aquello de las miradas entrelazadas que no se borraban de mi mente. Les hablé de mis dudas, de la rodada de la bicicleta, de la ausencia de Amelia por la tarde en la plaza y de la tarea que, por supuesto no teníamos, y los tres nos quedamos pensando.

—Será mejor no contarle nada a Amelia sobre lo que encontramos en su casa, podría irse de la lengua y todo se vendría abajo —comentó Paco pensativo—, resultó mejor no haberla visto en la plaza ayer.

Yo no hallaba cómo contarles lo que, después de eso, me estaba preocupando, pero bueno, si no confiaba en ellos, en mis aliados, en el triángulo que éramos, entonces no podría contar con nadie.

Poco a poco fui hablándoles del miedo que tenía. Lo bueno, ninguno bromeó con el asunto; para bromas estaba yo. Imagino que, para sus adentros, algún chiste les debe de haber causado, pero era mi madre y no estaba dispuesto a que alguien hiciera burla de eso.

—Estoy preocupado —dije con desánimo—, en una de esas termino con el general metido en mi casa para siempre.

—No si tu madre se entera de lo que pasa en casa de Amelia —Paco hablaba seguro de sí. Era una

suerte contar con él en el equipo. Lo que nosotros no veíamos, para él tenía focos intermitentes.

—¡Sí, cómo no! Y le voy a decir que me metí en una casa ajena como un ladrón —sonreí forzado, como si no conociera a mi madre.

—En una de esas y hasta conseguimos una aliada — Benja quería darme ánimo.

—¡O un castigo! —agregué molesto, como siempre.

Yo era todo estómago, siempre me ganaba el coraje y me movía de la alegría a la tristeza con rapidez, o bien terminaba con una rabia que me hacía hacer cosas sin pensar.

La idea de Paco no era mala. Mi madre debía de enterarse de la existencia de otro pelirrojo en la casa de Amelia, y borraría de sus ojos para siempre esa mirada que anunciaba peligro.

Fue esa ocasión en la que recuerdo haber deseado más que nunca la presencia de papá. Con él en casa nada de eso me habría preocupado.

Varias veces había visto a mamá contemplar su retrato, ese donde estaba vestido de beisbolista. Lo miraba y suspiraba frente a él. No pasaba muchos días para volverla a ver con el portarretratos en la mano. El lugar que dejó él, no era poca cosa, porque nadie lo había llenado aún. Nunca me detuve a pensar que mi madre era joven, bonita y estaba sola. Nos tenía a mi abuela y a mí, pero tuvo que pasar mucho tiempo para darme cuenta de que no era suficiente.

La causa de la muerte de papá la conocí en partes. Mamá me fue dando los detalles poco a poco al pasar de los años. De pequeño sabía que él me cuidaba desde el cielo y varias noches traté de verlo entre las estrellas, mientras que, por el día, lo imaginaba detrás de las abultadas nubes. Más adelante quise entender su ausencia, quise saber cuándo y cómo se había ido. Mi madre sólo dijo que había salido un día de casa sin regresar jamás. Por un momento llegué a pensar en el abandono.

—¿No nos quería?

—¡Claro que sí, corazón!, fue la muerte la que lo sorprendió por el camino y no lo dejó volver —y sus lágrimas se unieron a las mías.

De ahí se levantó la figura incomprensible de la muerte, esa figura terrible que me arrebató a mi padre. Pero el tiempo pasó y un día tuve edad para enterarme de que mi padre había muerto arrollado por un auto. Un hombre perdió el control, invadió la banqueta a gran velocidad y, por desgracia, ahí estaba papá. Había salido de casa unos minutos antes a comprar algo para la cena.

Me contó mamá que, antes de irse, me arrulló hasta dormirme y, con el mismo cuidado con que se mueven los equipos antibombas, me dejó en la cuna, salió de puntas de mi cuarto y con un beso se despidió de mi madre, diciéndole:

—Vuelvo pronto —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

Sí, un hombre ebrio era el causante de la muerte de mi padre, me lo quitó antes de que yo tuviera la edad suficiente para conservar su recuerdo.

Luego de limpiarse las lágrimas, fue hasta la vieja petaquilla roja donde guarda todo tipo de recuerdos familiares y, de una carpeta sacó la página de un periódico que, por su color y aroma, supe que llevaba guardado mucho tiempo.

Desde el accidente, mamá no ha vuelto a preparar el platillo favorito de papá.

Renato Zavala

Murió a los treinta años

17 de agosto de 1968

un sábado por la tarde;

después de un partido de beisbol

y antes de saborear su platillo favorito:

el asado de puerco.

La muerte lo sorprendió

en la avenida Madero

esquina con calle séptima

de ciudad Gardea.

El Alcohol fue la causa de su muerte.

El alcohol que había bebido otro hombre

al volante de un viejo Mustang verde.

Le sobreviven sus padres, hermanos;

su esposa y un hijo.

Un hijo a quien no verá crecer.

Descanse en paz.

SIETE PARA EL RESCATE

La pesadilla de ver al general con mi madre la traje en mi cabeza varios días, hasta que llegó ese jueves. Los jueves solían ser largos y aburridos para mí, a pesar de que mi madre siempre me decía:

—¿Por qué no te gustan? ¡Si huelen a viernes!

Pero ese jueves iba tener algo especial, porque a la escuela llegaron varios perros entrenados. Iban a realizar una exhibición con los agentes caninos, buscando lograr el respeto de los niños hacia la policía y a la ley.

Para mí era todo un espectáculo. Los vi hacer varias maniobras: alcanzar algún supuesto delincuente, desarmar a otro y defender a alguien en apuros. Los perros siempre han sido para mí maravillosos. Aunque mi Huracán, un viejo labrador, no hiciera nada parecido, yo lo quería igual.

Lo que llamó más mi atención, fue cuando escondieron armas y algunos paquetes que, según nos explicaron, contenían droga. Nos hablaron de la rapidez con la que llevaban a cabo la búsqueda. Los perros guiados por su fenomenal olfato, buscaban entre todos aquellos obstáculos que les pusieron en medio hasta encontrar esas misteriosas bolsas. Y no tardaron mucho en hacerlo.

—¡El Satán es mucho más perro que éstos! —el Rudo casi mordía las palabras.

—Son de razas especiales para el entrenamien-

to —Paco hablaba sin perder detalle mientras veíamos atentos a los perros.

—¡Raza mis narices! —renegó el Rudo—, los entrenan gacho, y así, hasta yo aprendo, ¿qué tal que les den descargas si no lo hacen?

—No creo, son profesionales.

—Pues el Satán también tiene muchas habilidades, ¿verdad, Rana? —sólo él me llamaba así.

Y Benja y Paco se me quedaron viendo, ¿de qué demonios estaba hablando?, me decían con la mirada y con las cejas.

—El Rudo tiene un *pit bull*, y ¡sí! ¡Es muy fuerte! Trepa una pared de más de cuatro metros y jala carros a motor muerto. Yo lo vi ganar una competencia entre perros de su raza.

—¡No sólo eso! —también vimos el orgullo del Pelón—, ¡el Rudo y él juegan a algo bien chido! Tiene una correa vieja y el canijo perro se vuelve loco si se la quitan. El rudo la puede esconder en cualquier sitio y el Satán la encuentra sin fallar.

—¡Neta!, mi perro es pero bien machín para eso también. Le entra una locura fregona, se emociona y busca y busca como desesperado, al final todos nos reímos cuando la encuentra.

—Me gustaría conocer a tu perro —Paco agregó aquello pensativo.

—¡Ya rugiste, saliendo vamos! —se veía el orgullo en su rostro.

Al terminar las clases los seis rodamos rumbo a La Candelaria. Algo me decía que Paco traía una idea rara en la cabeza. Llegamos a la calle donde vivía el Rudo y vimos muchos otros chavos con el mismo aspecto que él: rebeldes todos, pantalones anchos, camisetas de tirantes y algunos vestidos de negro, un negro pardo y sucio.

—¡Qué rollo, mi Rudo!, ¡qué tranza con estos vatos! —saludó uno de ellos chocando los puños.

—¡No hay pedo, vienen a ver al Satán!

—¡Órale, carnal! —dijo dándole la última fumada a un cigarro—, ¿va a trepar?

—¡No!, vamos a jugar un rato con la correa.

Ya en el patio de la casa del Rudo el Satán vino hasta donde estábamos nosotros, se paró en posición amenazadora y nos gruñó. El Rudo le silbó y gritó:

—¡Quieto, Satán! —ordenó—. ¡Son amigos! ¡Vienen a verte a ti, carajo! —entonces el perro puso sus patas fuertes en el pecho de su amo, Isaías lo acarició a jalones y se lo quitó de encima. “Éramos amigos”, y nosotros tres nos vimos de reojo.

Al iniciar la demostración de las habilidades del Satán, el Rudo le mostró una vieja correa, que según dijeron, había sido de una perra del vecino, gran compañera de juegos del Satán, pero había muerto tiempo atrás. Después de dejar que el perro la olfateara y mordiera un poco, el Rudo la levantó alto y la lanzó lejos. La vimos caer entre unos

carros viejos, el perro buscaba en las manos de su dueño y al no encontrarla el Rudo le gritó:

—¿Dónde está, Satán? —y le mostraba las manos vacías—. ¡Anda, búscala! —mientras le palmeaba con fuerza la cadera, antes de que el perro iniciara la carrera.

Salió disparado, era un animal enorme. Cuando sus patas golpeaban el suelo, levantaban el polvo. Giraba con energía de un lado a otro hasta que logró hallar el rumbo de su búsqueda.

Como si nada, saltó al carro viejo, se metió por una de las ventanillas sin vidrios, metió patas y hocico en la tarea hasta que pudo sacarla. Salió radiante de su empresa; de su hocico colgaba la vieja correa. Y la operación se repitió varias veces en distintas direcciones.

—¿Es o no es mi perro mejor que los de la poli?

Gritaba el Rudo. El Pelón y el Zurdo chiflaban y aplaudían, fue tal la fiesta que se armó por el perro que nosotros también nos unimos al entusiasmo.

—Así es que... ¿dónde caiga lo va a encontrar? —Paco se apretaba la barbilla.

—A menos que no pueda meterse, estará a ladre y ladre, señalando con su cuerpo el lugar donde se encuentra hasta que se la den.

Benja estaba entusiasmado jugando con el perro, con algo de cuidado, porque era un animal que daba miedo. Yo escuchaba lo que Paco le decía al Rudo.

—Pues sí que tu perro es bueno. Casi creo que tiene pedigrí.

Entonces Paco empezó a hacer gala de sus conocimientos en la materia; que si la raza, que si los certificados, pero nada de eso impresionó al Rudo que abrazaba a su mascota.

—¿Pedí... qué? ¡Nada, mi perro tiene tamaños...! —dijo eso usando las manos en señal obscena—, por eso hace lo que hace.

—Y si lo lleváramos a otro sitio, ¿tú crees que seguiría haciéndolo?

—¿Al menos por la correa?... ¡Sí!

Paco se quedó pensando, mientras el Rudo disfrutaba ese momento, era un gran perro y era suyo. Saqué a Paco de sus pensamientos cuando lo empujé con el hombro.

—¿Qué te traes?

—Nada, que este perro es la clave para el rescate.

GASPAR

Cuando regresábamos de La Candelaria, llegamos primero con Benja. Su casa era de las más pequeñas, el taller mecánico de su padre funcionaba en el porche de la vivienda. Cuando no estaba de turno en la fábrica, casi siempre encontrábamos a don Chejo, como le decían en el barrio, metido debajo de los carros y desde allí nos gritaba:

—¡Quiubo, canijos! —era gritón y simpático.

Y a doña Lupita, su esposa, la veíamos siempre ocupada, pero nunca le faltaba una sonrisa para recibirnos en su casa. Su cocina estaba llena de aromas deliciosos, al centro tenía una mesa amplia, siempre dispuesta para servir un plato a quien llegara de visita. Seguido íbamos con Benja, a Paco y a mí nos gustaba estar en esa casa. Los famosos suspiros que hacía su madre no eran los de una enamorada, sino los de una excelente repostera. Eran unos dulces suaves y, como su nombre los describía, se deshacían en el paladar. Ni hablar de las gorditas de nata, de las quesadillas o del agua fresca que siempre nos ofrecía cuando llegábamos cansados y sudorosos después de una tarde en bicicleta. Ahí todos nos sentíamos como en nuestra propia casa.

Es cierto que todas las madres adoran a sus hijos, pero creo que a la señora Lupita la cegaba más

que a otras ese amor, porque veía en el simpático de nuestro amigo, cualidades que nosotros no podíamos hallarle por ningún lado

—¡Mi Benja es tan listo!

Le escuchamos esa frase muchas veces, pero nosotros sabíamos que las habilidades que tenía sobre ruedas o con la guitarra, para nada se acercaba a las que empleaba en libros, cuadernos y exámenes, pero él tenía muy claro que le debía a su madre el ir a diario a la escuela sin protestar.

Ella le decía que él sería algo grande, que vestiría de traje o, por qué no, pudiera ser que hasta de bata blanca, pero Benja tenía sus dudas sobre eso. Por ese tiempo todo lo que le gustaba era cantar y correr a toda velocidad en su güila, como él llamaba a su bici. Lo que sería de grande ya se vería con el tiempo.

Dándole a diario a la bici fue como bajó de peso. Una caída en plena carrera le obligó a usar yeso. La rigidez de su brazo y de su pierna le merecieron otro apodo: el robot. Así lo llamaron un tiempo y dejaron de decirle el gordo.

Pero a trabajador nadie le ganaba. Varias tardes a la semana Benja se ganaba unos pesos para ir ahorrando: hacía entregas de la lonchería de don Jorge, cargaba bolsas en el súper y, durante las vacaciones, limpiaba fierros en el taller de su padre. Todo lo que ganaba lo usaba para arreglar su bici y siempre ahorra algo para comprarse una nueva.

Don Chejo nos decía que un hombre debe conseguir lo que quiere con el sudor de su frente; que para crecer, todos necesitamos también cambiar de pensamientos; que uno debe hacerse grande por dentro y por fuera. De los tres, yo era el que lo escuchaba más atento.

Marisa y Rocío, las hermanas de Benja, nos conocían bien. Cuando estábamos en su casa éramos como de la familia, pero en casa de los González había alguien más: Gaspar. Era el preferido de las niñas. Seguido las veíamos consentirlo. Como cualquier gato, se sentía dueño del hogar y, complacido, se dejaba querer. Era enorme, blanco, de esponjado pelaje y ojos de un azul intenso. Es el único gato que alguna vez vi ser alimentado con cuchara y con popote. Así era Gaspar, un mimado y bueno para nada.

Esa tarde que llegamos contaron las chiquillas con gran alboroto lo que había pasado en casa con su gato. Había sido rescatado nada menos que por los bomberos. Rocío nos contaba a medias lenguas que Marisa estaba jugando con él cerca de la hiedra que su madre cuida en el jardín de la casa y, como la enredadera había creado casi una escalera al cielo, a Gaspar no se le dificultó trepar poco a poco, hasta llegar a lo más alto de un poste de la luz. Cuando estuvo ahí, siendo como era Gaspar, un gran perezoso, se concretó a maullar y a maullar hasta que ella y Marisa lo vieron asustado más allá del techo.

El entusiasmo con el que contaban el suceso nos hacía ver que había sido todo un espectáculo. Empezaron el relato contándonos cómo se escuchaba a lo lejos la sirena; les hacía gracia que todo el vecindario hubiera salido a observar con asombro el camión de bomberos. Lo emocionante fue cuando desplegaron la enorme escalera y la dirigieron hasta donde estaba Gaspar, ronroneando y moviendo su esponjosa cola.

Sonreían cuando contaban que un joven bombero lo tomó con cuidado y bajó de las alturas con él en brazos. Dijeron que los bomberos estaban extrañados de que un gato no pudiera realizar el descenso por sí mismo. Doña Lupita completó el relato enternecida, porque cuando Marisa recibió de manos del bombero a Gaspar, la pequeña se limpiaba las lágrimas con una gran sonrisa y, que apenas lo tuvieron las dos en los brazos, lo llenaron de cariños y lo llevaron al interior de la casa, haciéndole miles de regaños a su querida mascota.

Ese gato era otra cosa, aunque yo llegué a pensar que lo hacía a propósito para confirmar la lealtad de los suyos.

—Nada que ver con la fuerza del Satán —Benja dejó ver algo de pena.

—De que es bueno para trepar no hay duda —Paco le guiñó un ojo.

Nos despedimos de toda la familia, montamos nuestras bicicletas y Salimos del taller González.

De regreso a la casa mientras rodábamos tranquilos, yo le pregunté a Paco cómo era eso de que el Satán sería útil en el rescate.

—Creo que es más fácil que el Satán entre a la casa del general, para él no habría castigo por meterse en casa ajena, porque nosotros bien podríamos ir a dar al reformatorio si nos descubren adentro antes del rescate. Ya verás, por ahí va la cosa.

Yo quise ensamblar las piezas del plan que me estaba explicando mi amigo, pero no lograba encajarlas.

—Y ¿qué crees? —sonreía mientras me contaba—. Creo que Gaspar será el primero en escena para terminar lo que he venido planeando desde La Candelaria.

Ahora sí que Paco estaba loco. La vida de alguien, la libertad de ese pelirrojo, dependía de un perro y un gato.

—No entiendo.

—Ya verás, parece que las cosas se van acomodando.

UNA OFENSA IMPERDONABLE

En un principio la belleza de Amelia despertó en nosotros algo distinto, más importante que las bicis y el béisbol. Suspirábamos por ella, la seguíamos con la mirada. Recuerdo que cuando la conocimos yo le escribí algunos versos, Benja la dibujó en la pasta del libro de Historia y Paco, por supuesto, fue el único que se atrevió a dar, en mano propia, una carta larga y atrevida: en ella le confesaba lo que él creía era su amor eterno.

Amelia se apoderó no sólo de mis pensamientos, sino que de noche también se acomodaba en mis sueños y, en ellos, era yo el decidido, el que se animaba a declarar su amor por ella. Era yo el que llevaba a Paco y a Benja hasta su casa. En el sueño me sentía valiente y decidido.

Ya despierto la cosa era distinta. A pesar de que era impulsivo y de pocas pulgas, estar frente a una chica me robaba la decisión y el coraje, pero, eso sí, era capaz de ser el amigo incondicional. Un amigo cobraba para mí tanta importancia, que lo sucedido aquella tarde me haría conocer un dolor nuevo.

Luego de rodar por el mercado, decidimos ir otra vez a La Candelaria, porque, desde nuestra alianza con los Rudos, andar en esas calles ya no nos daba el miedo de antes y esa vez hicimos el re-

corrido más allá de la plaza, donde las calles están disparejas, donde los perros tiran los botes de basura y los chiquillos juegan descalzos a las canicas, acomodados en torno a la rayuela, la que encierra los tesoros de cada uno, con la esperanza de hacer el mejor tiro.

Más allá de ellos, encontramos un enorme charco que pasamos de prisa para no atascarnos, luego subimos una banqueta para esquivar un camión de carga y fue en ese lugar angosto en el que casi atropellamos a una mujer muy bonita de pechos enormes y redondas caderas. Masticaba chicle de manera ruidosa y, a cada tres pasos, de su boca surgían globos que luego reventaba con gracia.

Algo nos pasó a los tres porque frenamos casi al mismo tiempo y nos volvimos para mirarla, y si por delante nos causó asombro, su trasero bajo una falda pequeñita, nos dejó con la boca abierta.

La mujer siguió su camino luego de decirnos una maldición sin mayor enojo y acomodar su peinado que armaba una gran cascada rosa sobre su espalda.

En una loma, en las afueras de Gardea, está la casa grande, ahí es donde trabajan las “locas”, como les dice mi abuela, y no se necesita ser listo para saber que esa mujer que vimos, iba con ese rumbo.

Cuando ella dio vuelta en una esquina y dejamos de verla, nos miramos de bici a bici, Paco hizo el ademán que representa a las mujeres de

la calle, el dedo índice girando hacia arriba y con eso liberamos la carcajada.

Bajamos de aquella banqueta que nos dio tremendo obsequio y ese calor repentino quisimos sofocarlo con una soda:

—Yo quiero una Mirinda.

Era la preferida de Benja. Entramos a la primera tiendita de la esquina que vimos cerca. Dejamos las bicis afuera, pero siempre a nuestra vista, no queríamos una sorpresa esa tarde.

Ya con el refresco que desprendía burbujas naranjas, nos sentamos muy cerca de las bicis. Hablar de las locas no lo habíamos hecho nunca,

—¿No les da curiosidad conocer esa casa grande?

—Allí hay muchas mujeres viejas, gordas y feas, yo las vi en el mercado, un día que fui con mi abuela, ¡ni loco! —y aventé la mano en señal de desprecio.

—¿Y qué tal la del pelo rosa? —volvió a sugerir Paco.

— ¡Esa parece sacada de la tele! —suspiré.

—¿Y si mejor vamos con el Rudo a ver correr al Satán? —supimos que Benja no quería hablar de eso y dijimos:

— ¡Va!

Montamos las bicis y nos fuimos a la orilla del barrio. Entramos hasta el fondo del yonque en el que vivía el Rudo. Ahí estaban los tres haciendo tiros a gol entre dos carros viejos por portería.

El Rudo se dirigió a mí como lo hacía casi siempre.

—¿Qué, Rana? ¿A poco te dejó tu mami ensuciarte las garras?

Pensé que ese gusto por reírse de nosotros ya no lo usaba conmigo después de la competencia del Satán, pero no fue así.

Paco quiso defenderme, pero no lo dejé, ese día no estaba de humor para aguantarle sus bromas:

—¿Qué, te molesta que en mi casa haya una mamá de a de veras? —le dije sin bajar la mirada.

Benja quiso evitar un pleito como el que tuvimos afuera de la escuela.

—¿Dónde está el Satán para que le lances la correa? —pero el Rudo seguía metiéndose con mi madre.

—No, si nomás digo, te cuida tanto que...

Lo interrumpí. No sé cómo ni por qué, pero me vino a la mente la mujer del pelo rosa, y quise ofenderlo. El despreciaba los cuidados de mi madre, yo quise burlarme de eso que había visto en ese barrio en el que vivían ellos y hablé con veneno de la mujer de pechos grandes.

—Qué se le va a hacer, así es ella de cuidadosa. No le da por andar casi desnuda por la calle —sonreí perverso—, pero claro, ella no es una loca, como una de pelo rosa que vi por aquí cerca.

Lo que pasó luego, no me quedó claro. De los tres Rudos se separó el Zurdo y con su peso enor-

me me golpeó la cara, me tumbó al suelo, se montó en mí y volvió a golpearme una y otra vez con más fuerza.

Paco y Benja quisieron salvarme, pero el Pelón y el Rudo los detuvieron:

—¡La Rana se lo buscó —gritó el Rudo—, dejen que el Zurdo se lo friegue!

—¡Sí! —apoyó el Pelón—. Que se aguante, la doña del pelo rosa es la jefa del Zurdo, y con la ma' de uno, nadie se mete.

CÓDIGO 8

La bronca que tuvimos con los Rudos vino a retrasar nuestros planes de rescate por varios días. Todo por ofenderme con una tontería. Ellos eran unos muchachos con casi nada. Yo que nunca me meto con nadie, fui a ofender a la mamá de uno de mi grupo, porque, aunque fueran los Rudos, ya los veíamos como parte de los nuestros. Éramos dos duros y resistentes triángulos de acero que, si lo-grábamos unirlos, armaríamos una gran estrella.

Todo eso lo pensaba mientras mi madre me curaba el rostro que el zurdo, con justa razón, me partió repetidas veces. Cuando con cuidado me frotaba el labio, la ceja, el pómulo, porque la verdad no me dejó entera ninguna parte de la cara, me decía:

—Es un milagro que no te hayan sacado un ojo. Mira nada más como te dejó la cara. Anda, dime que pasó, hijo, yo puedo ir a hablar con la mamá de ese chamaco que te dio tremenda golpiza.

No quería ni imaginar lo que diría mi madre si se enterara de las barbaridades que había dicho yo de aquella mujer.

—No es nada ma', no te preocupes, estábamos jugando a las luchas, ¿qué quieres?

—¡Cómo no me voy a preocupar! Dios quiera que no te queden cicatrices.

—Son trofeos ma', ni te apures.

Quise cerrarle un ojo en señal de broma, pero la verdad es que casi los tenía cerrados los dos.

Mientras ella seguía limpiando mis heridas, yo la veía con cariño, como ven casi todos a su madre. El Zurdo hizo bien en darme mi merecido. Yo hubiera hecho lo mismo si alguien se atreviera a hablar como lo hice yo de su mamá. ¿Qué podía hacer por del Zurdo que pudiera borrar, aunque fuera un poco, la ofensa?

Desde aquel maldito día, el Zurdo me amenazaba con el puño cerrado, estuviera lejos o cerca, me recordaba su tamaño y su enojo. Yo no podía más que aguantarme, me merecía aquella y tal vez otra paliza.

Me atreví a escribirle una disculpa.

"Me equivoqué, discúlpame".

Pero era mucho pedir que con tres palabras me ganara el perdón. Y, para mi mala suerte, el Zurdo hizo bola la nota, la tiró con enojo y el papelito fue a parar a manos de la maestra, quien quiso saber qué pasaba entre nosotros.

—A ver, Santiago, ¿qué pasó?, aquí lo vamos a arreglar.

—Nada, maestra —el Zurdo nunca iba a revelar el tamaño de la ofensa—, René que no sé qué se trae.

—Dime tú, René, ¿qué pasa? ¿Tiene que ver con

los golpes que traes en la cara?

—No, maestra, yo me caí por las escaleras en la bici de Santiago, pero ya le compraré el dinamo que le rompí.

—No quiero que me compres nada, no me hace falta.

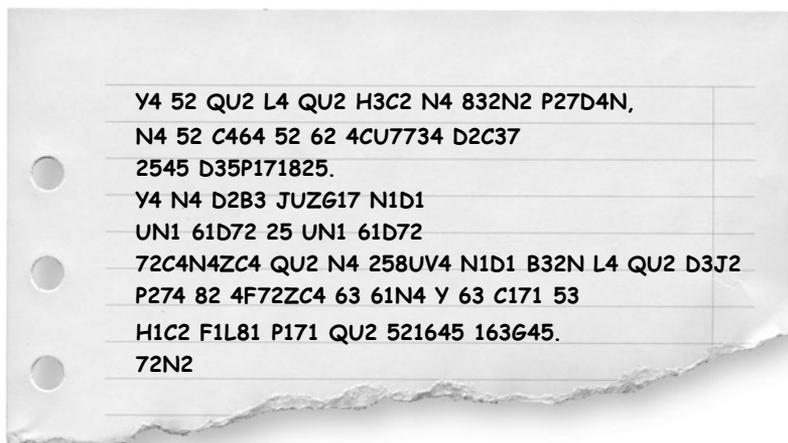
Y salió de ahí sin despedirse ni de la maestra. Otro error mío. Querer comprar el honor de una madre con un regalo. No hice más que aumentar su enojo.

Por la noche no pude dormir pensando en la forma de acercarme de nuevo a esa pandilla que nos era necesaria, pero más allá de eso, porque empezaba a caerme bien. Y pensé en una forma de comunicarme con el Zurdo a distancia, no quería volver a preocupar a mi madre si me daba otra golpiza. Sólo por ella fue que no me presenté en su colonia, ni lo esperé al salir de la escuela.

La nota no había servido. Entonces haría un código que no estuviera al alcance de la maestra y que el Zurdo se divirtiera con él.

Y así fue como surgió el código 8.

Escribí la nota:



Y4 52 QU2 L4 QU2 H3C2 N4 832N2 P27D4N,

N4 52 C464 52 62 4CU7734 D2C37

2545 D35P171825.

Y4 N4 D2B3 JUZG17 N1D1

UN1 61D72 25 UN1 61D72

72C4N4ZC4 QU2 N4 258UV4 N1D1 B32N L4 QU2 D3J2

P274 82 4F72ZC4 63 61N4 Y 63 C171 53

H1C2 F1L81 P171 QU2 521645 163G45.

72N2

Cuando llegué a la escuela, busqué el momento para dársela al Zurdo. Benja quiso ayudarme, porque decía que no iba a querer tomarla si yo se la daba, pero era una regla que quería seguir: yo lo había descompuesto, yo iba a arreglarlo.

No esperaba que el Zurdo la aceptara de buena gana, así que la metí en la bolsa de su mochila y me retiré de prisa. Ya en clase vi cómo se rasca la cabeza y arrugaba la frente. A ratos me veía confundido. Todo parecía empezar a funcionar, el hecho de que le mandara un código, era para que viera que eso era entre nosotros y que confiaba en que él lo entendería.

Fue hasta la hora de salida en la que volví a meter otro papel a su mochila: era el código para que lo leyera en su casa.

**CAMBIA LOS NÚMEROS QUE ENCUENTRES
POR CONSONANTES Y VOCALES SEGÚN SEA
EL CASO:**

A	E	I	O	S	M	R	T
1	2	3	4	5	6	7	8

Al día siguiente su mirada fue menos dura y no me amenazó con el puño durante la mañana, pero la verdadera oportunidad para que me disculpara, aunque fuera un poco, se dio al día siguiente, porque el Zurdo nunca fue bueno en Matemáticas y, como nos preparábamos para terminar ese año escolar, tendríamos el último examen de esa materia.

Mientras todos luchábamos con los acertijos que eran esos problemas que nos planteaba la maestra Magdalena, volteé a ver al Zurdo que ese día estaba a mi derecha, mordía tanto el lápiz, que pude adivinar que no tenía ni idea de cómo resolverlos. Supe que era el momento.

Borré el nombre de la línea superior de mi examen y anoté el del Zurdo:

Santiago Mendoza

El timbre estaba por avisar de la hora de salida y, sin dar ninguna explicación, en un descuido de la maestra, arrebaté de la mesa del Zurdo su examen y le di el mío. Borré el nombre de Santiago y anoté el mío:

René Zavala

Y, sin esperar a que timbrara, me levanté de la banca sin darle tiempo al Zurdo de reaccionar y entregué esas hojas. Los que no vieron el pequeño espectáculo, no se extrañaron de que me levantara primero que todos, siempre fui uno de los mejores para las cuentas, como luego dicen. Sólo esperaba que ninguno de los que me vio hacer el cambio se fuera de la lengua con la maestra.

Era viernes, y el lunes pude confirmar que esa buena nota ya había ido a parar a la boleta del Zurdo, mientras que en la mía apareció, por primera vez, un 5.

—¡Yo no vendo a mi jefecita por un méndigo 10!
—fue lo que me dijo el Zurdo de bici a bici cuando íbamos saliendo de la escuela. Mis esperanzas estaban por venirse abajo cuando el Rudo quiso hablar.

—No te hagas, Zurdo, bien que hiciste feliz a tu jefa cuando le llevaste un 10. En tu vida habías visto uno de cerca.

PÉRDIDAS TOTALES

Al día siguiente de que el Zurdo aceptó ese 10 como suyo, al salir de la escuela decidimos rodar por todos los sitios que nos gustaba hacerlo, pero esa vez éramos seis quienes avanzábamos, uno tras otro. No había mucho qué decir. Pedalear hasta cansarnos era una buena manera de sacar aquello que aún nos incomodaba por dentro: a mí, la culpa y la vergüenza; al Zurdo, la ofensa; los otros cuatro con el pelirrojo en el pensamiento. Pero esa tarde parecía que, al fin, todos estábamos por volver a tomar el camino para el rescate. Las enemistades para nada ayudarían a sacar adelante cualquier plan que pudiéramos tener.

Íbamos acelerados y, en una de las esquinas, dimos la vuelta tan brusca que casi atropellamos al Gazul, un hombre bajito, sucio y con olor a alcohol (como era su costumbre). Yo lo conocía de toda mi vida, las calles de Gardea eran su casa. Se sentía amo y señor de la arboleda, donde solía pasar las tardes, y cuidado si alguien invadía su espacio o lo contradecía, porque entonces sacaba ese carácter suyo tan disparejo como un polvorín. Y fue eso y su estatura lo que le mereció el apodo del Gazul, como esas balas pequeñitas para pistolas de juguete.

Al evadirnos, cayó de lleno en la banqueta donde se esparcieron algunas monedas que llevaba en

su gorra.

—¡Ora, chamacos de porquería!

Dijo enfurecido, y trató de encontrar alguna piedra qué lanzarnos. Paramos nuestra carrera una cuadra más adelante y desde ahí vimos al Mago, su compañero de copas, quien hacía su número ante los carros que esperaban la oportunidad para cruzar la avenida principal de la ciudad. Algunos le pitaban y, con señas, lo apuraban para que dejara libre el paso a los vehículos, pero él continuaba su acto de mantener varias piedras en el aire; no le alcanzaba para naranjas, no se diga para pelotas. Mientras el Mago hacía su número, el Catrín y el Gazul pasaban su cachucha a toda velocidad por las ventanillas de los carros en fila.

No trabajaban ni tenían casa, dormían en donde los atrapaba la noche y la limpieza no estaba dentro de sus prioridades. Cada uno era conocido por su estilo diferente: el Gazul, como dije, por su carácter explosivo y su tamaño, era inconfundible. El Catrín, por el contrario, era amable y de una educación graciosa: se quitaba la gorra ante las mujeres en la calle, hacía una pequeña reverencia y saludaba con toda educación; cuando descansaba en la plaza o en las banquetas, lo hacía con tanta corrección que nos hacía pensar en un pasado lleno de abolengo. El Mago, por su parte, tenía una inteligencia más práctica: era el proveedor de ese triángulo callejero; tenía habilidades de malabarista y las de un

buen prestidigitador, de ahí su nombre de batalla.

Sólo eran el Gazul, el Mago y el Catrín; la ciudad entera había olvidado sus nombres verdaderos. Seguido los veíamos en las esquinas de las calles haciendo alguna gracia que les mereciera una moneda. Afuera de la iglesia, el Catrín era capaz de mover las conciencias de los fieles cuando recién habían lavado sus culpas, porque era el momento oportuno para ganar su generosidad:

—Bien lo dijo san Lucas: *“Den, y se les dará: se les echará en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes”* —hablaba serio mientras hacía reverencias.

Por ello la gente buscaba en sus bolsillos y depositaba un peso, diez y alguno hasta un billete en la gorra de aquellos vagabundos. Una tarde quisimos saber de sus vidas, pero se negaron a contar-nos algo si no les dábamos unas monedas a cambio, y nosotros... ¿pues de dónde?

—¡A ti qué te importa! —me dijo esa vez, furioso, el Gazul.

Ahora entiendo que eran dueños de su presente y si el futuro no les preocupaba, mucho menos el pasado y sus historias. Sabíamos que siempre, al terminar su número, el Mago desechaba su utilería, iba directo a la tienda de licores a comprarse una pequeña botella y salía de ahí dando tragos como el mayor de los sedientos, para luego guardarla satis-

fecho en la bolsa de su pantalón. El Catrín y el Gazul permanecían sentados en la banqueta en espera de las ganancias. Sabían que aquello era para los tres, y si daba para más, ya comprarían unos tacos.

Como buenos bebedores que eran, por temporadas se perdían; alguna vez se llegó a temer por la vida de aquellos teporochos, luego aparecían: más sucios, más viejos y delgados.

Nunca supe cuándo llegaron a la ciudad, los mayores sólo contaban que lo habían hecho en distintos tiempos. Los tres bajaron del tren, pero no por la puerta de algún vagón de pasajeros, llegaron en algún carguero, de esos que a diario se detenían en Gardea para dejar ahí cientos de maderos para las fábricas de la ciudad. Hay quien dice que nuestra Gardea hizo el mismo efecto en ellos que en todos nosotros, los atrapó para siempre con su encanto.

Ustedes se preguntarán, ¿qué tienen que ver tres ebrios en la historia que les cuento?, pues un incidente ocurrido con ellos vino a confirmar el elemento que nos hacía falta para dar inicio al rescate.

Después de haberlos visto sentados en la banqueta compartiendo el trago, nos retiramos de ahí. Ya en la laguna Paco nos sorprendió con su plan para rescatar al niño del sótano, era extraño, no nos quedaba muy claro cómo embonaban en la estrategia un gato y un perro, pero era eso o nada, porque a ninguno de nosotros se nos había ocurrido algún otro plan.

Al día siguiente volvimos a la laguna. El Sol estaba por ocultarse cuando decidimos salir del agua. De regreso, pedaleábamos despacio por la avenida cuando pasamos por la estación de bomberos. En ese momento la sirena del enorme camión rojo se encendió. Claro que nos detuvimos a verlo partir. Enseguida nos buscamos los seis con la mirada; el acuerdo fue automático y en silencio. Pedaleamos esta vez con verdadera fuerza para seguir al camión que iba de prisa con torreta y sirena encendidas.

Mientras yo recordaba que más pequeño quería ser uno de ellos, la bombera se abrió camino entre el tráfico y nosotros detrás de ella. No imaginábamos hasta dónde nos llevaría ese viaje, pero no nos importaba, al final del trayecto estaba la acción.

El sol se estaba ocultando cuando los bomberos llegaron al viejo cine de la ciudad. Era un edificio rústico, pero sus remates de cantera siempre hablaron de su edad y sus historias. Alguna vez mi madre me contó que ahí había conocido a mi papá. El cine Lux vio nacer los romances que dieron lugar a muchas de las familias de Gardea; era un edificio apreciado por la población. Alguien sugirió restaurarlo para convertirlo en teatro o auditorio, pero la construcción de un gimnasio terminó por dejar en el olvido la reliquia en la que se convirtió ese lugar al quedar abandonado.

Los bomberos movieron con agilidad el camión entre varias patrullas de policía que estaban estacionadas cerca del edificio.

—¿Se sabe algo de las causas del incendio? — preguntó de prisa uno de los bomberos una vez abajo.

—¡Nada, mi comandante! —tuvo que reconocer uno de los oficiales.

Se apresuraron a colocar las mangueras en las tomas de agua dispuestas para ello. Los policías cerraron el paso. Nos decían a los curiosos que nos mantuviéramos a distancia suficiente para estar a salvo. Era una lástima no poder ver de cerca los enormes chorros de agua y el trabajo de todos los que ahí se movían de prisa, pero nos colocamos en un punto donde podíamos ver la mayor parte de los movimientos de los bomberos y escuchar sus voces.

«¿De qué están hechos esos hombres?», me preguntaba. Era difícil imaginar cómo era ir contra el instinto de supervivencia metiéndose en el vivo infierno una y otra vez.

El comandante de los bomberos subió la voz para superar el ruido de las mangueras.

—¿Saben si hay alguien dentro del edificio?

Vimos cómo los policías se encogían de hombros y se miraban entre sí. Un oficial, que parecía de mayor rango, se abrió paso entre los otros.

—Al parecer está vacío, comandante. Hay que

darnos prisa para salvar el inmueble, recuerde que es un edificio valioso, no hay que perder tiempo.

El comandante lo miró de arriba abajo con expresión de descontento.

Paco nos codeó para que volteáramos a ver cómo el *Gazul* se metía entre las patrullas y, con un paso irregular, borracho como siempre, llegó hasta donde estaban los oficiales.

—¿Ya sacaron a mis carnales? —les gritó furioso—. ¡Si no para meterme yo!

El comandante llamó a gritos a su equipo de rescate. Dos bomberos con trajes especiales, máscaras antigases, cascos y escudos se acercaron. Aquello era mejor que en las películas, pero nuestras manos temblaban, todo era real, alguien podía morir.

Mientras los chorros de agua caían sobre el techo que humeaba de manera abundante, el equipo de rescate entró para buscar al Mago y al Catrín.

El *Gazul* les decía a gritos y entre majaderías, que estaban ahí desde temprano, pero que el chupe se había acabado y él había salido a buscar algo para seguirla. Que les gustaba dormir en la alfombra del cine, que lo hacían casi a diario, porque las puertas traseras eran fáciles de abrir.

No pasó mucho tiempo para cuando sacaron a sus amigos. Estaban intoxicados, pero con vida. El *Gazul* mostró una cara que no le conocíamos. Abrazó a sus compañeros de correrías y agradeció a su manera a los bomberos.

—¡Neta que son bien chingones! —mientras le apretaba los brazos al comandante.

Fuera de la fachada y su cantera que sólo se tiñeron de negro, todo lo demás terminó en cenizas. Cuando los chorros dejaron de bañar el edificio, la valla de protección se deshizo y pudimos acercarnos.

El jefe de los policías no se veía complacido.

—¡Comandante! —llamó la atención del bombero—. ¿Otra vez pérdidas totales? —hizo la pregunta con sarcasmo.

—Los materiales del cine son inflamables y la llamada a la estación tardó en hacerse —agregó en su defensa—, pero no, sargento, hemos salvado la vida de dos personas —puso dos dedos de su mano muy cerca de la cara del oficial—. Y no supimos de su presencia por su gente, sino gracias a este joven —agregó mientras ponía una mano en el hombro del *Gazul*.

—¿El Mago, el Catrín y el *Gazul*? —el policía preguntó eso con una sonrisa burlona.

—Con su actitud, sargento, yo creo que cualquiera de ellos vale más que usted. Con permiso.

Cerca de esos uniformados estábamos nosotros, anotando todo en el cuaderno de la memoria, ese que usaríamos a lo largo de la vida. Tres a cero, favor los rojos, registraba nuestro marcador.

Cuando el comandante se retiró de entre las luces que serpenteaban destellos azules y rojos,

vimos la cara del sargento, que, de haber podido, hubiera lanzado lumbre por sus ojos.

Si antes admiraba a los bomberos, a partir de ese día se ganaron mi respeto de por vida. Las palabras del comandante se me quedaron grabadas, a él le importaba mucho más la vida de dos indigentes que el valor de un edificio histórico. Si en algún momento pensamos pedir el auxilio de la policía para enfrentar al general Mancinas, esa noche lo descartamos por completo.

LA LLAMADA

Llegamos a La Candelaria poco después de las tres de la tarde dispuestos para el rescate. Los nervios nos comían por dentro, al menos yo sentía un nudo en el estómago y sudaba tanto que seguido me limpiaba la frente con la mano, pero esa vez no éramos sólo seis, esa tarde llevamos con nosotros a Marisa, la hermana de Benja, era pieza indispensable en el plan. Él le platicó de los helados de tamarindo que vendían en ese barrio y la invitó a dar un paseo. La niña no lo pensó dos veces. Adoraba a su hermano y salir con él le garantizaba una gran aventura. No pudo ir sin antes suplicar repetidas veces a su madre. Al final, doña Lupita dibujó una cruz en el pecho de la niña y le dio un beso en la frente. Marisa montó en los diablitos de la bici, se sujetó de los hombros de su hermano y salieron veloces del patio.

—¡Ya nos vamos, *pa'*! —la niña le aventó un beso con una mano.

—¡Agárrese fuerte, *m'ija*! —él respondió con la mano en alto.

Ni la madre ni la hija se dieron cuenta de que Paco y yo habíamos tomado a Gaspar para meterlo en un costal. Pobre Gaspar, para nada iba cómodo, se movía inquieto y con sus garras trataba de liberarse. Seguimos a distancia a Benja y a su hermana,

para que ella no pudiera escuchar al gato que maullaba y se movía sin parar dentro del saco.

El Pelón y el Zurdo estaban recargados en la esquina de siempre, pero cuando vieron pasar a Benja con la niña, el Zurdo se dirigió al teléfono público de la plaza, ahí lo vimos cuando pasamos con el costal en constante movimiento. Nosotros le hicimos una señal para que esperara la salida de Benja y de su hermana de la nevería. Ya después haríamos el chiflido acordado para que hiciera la llamada. Mientras nosotros nos dirigimos a la casa de Amelia. El Pelón iba por delante, dio vuelta en la esquina de la iglesia y lo perdimos de vista.

La vieja casona en la que vivían los Mancinas estaba escoltada por dos enormes álamos en la parte de enfrente, cerca de la puerta del jardín. Cuando llegamos ahí, el Pelón ya estaba trepando a uno de ellos, aunque no era tan pesado como el Zurdo, le sobraban algunos kilos que no le impidieron trepar con agilidad, llevaba colgada la soga en el hombro, la usaría para subir el costal ocupado por el gato; no podíamos arriesgarnos a que escapara.

Colocamos nuestras bicis donde no las viera nadie. El atrio de la iglesia nos pareció un lugar seguro, era día de catecismo y había muchas otras en el sitio.

Cuando salieron de la nevería Benja y Marisa, empezaron a caminar por la plaza, los vi avanzar

por el centro, iban rumbo al templo mientras la pequeña saboreaba un barquillo con la felicidad dibujada en su rostro, concentrada en el sabor de esa gran bola de nieve de tamarindo.

Yo asomaba medio cuerpo en una esquina de la iglesia. Cuando él me vio, alcé el brazo derecho y mostrando el puño, elevé el pulgar en señal de que todo estaba listo. Ya habíamos atado el costal a la cuerda del Pelón y la subía poco a poco.

Benja puso su mano en la espalda de Marisa y le apresuró el paso dirigiéndola hacia la casa de Amelia. Una vez enfrente del domicilio le dijo a su hermana:

—Oye, Marisa, ¿no es ese Gaspar? —señalaba con la mano a lo más alto del árbol.

—No creo —se extrañó por la pregunta—. ¿Qué va a andar haciendo tan lejos? —agregó sin descuidar su helado, su lengua demandaba más de su atención que su vista.

—Pero mira —insistió Benja—, suena como la campana que mamá le colgó en el cuello.

Al escuchar el sonido, la pequeña perdió interés en el helado de tamarindo y volteó hasta el punto en el que se encontraba el enorme gato blanco.

Gaspar empezó a mover de un lado a otro la cola y en lugar de descender, caminaba hacia atrás replegándose a una gruesa rama que le daba protección mientras maullaba sin parar. Y sí, un tintineo la hizo salir del error: era su mascota.

Paco chifló tres veces para que el Zurdo hiciera su parte y la espera inició. Marisa entre sollozos, le gritaba a Gaspar que no se moviera, que se estuviera quieto, que alguien vendría a ayudarlo.

—No te apures, Marisa —Benja hablaba con remordimiento—. Ya pronto vienen los bomberos.

Dejamos a los hermanos al pie del árbol mientras nosotros nos escondíamos detrás de una barda de la casa de Amelia. La pequeña lloraba con un miedo verdadero, como lo haría cualquier niña de seis años si viera a su mascota en peligro. Su mirada no se movía del enorme álamo. Gaspar, en lugar de bajar, continuaba su ascenso, por lo que Marisa lo veía cada vez más pequeño. Nosotros apenas podíamos ver su pelaje blanco desde nuestro escondite. Ocultos donde estábamos el Pelón y yo, él se sobaba el brazo con el que sacó del saco al animal disgustado; no se escapó de varios arañazos mientras procuraba protegerlo de una caída.

Cinco, diez, quince minutos... la espera se nos hizo interminable. La presencia de varios vecinos que se acercaron curiosos empezó a preocuparnos. Ofrecían una ayuda que no estábamos pidiendo. Alguno quiso trepar hasta donde estaba el gato y bajarlo de ahí, pero si evitaban la presencia de los bomberos, nuestro plan se vendría abajo.

—¡No! —Benja habló firme—. Gaspar es nervioso y se ve subir a alguien, seguirá avanzando hasta lo más alto —les aseguraba preocupado—, y eso

sería peligroso para el gato y para el que intente bajarlo. Ya le hablamos a los bomberos —atinó a decirles después—, no tardarán.

El pequeño grupo de mirones convino en que sería mejor dejar actuar a los profesionales. Creo que todos querían ver en acción a los tragafuegos, aunque sólo fuera para bajar a un gato de un árbol.

Benja no soltaba la mano de su hermanita, porque no dejaba de llorar. El plan era dejar a la chiquilla sola ante el enorme álamo, pero su amor de hermano pudo más que la cautela. Se quedó ahí, a su lado, mientras palmeaba su espalda con cariño.

El Rudo hizo su aparición por el otro lado de la iglesia. Caminaba de prisa sosteniendo con una gruesa correa al Satán. En ese momento una sirena sonó a lo lejos. El Zurdo ya estaba entre nosotros, los tres nos fuimos de prisa a la parte trasera de la casa de Amelia, no había tiempo que perder, los bomberos actuarían muy rápido y se irían de ahí. Y, como lo hicimos la vez anterior, el Zurdo sirvió de escalera. Paco trepó sobre él y llegó hasta donde estaba el respiradero del sótano. Mostró la correa al Satán varias veces, hasta que estuvo seguro de que el perro la había reconocido, entonces la dejó caer dentro del tubo. Luego de eso, el Rudo soltó la correa del perro y éste, al sentirse liberado, empezó a correr. Fue a toda prisa hasta la pared, y el Rudo corría detrás de él. Supimos desde que empezó la carrera que subiría la pared de la casa de

Amelia como solía hacerlo en las competencias. El Satán inició la escalada a toda prisa, sus patas lo impulsaban paso a paso de manera enérgica... una, dos, tres zancadas y llegó hasta donde estaba Paco, lo olfateaba y ladraba. Desde abajo veíamos como Paco alzaba los brazos mientras el perro lo rodeaba. Paco se veía asustado, pero el perro no tenía otra intención que buscar la correa, olía el tubo y ladraba sin parar. Paco no necesitó ayuda para el descenso, era tal la emoción, que saltar le pareció sencillo, así lo hizo, se lanzó, cayó y rodó por el pasto. Arriba se quedó el Satán, pero sin miedo a las alturas. Oyó el chiflido con el que el Rudo lo llamaba siempre y se lanzó desde el techo. Los brazos del Rudo no eran muy fuertes, pero estaban listos para atrapararlo y amortiguar la caída. Ambos fueron a dar al pasto ilesos. El Satán no esperó a que lo revisaran, continuó su búsqueda insistente. Se dirigió hacia donde estaba empotrado el tubo, escarbaba la tierra y corría en torno a la pared. Ladraba desesperado. Varios transeúntes se detuvieron a observar aquel espectáculo gratuito.

El rostro de Marisa se iluminó cuando por la esquina de la cuadra vio aparecer el camión de bomberos. La molestia de los oficiales no se hizo esperar. Iban con la expectativa de evitar un fatal desenlace de un suicida, según les dijeron por teléfono.

El Zurdo había hecho la llamada según lo convenido. Bien claro se lo dije:

—Pedirás auxilio para Gaspar González, pero no se te ocurra mencionar que es un gato.

Subiendo la voz para superar el ruido de las mangueras, el comandante quiso saber:

—¿Yo a ti te conozco? —el oficial se dirigió a la pequeña.

Marisa no dejaba de hacer pucheros y de sollozar. Dijo que sí con la cabeza, porque su llanto no la dejaba hablar. Sólo señaló con la mano hacia las alturas en donde se encontraba Gaspar.

—¿Otra vez tu gato? —el bombero no pudo ocultar algo de enfado—, pero qué manía la suya de andar siempre en las alturas.

—Tratamos de bajarlo —mintió Benja—, pero sigue subiendo.

—Ya, tranquila —el hombre de rojo quiso consolar a la niña—. Ni hablar, bajemos otra vez a tu mascota.

El camión realizó las maniobras necesarias para desplegar la enorme escalera, mientras los vecinos, en espera del rescate del gato blanco, observaban atentos los movimientos de los bomberos. Y, como sucedió la vez anterior, el gato fue rescatado con facilidad. Abajo iniciaron los aplausos para esos héroes admirados tanto por chicos como por grandes, pero Marisa era la más emocionada de todos.

Los ladridos del Satán no habían pasado desapercibidos para nadie. Era de pulmones potentes y seguro se escuchaban en todo el barrio, pero hasta ese momento, no era más que un simple perro molesto e insistente.

Después de poner al gato en los brazos de la pequeña, los bomberos se estaban despidiendo cuando el perro del Rudo corrió en torno a la casa y tuvieron a la vista al imponente *pit bull*. Todos quedaron impresionados con su presencia. Hasta los bomberos detuvieron la marcha del camión para verlo a detalle. Un perro como ese atrapaba la atención de cualquiera: el tamaño, la energía y la decisión con la que iba de un lado a otro; más en ese momento que ladraba como enloquecido.

El plan estaba funcionando, varios bomberos contemplaban al Satán. Eran las cuatro y media; Amelia estaba en sus clases de ballet y el general estaba a punto de llegar de su práctica de tiro.

El jefe de los bomberos descendió del camión, se acercó a la reja y nos gritó:

—¡De quién es ese perro tan formidable! — mientras abría la puerta del jardín.

—¡Mío! —el Rudo habló con orgullo—, pero no sé qué le pasa.

Por un momento pude ver como el oficial veía al Rudo de arriba abajo.

—¿Aquí vives tú?

—No, yo sólo paseaba a mi perro por el barrio

y se metió hasta aquí como loco, no me obedece —trataba de convencer—, yo creo que olfateó algo, porque mi Satán está entrenado para hallar cosas, casi es seguro que algo sospechoso encontró.

Mientras el Rudo conversaba con el oficial, el perro rasgaba la tierra en diversos puntos. Iba de aquí para allá, hurgaba y olfateaba con insistencia. El oficial lo observaba con atención y se rascaba la cabeza con desconcierto.

Esa era la escena cuando un auto paró en frente de la casa. Era el general Mancinas.

LA FUGA

El general descendía de su elegante Valiant negro y mis ojos no parpadeaban. Mi mente grababa sus movimientos, pero sobre todo su mirada. Todos guardábamos silencio, un silencio que dejó al descubierto los ruidos de la colonia, mientras él caminaba lento por la banqueta. Abrió la puerta de su reja y se detuvo a observarnos de derecha a izquierda. La incomodidad del momento no le importó al Satán, porque desconocía de títulos y rangos que le impidieran seguir ladrando.

—¿Acaso hubo un incendio aquí mismo? —la mirada del general recorrió todo el espacio hasta detenerse en el camión de los bomberos.

—No, general, fue una llamada para un rescate —respondió con formalidad el comandante, pero sin entrar en detalles.

La intolerancia del general estaba a la vista. El oficial debió suponer que no le caería en gracia la historia de Gaspar González.

—¿Puedo saber entonces qué es lo que hacen en mi casa? —su molestia era tan clara que el Rudo se movió rápido hasta donde estaba el Satán. En pleno esfuerzo por sujetar al perro estaba, mientras el general veía fijo al enorme animal que estropeaba su jardín. Tras varios jaloneos, la correa fue prendida en el collar.

—Me va a disculpar, general, pero el perro se encuentra en una búsqueda sospechosa y debemos permitirle que la complete —el comandante de los bomberos se veía firme.

—El chico dice que tiene entrenamiento y, por la energía con la que se mueve y la insistencia con la que busca en el mismo espacio, creo que se trata de algo serio.

—¡Qué serio ni qué demonios! —el rostro del general se encendía—. ¡Salgan inmediatamente de mi propiedad o llamaré a la policía!

—No se preocupe, comandante —Paco se dirigía al bombero—, nosotros ya nos vamos —aunque con discreción le guiñó un ojo al Rudo.

Iniciaron su retirada más que lenta hacia la salida, tirando entre los dos del perro que insistía en regresar.

Algunos vecinos empezaban a dispersarse. Benja tomó de la mano a Marisa y la condujo hasta un recoveco de la cerca y le dijo que de allí no se moviera, que él volvería por ellos. La pequeña abrazaba fuerte a Gaspar. Estaba asustada al escuchar las maldiciones que soltaba el general mientras, con enormes pasos, llegaba hasta la puerta de su casa. Desesperado agitaba sus llaves, era clara su necesidad de desaparecer del lugar.

Sin embargo, en el momento en el que el general giró la manija, Paco le dijo al Rudo con voz ahogada:

—¡Ahora!

Nosotros vimos como el broche de la correa golpeaba la banqueta y el Satán iba a enormes zancadas hacia la entrada. Más tardó el general en empujar la puerta que el perro en estar adentro.

—¡Saquen a este maldito animal de mi casa! —gritaba el general mientras se encaminaba a toda prisa hacia el teléfono. Con una mano sostenía el auricular y con la otra marcaba los números en el teléfono. Lo hacía de manera tan brusca que delataba su ansiedad al buscar la ayuda que no podría encontrar en ningún sitio.

—¡Sí, sargento aquí en mi casa...! —escuchábamos a trozos la conversación—. ¡Ahora mismo... dese prisa, o sus superiores sabrán de su ineptitud! —fue lo último que dijo para estrellar la bocina del teléfono contra su base.

—¿Por qué lo soltaste? —sus gritos empezaron a asustarnos a nosotros, porque recordamos las armas, la historia de ese hombre y temimos por la vida del Satán... y por la nuestra.

Mientras él gritaba, el perro se sostenía en dos patas apoyándose rabioso en la puerta de su oficina. En otras circunstancias el Satán estaría más que divertido, pero después de tan prolongada búsqueda ya se le veía molesto. Estábamos cerca, a menos de que ese hombre intentara lo peor contra él. Las armas estaban adentro, sólo nosotros lo sabíamos y eso nos daba un tiempo.

Los seis veíamos el sudor en el rostro del general. Su color se mantenía rojo, encendido y varias líneas de sudor corrían por su frente. Quizá porque nos acercábamos a su secreto; era su casa, podría ser su hijo, pero la libertad de ese ser humano no le pertenecía.

El ambiente que se respiraba en la sala era tan incómodo que pensamos que había llegado a su punto más incómodo cuando Amelia entró por la puerta. Nuestra bella pelirroja llevaba su mochila a la espalda. No comprendía el escándalo que había en su casa. El general no hizo caso de su presencia y nadie se ocupó en darle explicaciones. Todo avanzaba con la velocidad que nosotros deseábamos.

—¡Abra la puerta, general! —dijo el comandante con voz firme y fuerte.

Era seguro que el bombero conocía la superioridad del rango del general respecto al suyo, pero ahí las cosas alcanzaron un modo diferente. Aquella discusión se volvió cosa de hombre a hombre. El comandante se veía decidido, tal vez no le haya importado enfrentar cargos por ello.

—¡Se largan de mi casa ahora mismo o no respondo de mis actos, es un allanamiento sin orden judicial! —se le acercó amenazante—. Cosa que por supuesto no puede presentar ningún bombero.

—¡Le exijo que abra la puerta! —sin intimidarse insistió el hombre de rojo dando un paso más hacia

el militar—, si la vida del barrio está en peligro por algo que se encuentra oculto en esta casa, tengo el compromiso de salvaguardar la integridad de todos.

—¡Sólo es mi oficina!, la uso como armería, por seguridad debe mantenerse cerrada —trató de aparentar una tranquilidad que no sentía—. ¡Ahí no hay nada que ponga en peligro a nadie! Ustedes deben irse de aquí, no hay riesgos, ¡entiéndanlo!

El diálogo se realizaba en medio de los ladridos del Satán quien insistía en abrir la puerta. En ese momento se oyó una sirena que provenía de la calle. Aún sin verla, supimos que era la policía.

Dos oficiales entraron a la casa precedidos por el sargento Urbina.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —dijo exaltado mirando en ambas direcciones: ya al general, ya al comandante.

—¡Abra, general! —sostenía el comandante ignorando la pregunta del sargento—, en este momento le aviso que sospecho de la existencia de explosivos en su casa y es mi deber actuar en consecuencia: ¡Abra su oficina!

«¿Explosivos?», pensé yo... de dónde sacaba eso el comandante. Busqué con la mirada a mis compañeros, todos se veían tan sorprendidos como yo. También Paco debió sentirse orgulloso de ese hombre. El sargento de la policía mostró una expresión de rabia, pude darme cuenta de que, aunque no le

agradara, tal vez pensó que el comandante podía tener razón. Quizás pudo saber desde antes del historial del general.

—Abra la puerta, general, le aseguro que me haré cargo de que esto no pase a mayores.

—¡Cómo demonios! ¿Es todo lo que va a hacer, sargento? —la molestia del general iba en aumento. Lo vimos acorralado.

El general se acercó a la puerta, sus manos se veían temblorosas, nervios tal vez, o rabia. No encontraba la llave precisa entre un manojo de ellas. Aún me extraña que aquel circo que armamos haya forzado al general. Tal vez rogaba al mismísimo Belcebú que la búsqueda parara ante los rifles. La puerta terminó por abrirse luego de los golpes que daba el Satán con ambas patas delanteras.

Uno, dos, tres, cuatro segundos le bastaron para empezar una batalla sin resistencia con el óleo del general. La obra se balanceaba mientras él rasgaba con sus patas el lienzo. En ese oscilar estaba, cuando dejó al descubierto el margen de una puerta que nosotros ya conocíamos.

—¿Otra puerta? —el comandante de los bomberos se veía intrigado—. O se arriesga usted sargento, o lo hago yo, pero esta puerta tiene que abrirse. Observe el arsenal que pende de las paredes de esta habitación, ¿qué se ocultará tras esta puerta? No voy a permitir que en una zona de viviendas familiares haya el riesgo de cualquier explosivo que

ponga en peligro la vida de la comunidad. Es evidente que ahí se oculta algo ilícito.

Todos los que veíamos atentos la insistencia del Satán sobre la pintura, nos giramos en espera de la respuesta del general, pero sólo encontramos a Amelia en el quicio de la puerta.

¿Y el general? Su desaparición de la escena hablaba de su culpabilidad, aunque de todos, sólo nosotros seis podíamos entender el porqué de su fuga. Los oficiales empezaron a buscarlo en las habitaciones de la casa, pero no apareció por ningún sitio. Sólo nosotros sabíamos que Amelia era su hija y, con el cuidado que el momento permitía, Paco le preguntó:

—¿Y tu papá, Amelia?

Tenía los ojos llorosos, sus labios temblaban y no obteníamos más que su silencio, un silencio que hablaba de su angustia y de su miedo.

—¿Dónde está tu padre, hija? —insistió el comandante.

Amelia se limitó a señalar con el dedo hacia la salida, mientras el puño que formaba con la otra mano era mordido con nerviosismo. Su expresión era la de una niña desamparada.

—Ni hablar, sargento, su ausencia delata el peligro que aquí se oculta. Proceda.

—Es la casa del general, debemos esperar a que aparezca —la sumisión de la policía, molestó al bombero que siguió negando con la cabeza.

—Yo respondo por los cargos, sargento, abra la puerta.

El sargento Urbina arrugó la frente, pero indicó a otro de los oficiales que la derribara.

El descenso del grupo se realizó con el perro adelante, a quien no lo limitaba la oscuridad que había en ese sótano. Encontramos la segunda puerta, giraron la perilla y, como aquella vez, se abrió sin dificultad. Entonces el Satán, con veloces saltos llegó al piso oculto, olfateó presuroso hasta encontrar la correa debajo de la boca del tubo delator: había completado su búsqueda.

Todos los adultos contemplaban al perro confundidos, mientras éste, sostenía en el hocico los restos de la vieja correa de su amiga. Le escurría una baba abundante, había sido una excursión más intensa que de costumbre. Su pequeño rabo se movía enérgico de un lado a otro hasta hacer temblar su cadera. Su empeño resultó todo un éxito, pero los que lo contemplaban no parecían satisfechos.

—¿Una correa? —el comandante se rascaba la cabeza.

Pero fue la linterna del sargento Urbina la que se deslizó hacia otro lado del sótano y el desconcierto aumentó.

Ahí estaba la jaula que resguardaba un espacio pequeño, dos metros por lado tal vez, y dentro de ella, en el rincón, pudimos ver de nuevo, más que aturdido, al niño con sus manos en las orejas tra-

tando de eliminar el ruido. Estaba asustado por el escándalo de nuestra entrada.

Del primer encuentro hasta ese día habían pasado ya dos semanas, pero las condiciones eran las mismas: oscuridad, fetidez, inmundicias y el pequeño, que ese día era el centro de todas las miradas.

—¡Esto es peor de lo que esperábamos! —se indignó el comandante—. ¿O no le parece sargento?

El oficial se encontraba asombrado ante el hallazgo, sólo atinó a aceptar con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber el comandante al dirigirse al pequeño en cautiverio, pero por respuesta sólo recibió algunos jadeos y gruñidos.

—¡Este encierro no es de unos cuántos días! —aun con la escasa luz del cuarto, pude ver como las venas de su cuello estaban tensas y sus ojos se llenaban de una ira distinta a la que le había visto en sus anteriores disputas con el policía.

El nivel del sargento empezó a ganar altura cuando, sin que nadie se lo pidiera, inició labores para botar la cadena que mantenía cautivo al chico.

Después de varios intentos, el candado fue abierto y nuestra alegría aumentó. Primero trató de entrar el sargento y los gruñidos del prisionero se hicieron más fuertes, todos nos pusimos tensos ante la respuesta del cautivo. Lo mismo pasó cuando el comandante puso un pie en la jaula, pasaron varios segundos en los que ninguno de los que ahí estábamos pudimos reaccionar. El Rudo sujetaba

por el collar al Satán, que por su parte no tenía otro interés que mantener la correa colgada en su hocico.

Fue Benja quien dio el primer paso. Traspasó la puerta de hierro con cuidado. Ahí estuvo un momento en espera de la reacción del pelirrojo. Y el niño pareció calmarse, nuestro amigo avanzó hacia él muy despacio. Yo de verdad creo que la magia surgió, porque entre iguales nos entendemos, y ambos eran tan jóvenes. Tal vez el sargento y el comandante le recordaban a su carcelero.

Cuando Benja se sentó con cuidado en el camastro desarreglado y maloliente, puso una mano en la espalda del niño y lo empezó a consolar. Una risa estúpida le brotó y todos nos estremecimos, ahí estaba otra vez esa felicidad absurda. Benja no dejaba de palmear su escuálida espalda. Pasaron unos minutos en espera de la calma del alterado jovencito. Una vez recuperada, el comandante le dijo en voz baja:

—Sostén sus hombros con las dos manos y trata de levantarlo lento —así lo hizo nuestro amigo y aquel cuerpo frágil temblaba mientras reía al ser levantado. Con sus manos tocaba su rostro y las llenaba de baba, para después, sin proponérselo, dejarla sobre los brazos de Benja. Si antes sabíamos de su bondad, ese día no quedó duda de su compasión.

Descalzo, semidesnudo y con inmundicia pegada a su cuerpo, inició una marcha torpe hacia la

salida acompañado por Benja. Iba a empezar el ascenso por la pequeña escalera del sótano, cuando la vimos obstruida por una silueta en la puerta. Las luces de las linternas se posaron en un rostro, era Amelia, seguía llorando y con el miedo en sus ojos.

—¿Quién es? —habló ella casi en un susurro.

—No lo sabemos —dijo el comandante adelantándose en el grupo para atenderla. Puso una de sus manos en el hombro de Amelia y, sin palabras, la invitó a volver a la oficina.

El crujió de los escalones despertaron de nuevo esa risa extraña en el niño. Algunos sonreímos ante su reacción fuera de la jaula, pero el Satán ladró tan fuerte que el pelirrojo empezó a gritar y manoteaba soltándose del cuidado de Benja. Casi pierden el equilibrio en los escalones. Gracias a que el sargento iba detrás de ellos se evitó una caída desastrosa. Siguieron avanzando.

Benja llevó al chico hasta la sala, el grupo de rescate lo rodeamos. Pienso que todos nos hacíamos mil preguntas al ver la condición en la que se encontraba, pero yo también me preguntaba... ¿qué pasaría con Amelia?

LA LUZ DEL DÍA

¿Cómo percibe la vida un cautivo? Yo no podía imaginar la vida de ese niño. Su mundo estaba limitado por cuatro paredes. Sus días avanzaban en la oscuridad más profunda hasta formar semanas, meses y años. Más allá de eso, tal vez llenó su tiempo con las fantasías de su mente extraviada. La humanidad se le presentó en el cuerpo y en la maldad de un hombre, el que debía darle cariño y protección, el que suponíamos su padre.

Quizá sus placeres se limitaban a sentir la libertad de su respiración; a llenar ese vacío en el estómago con algunos alimentos; a lograr el descanso que le brindaban sus evacuaciones; a disfrutar el trasparente deleite de beber el agua; a tener derecho a otro mundo gracias a la delicia del sueño liberador. A eso se reducía su vida en esa celda inmunda, pero esa tarde vimos reflejado en su rostro, aun en su escasa conciencia, las maravillas de la vida.

Sus ojos se detuvieron en los árboles. Debieron ser para él unos gigantes de mil brazos cubiertos de un ropaje verde que temblaba con el viento, detuvo su andar y buscó con su mirada la punta. Cuando sus pasos perdieron el equilibrio y se desvió de la banqueta, sintió la suavidad del pasto bajo sus pies descalzos y una risa extraña volvió a brotar

de su garganta. Más allá de su camastro, nunca debió sentir algo así de blando, fresco y maravilloso.

Su mirada cambiaba de dirección descubriendo el día. Era mucho para su historia. El cielo algonado de esa tarde robó su atención por un momento. ¿Qué era aquello tan amplio, tan azul y tan lejano?, debió preguntarse. Hubo en ese momento un ligero viento y el chico cubrió sus delgados brazos uno con otro y volvimos a notar lo frágil que era.

La multitud que lo rodeaba era otra maravilla al alcance de sus ojos, en su mundo sólo existían dos seres: él y su carcelero. En esos descubrimientos estaba, cuando sus fosas nasales empezaron a moverse ansiosas, tal vez sintió el dulce aroma de las rosas y las violetas, eso lo hizo sonreír de nuevo.

Todos estábamos atentos observando sus reacciones en el mundo exterior cuando llegó la ambulancia.

—Lo primero es revisar la salud del muchacho en un hospital —el comandante hablaba ansioso—, es muy penoso su estado físico. Hay que determinar su condición mental y obtener la mayor información posible de este jovencito.

Pero las sorpresas no se terminaban esa tarde para mí. Mi madre se acercaba a nosotros por la banqueta del jardín. Había llegado a la casa del general cuando el pelirrojo caminaba sorprendido por el jardín y lo conducían los paramédicos hasta hacerlo subir a la ambulancia.

—¿Qué haces aquí, mamá? —me acerqué a ella al verla entre lo que quedaba de aquel jardín estropeado.

—¡Marisa llegó a su casa llorosa y cansada cuando yo estaba ahí! Contó algo de lo que había visto y supe que tenía que venir de inmediato.

—¡Marisa!

Gritó Benja y volteó adonde la había dejado, y, por supuesto, no estaba. No dijo más, montó su bici y salió a toda carrera. Su padre se la confió, y ella y Gaspar habían regresado solos; eso le traería serias consecuencias.

—¿Qué sucedió aquí? ¿Quién es ese niño?

Supe que haría muchas preguntas, pero sólo le dije:

—Lo encontramos en el sótano, el general lo tenía encerrado en una celda.

Hubiera dado todos mis ahorros por conocer sus pensamientos. Pobre mamá, pensé en la desilusión que eso le ocasionaba.

—Te contaré todo en casa, ahora queremos saber qué pasará con Amelia.

—Y... ¿su papá? —dijo con varias líneas en la frente.

—Mmmm... ¡se fue, y nadie sabe dónde está!

Al decir eso, sentí pena por ella. Se había equivocado de hombre.

Nuestra Amelia estaba sentada en el primer escalón de su casa y, fuera de nosotros, nadie parecía

pensar en ella. Nos sentamos a su lado en silencio.

Mi madre se acercó a los oficiales que se encontraban cerca:

—Soy la mamá de René, el niño de cabello negro y playera azul —le dijo mi madre—. ¿Podría saber qué pasará con la niña? Amelia, se llama, están preocupados por ella.

—Tendrá que ser colocada en un refugio temporal —el tono del sargento era incómodo—, mientras damos con un familiar.

Amelia parecía estar fuera de este mundo. Había dejado de llorar, pero estaba callada, ausente.

—Primero que nada, creo que será llevada a la comandancia para recoger algunos datos —el comandante de los bomberos se dirigió a mi madre—, es el único miembro de la familia presente y todo el procedimiento tendrá que llevarse a cabo.

—¡Pero es apenas una niña, y vea usted lo asustada que está! Permítame ir con ella, espero que no tengan inconveniente.

—Nosotros también iremos —dijo Paco poniéndose de pie y todos nos paramos a un lado de él.

—Sí, nosotros vamos con ella —no íbamos a dejar a nuestra amiga y a mi madre con el sargento que aún no se ganaba toda nuestra confianza.

Al acercarse a Amelia, mamá se colocó en cuclillas frente a ella, tocó con cuidado su cabello y luego la abrazó.

—Yo voy contigo. No te preocupes —luego la

tomó de la mano, ella seguía sin decir palabra. Ambas se dirigieron a la patrulla que las esperaba y antes de subir nos dijo—: Yo cuidaré de ella, no se preocupen.

Los bomberos hicieron los movimientos necesarios para salir de esa calle angosta, eso parecía ser complicado porque estaba repleta de curiosos. Entre ellos estaban los niños recién salidos del catecismo, varios vecinos y gente que pasaba por ahí. Todos observaban con atención el hecho.

Nosotros fuimos por nuestras bicicletas y rodamos veloces hasta el hospital a donde habían llevado al pelirrojo, de ahí a la estación de policía. Esa tarde quedaría grabada en nuestra memoria para siempre.



UN DESCUBRIMIENTO

La banca de Amelia quedó vacía, nadie volvió a ocuparla; esperábamos su regreso. La maestra explicó un poco lo sucedido en casa de los Mancinas y los compañeros hicieron mil preguntas que, por supuesto, no podía responder. Fuera de hablar de los derechos humanos, no logró decir nada sobre lo que le esperaba al chico, a Amelia y a su padre.

Ellos hablaban mientras nosotros seis guardábamos silencio. Conocíamos más de la historia que cualquiera en el grupo, pero también, creo yo, éramos quienes más queríamos a Amelia. Lo que le estaba pasando no nos dejaba hacer de su historia un tema de discusión.

Los días siguientes avanzaron con una claridad distinta, sentía que a la luz del día le faltaba algo de brillo. Pedaleaba con más fuerza. Ponía más atención a lo que veía en la calle. Mis oídos se mantenían alerta. Me sentía más fuerte o... debía ser más fuerte.

Veía la ciudad distinta. Me sentía inseguro entre la gente. No todos los padres querían y cuidaban a sus hijos, ni la ley podía castigar siempre a los que se atrevían a romperla.

Aunque la experiencia del rescate me dio algo que no tenía, también me robó otras cosas. Ya no

era el mismo de antes, el René confiado de semanas atrás. Mi madre me dijo una de esas noches en las que no podía conciliar el sueño:

—¿Qué tienes?

Yo me acerqué a ella y le dije:

—No sé. Siento como un hoyo aquí arriba en el estómago —ella me abrazó fuerte.

—Me puede que a tu edad hayas visto lo que pasó en casa de Amelia —me dijo mientras me tomaba por los hombros y me veía a los ojos—, ahora sabes que no toda la gente es buena —y volvió a abrazarme—, pero no olvides que, aun así, en el mundo existen personas valiosas.

Yo la miré en silencio y no agregué nada, pero pensé que sí, que había gente como mi familia y mis amigos y la abracé fuerte.

Después de esa plática, traté de ver las cosas como eran antes. Intentaba imaginar lo que Amelia estaría sintiendo, eso le quitaba fuerza a mi deseo de ver de nuevo los días con brillo. Ella nunca imaginó que “eso” de que le hablábamos era su hermano, del que jamás tuvo noticias.

Se supo quién era ese chico hasta varios días después de realizadas las investigaciones. Se dio con el paradero de una hermana de la madre de Amelia a través del ejército, quien no se rehusó a cooperar con la policía de la ciudad. Fue citada a

comparecer ante las autoridades de Gardea para dar información sobre el caso.

La tía de Amelia habló de la ausencia de su hermana desde hacía mucho tiempo... quizá doce años. Ella sabía de la existencia de un hermano mayor que Amelia, pero desde el nacimiento de ese niño, el general fue evitando la convivencia con el resto de la familia hasta que el trato se volvió casi inexistente, de no ser por algunas llamadas de su hermana, se hubiera reducido a nada.

En uno de sus intentos por localizar a su hermana, fue él mismo quien, por teléfono, le contó de la partida de su mujer. A decir de él: ella se había marchado con Efraín, el mayor de sus hijos, cuando la pequeña Amelia apenas tenía un año.

Haciendo cuentas, entonces el pelirrojo, Efraín, era un adolescente con escaso desarrollo, tal vez por las condiciones en las que había vivido durante todo ese tiempo. La tía de Amelia pensaba que su hermana se había fugado tratando de rescatar al chico que más la necesitaba, porque, aunque nadie se atrevía a decirlo, él tenía un retraso evidente.

La tía había sabido, por confidencias de su hermana, del deseo del general de recluir al pequeño en un lugar para darle cuidados especiales y, por supuesto, un sitio de probada discreción, aunque nunca no lo encontró a la medida de sus deseos; pero para la tía no encajaba en la historia el abandono a su pequeña hija, una bella y sana pelirroja.

Yo no escuché esa historia de boca de esa mujer. Fue el diario local el que se encargó de esparcir los datos por toda la región. No siempre sucedían cosas como esas en Gardea, y los periódicos, desde los locales hasta los de trascendencia nacional, encontraron la historia de Efraín Mancinas digna de ser contada.

Los diarios abrían una gran interrogante, si Efraín había estado todos esos años recluido en el sótano de la casa de la familia: ¿dónde estaba su madre?

MEDALLA AL MÉRITO

Otra noticia que ocupó las ocho columnas en los periódicos locales, fue la del reconocimiento que se haría por el rescate. La ciudad entregaría la medalla al mérito por el salvamento de una vida. Nosotros estábamos más que felices por eso, aunque la ausencia de Amelia en la escuela ensombrecía el logro.

Esa vez hasta el Rudo quiso vestir lo mejor posible, por ello mi madre estuvo pendiente de los detalles para todos. Entre sacos y pantalones, camisas y corbatas, de aquí y de allá, se armaron trajes adaptados lo mejor que se pudo para nosotros y para los de La Candelaria, que, desde hacía algún tiempo, habían unido su triángulo amistoso con el nuestro.

La premiación se realizaría en el cinema de la ciudad. A un lado de la enorme pantalla colocaron arreglos con flores moradas y amarillas. Luego de escuchar a la banda de la ciudad estuvimos dispuestos a ver cómo colocaban la medalla a quien se consideraba el héroe del momento.

Diferentes autoridades estaban ahí. Un gran número de habitantes de Gardea también acudieron a presenciar el reconocimiento que esa tarde iba a hacerse. En esa ocasión sí vi que la familia del Rudo estaba en primera fila, incluyendo a su pa-

drastro. La mamá del Zurdo vestía como cualquier mamá y llevaba sujeta aquella melena rosa. La familia del Pelón se presentó completa, hasta llevaron a la madrina. Los González llegaron desde temprano, Marisa y Rocío querían ocupar uno de los primeros lugares. Y, por supuesto, mi familia estaba conmigo. Mi madre sabía lo que para nosotros significaba ese momento, lo vi en sus ojos y lo sentí en la manera de pasar su brazo sobre mis hombros.

Yo hubiera querido ver en la fila del frente al chico pelirrojo, pálido y vestido con algún traje. Verlo tomado de la mano de su hermana, ver su felicidad en el rostro, aunque su postura no fuera del todo formal, se impresionaría con lo que ahí sucediera y haría grandes aspavientos. A su izquierda se encontraría su tía que, después de todos los trámites, sería la tutora legal de los hermanos. A la derecha del pelirrojo vería a nuestra Amelia, quien amorosa, a pesar de la tristeza y descubrimientos de esos días, nos saludaría contenta.

Así hubiera querido que fuera esa tarde de premiación, pero no, Amelia no estaba allí y su hermano menos. Poco sabíamos de ellos. Después de sacar de mi mente esa fantasía, pude ver que los bomberos estaban a la izquierda de la mesa de honor, y a la derecha las autoridades de la policía de la ciudad.

La esposa del alcalde sostenía en sus manos una medalla brillante, mientras él, con una voz

profunda y solemne, hablaba del espíritu de perseverancia, solidaridad y arrojo para estar dispuesto a dar todo por las personas en peligro. Seguido de eso, invitaron al frente al Satán. Lo llamaron el ilustre personaje de la tarde, y con todos los honores lo nombraron nuevo miembro del equipo de rescate del cuerpo de bomberos. El perro subió conducido por su dueño: Isaías Hernández, quien participaría en los entrenamientos.

El Satán caminaba feliz, poco sabía de lo que se trataba aquello, pero igual se quedó quieto cuando le colgaron la medalla. Enseguida la grandiosa banda de la ciudad tocó: *Guadalajara*, *Cielito lindo* y *Allá en el rancho grande*, para terminar con una Diana. Sonaron rítmicos los tambores y las trompetas, los timbales y los trombones y los brillantes choques de platillos. Ese espectáculo le dio un final alegre y patriótico a nuestra aventura en el barrio de La Candelaria. Nosotros nos sentíamos felices, sabíamos que sin el Satán el rescate no habría sido posible. Los cinco nos colocamos en los escalones del foro haciendo una pequeña valla de respeto a nuestro maravilloso can; de ahí en adelante, elemento importante en otros salvamentos.

PRIMER AMOR

Fue una semana después de la medalla que nuestras guardias en el hospital dieron fruto. Ni el abrasante sol de los últimos días de junio, ni la mirada curiosa de los pacientes que iban llegando, nos alejaron de la puerta del hospital. Hasta que vimos llegar a Amelia con una señora. Pensamos que era su tía de la que tanto habían hablado los periódicos, porque su cabello era rojizo, sus ojos color miel y tenía el rostro cubierto de pecas como las de Amelia.

Se detuvo al vernos, le sonrió a su tía y le dijo:

—Aquí me quedo un rato.

La señora le palmeó la espalda y nos sonrió antes de entrar al hospital. Los seis la tuvimos de frente y pudimos ver su tristeza que, aunque no era la de semanas atrás, aún se le veía apagada.

El hospital tenía un jardín al lado izquierdo de la entrada principal, ahí pudimos platicar. Lo difícil fue encontrar en ese momento las mejores palabras para no lastimar la herida.

Benja fue el primero en hablar:

—Todos en la escuela te extrañamos.

Ella bajó la mirada mientras sus mejillas se mojaban.

—Hoy es cuando nos vamos de Gardea, parece que no voy a volver.

—Podrías quedarte —le dije yo—, sabes que mi mamá te quiere mucho y en casa tenemos espacio.

Amelia sonrió y cruzó sus brazos como si tuviera frío, pero era una tarde sin asomos de frescura, al contrario.

—Amelia, cómo quisiera que las cosas no hubieran terminado así —le dijo Paco—, tú sabes que nosotros sólo estábamos buscando una historia de terror para poder contar en el barrio, pero las cosas se convirtieron en esto que nunca imaginamos, ¡perdónanos!

Fue Paco, nuestro líder, quien lloró frente a ella.

—No tengo que perdonarles nada —aclaró con apenas una sonrisa en su rostro—, a ustedes les debo tener hoy un hermano.

—¿Y tu papá? —preguntó el Rudo.

Todos nos quedamos en silencio, movíamos inquietos los ojos llevándolos de un lado hacia otro.

—Parece que me he quedado sin padre de repente; todos creen que salió del país. Ha sido mucho el escándalo para dar la cara... y el delito, ni se diga. ¡Ahora entiendo tantas cosas pasadas!

Y volvimos al silencio. De repente su cara se llenó de felicidad:

—¡Ahora ya tengo a mi madre!

—¡Sí, tu tía será como una madre para ustedes!

—Benja asentía con la cabeza.

—¡No! —y sonrió de verdad contenta—. ¡La en-

contraron! Ahora sabemos que estuvo todos estos años en una ciudad de la frontera —contaba entusiasmada—. Papá la tuvo encerrada en un hospital —y su rostro se ensombreció de nuevo, e inclinó la cabeza—, pero parece que podrá mejorar en otro lugar, en familia, eso han dicho los médicos —en sus ojos brillaba la esperanza.

Aunque queríamos conocer la historia completa sobre la búsqueda para encontrar a la esposa del general, hasta dar con ella en ese sanatorio, usamos la prudencia que nunca imaginamos poseer y la dejamos hablar sólo a ella.

—Mi hermano y yo seremos algo bueno para que vaya saliendo de ese silencio que la mantuvo fuera de la realidad, tal vez lo hizo para que le doliera menos. Saldrá de allí y empezará a recuperarse junto con mi hermano.

Paco quiso saber más sobre eso:

—¿Y a dónde se van?

—Viviremos en casa de mi tía, lejos de aquí. Es un lugar en el campo; dicen que esa tranquilidad nos servirá a todos para empezar de nuevo.

Deseábamos platicar mucho más, queríamos que ese círculo de amistad que la rodeaba la mantuviera con nosotros, pero la charla fue breve y ella estaba a punto de irse.

De la puerta del hospital vimos salir al hermano de Amelia acompañado de su tía. Avanzaba con pasos lentos e inseguros, con la mirada perdida

pero la sonrisa en los labios. Era otro: limpio, vestido y tranquilo. En la salida del hospital se encontraba una pequeña escalinata que presentaba un verdadero reto para que Efraín la bajara.

Benja se alejó de nosotros, fue hacia él y lo tomó del brazo, como el día cuando le ayudó a salir de aquella celda de horror. El chico se sujetó de ambos lados y, sin dificultad, fue bajando uno a uno los escalones.

Todos supimos que el momento de separarnos había llegado. Ella nos tomó de la mano a cada uno para decir, por último:

—Hubiera sido bueno seguir con ustedes, créanme, me hubiera esforzado con la bicicleta —entonces guiñó un ojo—. Gracias por querer ser mis amigos, pero, sobre todo, gracias por la libertad de mi hermano y de mi madre. Ojalá un día nos volvamos a ver.

Ninguno de nosotros pudo hablar mientras ella se retiraba del grupo para ocupar el lugar de Benja apoyando a su hermano, nosotros la seguimos hasta la calle.

Una vieja *Rambler* azul cielo estaba estacionada frente al edificio. Amelia subió a ella después de darnos un beso a cada uno y decirnos adiós. Yo sentía un hueco en el estómago y no era de hambre.

Vimos cómo se alejaban, mientras ella agitaba la mano a modo de despedida. La podíamos ver a través de la ventanilla trasera hasta que el vehículo dio vuelta y se internó en la avenida principal rumbo a la salida de Gardea.

Ahí nos quedamos nosotros, con los brazos caídos y el corazón roto. Tuvieron que pasar algunos momentos para que reaccionáramos ante su despedida.

La actividad en el hospital no se detuvo luego de su partida y el ruido de una ambulancia hizo que nos estremeciéramos. Sólo nos movimos de allí cuando otro vehículo se estacionó en el espacio que había dejado la camioneta al marcharse.

Paco era el único que declaró su deseo de conquistarla, pero yo estoy seguro que Amelia fue el primer amor de los tres, y no me equivocaría al decir que llegó a serlo también de los Rudos, porque el Pelón y el Zurdo tenían los ojos rojos e Isaías no despegaba la vista del suelo. Doce años tenía yo ese verano cuando conocí a la pelirroja que no llegaría a olvidar jamás, pero la liberación de su hermano hacía que doliera menos su despedida.

Los seis subimos a las bicicletas y nos fuimos a rodar calle abajo. Pensaba que pedaleando sacaría la tristeza de mi cuerpo. Avanzábamos rumbo a la laguna cuando el sol se iba ocultando. Al final de la tarde sólo queríamos hacer una cosa: lanzar piedras al agua.

DE REVERSA...

ANTES DE RODAR hasta la laguna para tirar esas piedras al agua y olvidar que nos sentíamos tristes...

... ESTUVIMOS A MEDIA CALLE, viendo cómo se alejaba esa vieja *Rambler* azul, donde, desde su ventanilla trasera, se asomaban el rostro colmado de pecas y la cabellera roja de Amelia, mientras nos decía adiós...

... LUEGO DE DEJAR EL HOSPITAL del que salió su hermano; igual de rojo, igual de blanco, pero babeando y con paso torpe...

... ESTUVO AHÍ MÁS DE UNA SEMANA, después de la fuga del general, su padre...

... QUIEN LO TUVO ENCERRADO en aquel sótano pestilente, tal vez por mucho tiempo, años quizá...

... DE DONDE SALIÓ SUCIO, flaco, pálido, con los cabellos en desorden y las uñas muy largas...

... PERO SI SALIÓ DE AHÍ, fue gracias a nosotros, a nuestros planes, en los que, sin Gaspar, el gato blanco de Benja, y el Satán, el enorme pitbull del Rudo, no lo hubiéramos logrado, y, por supuesto, ahí estuvieron nuestros mayores aliados: los bomberos de Gardea...

... ENCONTRAMOS A ESE CHICO en aquel sótano, entre rejas e inmundicias, vimos sus pecas en el rostro, y el pelo que, aunque sucio, dejaba ver que era rojo...

... TODO LO EMPEZAMOS A PLANEAR en secreto para tener la gloria del rescate, aquel día que entramos sin permiso a la casa de Amelia, porque queríamos averiguar por qué se escuchaba aquello que un día nos dio miedo, y porque cuando uno es niño, las aventuras no pueden rechazarse...

... JUNTAMOS NUESTRO TRIÁNGULO al del Rudo para poder entrar sin miedo a La Candelaria, buscando “eso” que un día nos asustó...

... LUEGO de que ofrecimos nuestras bicis en prenda...

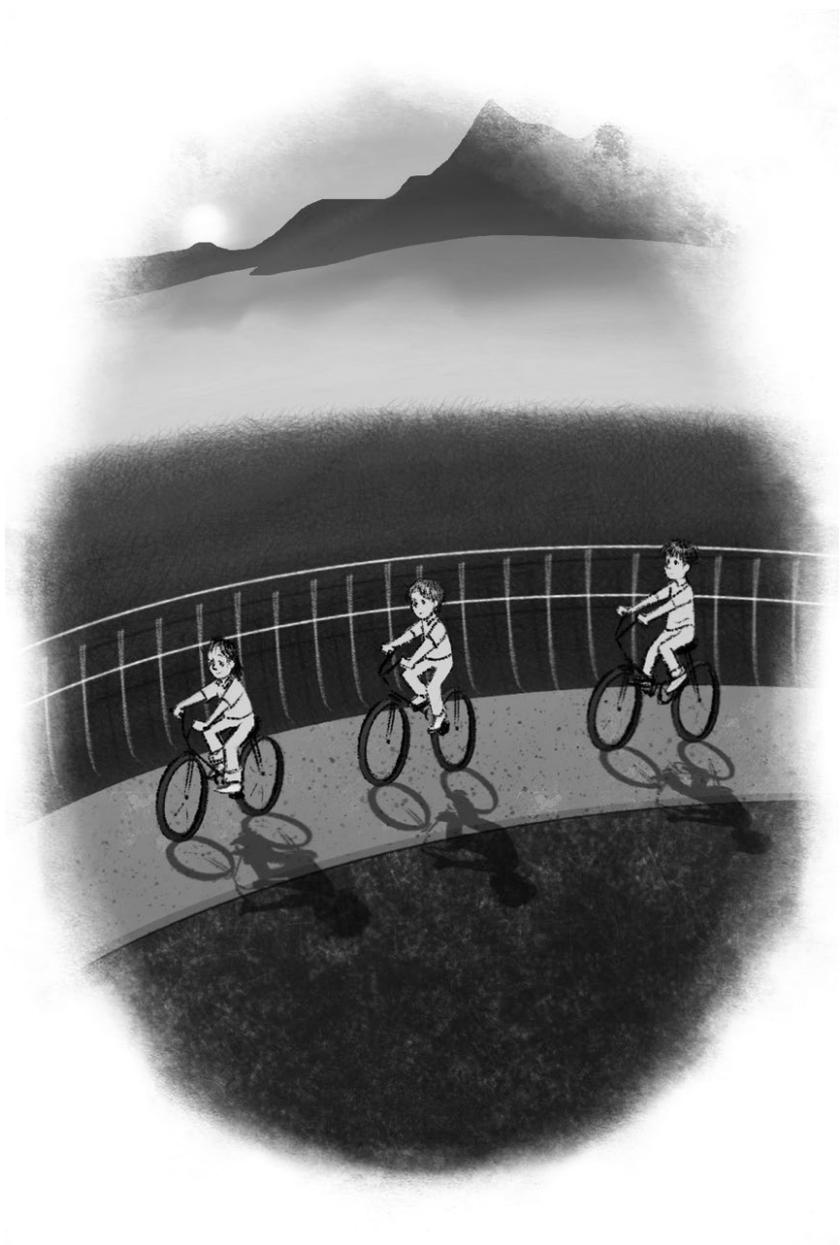
... DESPUÉS DE AQUELLA PELEA en la que nos sacamos los mocos y la sangre, porque, aunque ellos fueran rudos, nosotros aquella tarde no quisimos rajarnos...

... Y SI UN DÍA ENTRAMOS SIN PERMISO a sus calles, fue porque Amelia era muy bonita y valía la pena arriesgarse...

... PERO NUNCA PENSAMOS ESCUCHAR ESO que nos dio miedo, más miedo del que nos provocaban las películas del Santo, Drácula y la Llorona, esas que pasaban los jueves por unos pesos en el cinema...

... Y AUNQUE PACO FUE EL MÁS AVENTADO para conquistar a Amelia, Benja y yo decidimos reconocer que el mundo es de los valientes, y lo acompañamos para que hablara con ella, si acaso podíamos fingir un encuentro...

... AQUELLA PRIMAVERA en la que esa linda pelirroja entró a nuestra escuela.



ÍNDICE

LA PREGUNTA	13
AMELIA	21
LOS RUDOS	25
TOM SAWYER	33
GARDEA	37
UNA CONFESIÓN	41
TOQUE DE QUEDA	48
EL MONJE	54
UNA ENTRADA VERTICAL	58
EL PROGRAMA	64
SATÁN	71
EL DESCENSO	74
EL HALLAZGO	80
EL MOSCARDÓN	86
HELADOS DE TAMARINDO	91

LA ROCOLA	97
LA MIRADA	100
AUSENCIA	106
SIETE PARA EL RESCATE	111
GASPAR	116
UNA OFENSA IMPERDONABLE	121
CÓDIGO 8	126
PÉRDIDAS TOTALES	132
LA LLAMADA	141
LA FUGA	151
LA LUZ DEL DÍA	161
UN DESCUBRIMIENTO	166
MEDALLA AL MÉRITO	170
PRIMER AMOR	173
DE REVERSA...en el tiempo, en la historia	178



www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año 2024.

Consta de un tiraje de 300 ejemplares.

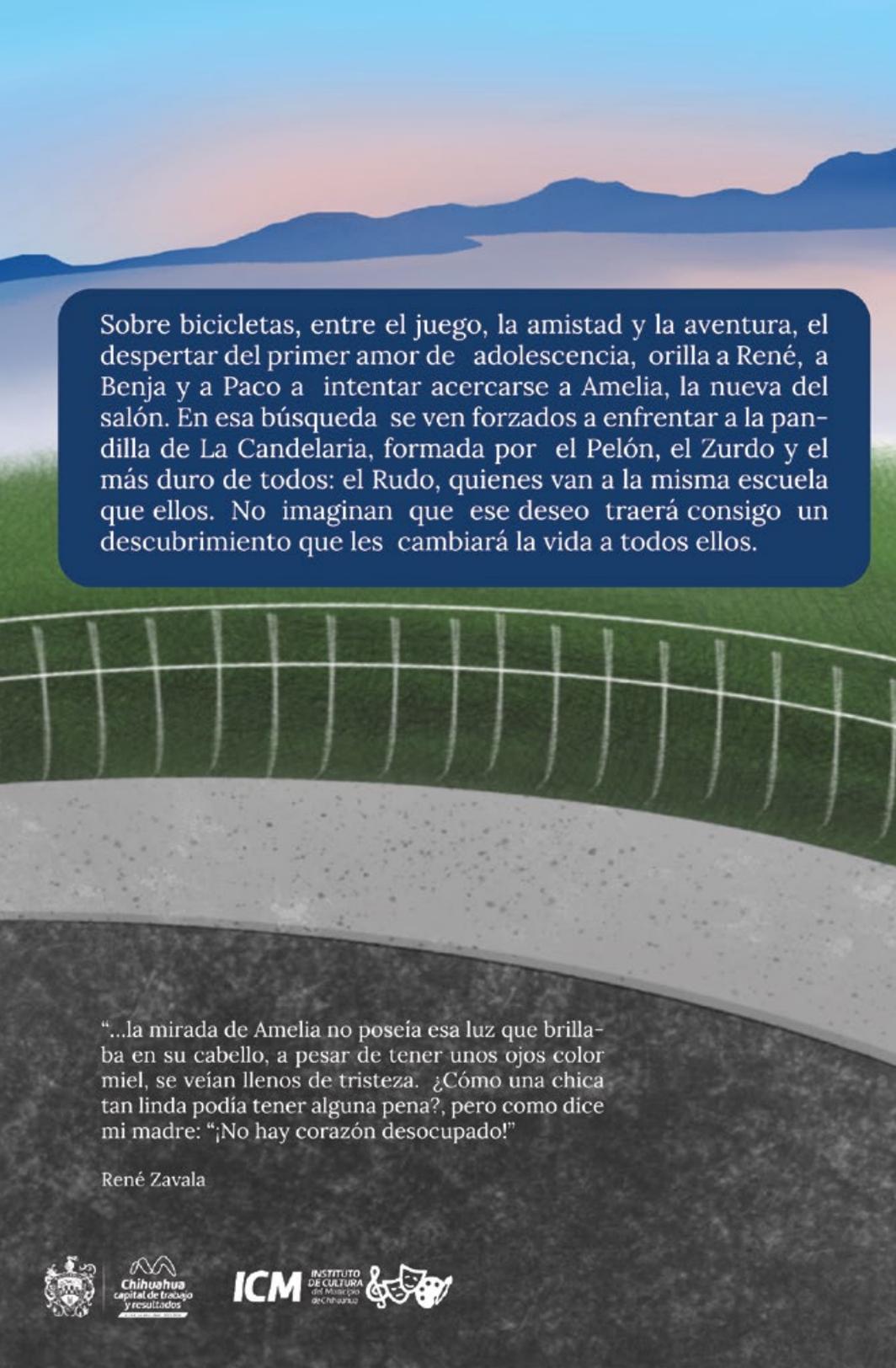
LITHOMAPCOLOR, S.A. DE C.V.

Mariano Azuela No. 11510,
Complejo Industrial Chihuahua.
Chihuahua, Chih. México
Tel. (614) 481-0155

www.imapcolor.com

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2024



Sobre bicicletas, entre el juego, la amistad y la aventura, el despertar del primer amor de adolescencia, orilla a René, a Benja y a Paco a intentar acercarse a Amelia, la nueva del salón. En esa búsqueda se ven forzados a enfrentar a la pandilla de La Candelaria, formada por el Pelón, el Zurdo y el más duro de todos: el Rudo, quienes van a la misma escuela que ellos. No imaginan que ese deseo traerá consigo un descubrimiento que les cambiará la vida a todos ellos.

“...la mirada de Amelia no poseía esa luz que brillaba en su cabello, a pesar de tener unos ojos color miel, se veían llenos de tristeza. ¿Cómo una chica tan linda podía tener alguna pena?, pero como dice mi madre: “¡No hay corazón desocupado!”

René Zavala



Chihuahua
capital de trabajo
y resultados

ICM

INSTITUTO
DE CULTURA
del Municipio
de Chihuahua

